



*Un misterioso  
admirador*

Andrea Muñoz Majarrez

# **UN MISTERIOSO ADMIRADOR**

ANDREA MUÑOZ MAJARREZ

Copyright: © 2020 Andrea Muñoz Majarrez

Ilustración: © 2020 Álvaro García Bilbao

Todos los derechos reservados.

ISBN: 9798671408553

Sello: Independently published.

A mi familia.

A Álvaro.

A Mar P. Zabala y Chris Razo  
por animarme a convertir esta historia en novela.

A Mavi Tomé por creer en mi talento.

A mis corazones rebeldes por apostar siempre por mí.

# Prólogo

*Gloucestershire, 1818*

Era una fría tarde del mes de febrero, aunque el sol brillaba en el cielo, iluminando los verdes prados que rodeaban el hermoso entorno.

En Bedford Park, una encantadora casa campestre hecha de piedra gris, con tejado oscuro a dos aguas, y vigas de madera visibles en la fachada, se respiraba la paz que proporcionaba la quietud de la vida en el campo.

Aquella era la propiedad de la familia Campbell en Cirencester, una pequeña ciudad del condado de Gloucestershire, famosa por sus yacimientos romanos.

Cirencester era una urbe tranquila, donde los días transcurrían sin demasiados sobresaltos. Uno de los principales pasatiempos de sus habitantes eran las reuniones de sociedad, donde se discutían diversos temas, entre ellos, asuntos relevantes relacionados con las vidas ajenas.

Ada Campbell, que en ese momento estaba sentada sobre la hierba, ojeando un libro junto a su perro Dexter, era la hija del señor Barnaby Campbell, un terrateniente con una posición social acomodada.

A pesar de tener una renta más que respetable, los Campbell vivían una existencia sencilla y tranquila, alejada de la opulencia. A esto había que añadirle la buena relación que mantenían con sus vecinos, que apreciaban la amabilidad y el buen talante de la familia.

Bedford Park se encontraba en los límites de la ciudad, y contaba con un precioso jardín, rodeado de una explanada de hierba, donde a la joven Ada le gustaba sentarse para leer, o simplemente, contemplar el entorno.

A Ada le encantaba la vida en el campo. Disfrutaba de la naturaleza, y siempre estaba dispuesta a desvelar sus misterios. Aunque era una joven dama alegre y simpática, no había conseguido captar la atención de ningún buen partido; y a sus veintisiete años, estaba condenada a ser una solterona.

Su madre, mujer muy estricta en cuanto a las cuestiones de moral y etiqueta, no dejaba de señalar sus defectos, algo a lo que Ada ya estaba acostumbrada. Siempre había notado que, para su madre, era más importante el qué dirán y las conexiones sociales, que las inquietudes personales de sus hijos.

Ada tenía dos hermanos mayores. Frances era la primogénita y estaba casada con uno de los hombres más ricos de la zona, el señor Hamilton. Por tanto, ya había cumplido las principales expectativas de la señora Campbell: Ser madre, trayendo dos criaturas al mundo, y ser una esposa y anfitriona ejemplar.

Por otro lado, estaba su hermano Gerald, el heredero de la propiedad y de los bienes de la familia. Él también se había desposado con una belleza de la zona, la señorita Kendall, ahora señora Campbell. El matrimonio residía en Great Milton, donde Gerald gestionaba los negocios de su suegro.

Aunque Ada tenía numerosas virtudes, estas quedaban ensombrecidas por su torpeza y su demoledora sinceridad. Especialmente, porque solía hacer algo que su madre detestaba: Decir lo primero que se le pasaba por la cabeza, sin pensar en las consecuencias.

Su padre era totalmente diferente, tanto en talante como en comportamiento. Se pasaba casi todo el día fuera de casa, supervisando el trabajo en el campo, paseando u observando aves, ya

que una de sus grandes pasiones era la ornitología. No le gustaba la severidad de su esposa, especialmente con Ada. Sin embargo, asumió tiempo atrás que quien mandaba en aquel hogar era la señora Campbell.

Su hija favorita era Ada, porque ambos compartían rasgos comunes de carácter. Eran sinceros, no les gustaba el protocolo ni la etiqueta, y preferían pasar el día disfrutando de la naturaleza.

Al igual que su padre, Ada era una gran amante de los animales, y tenía como mascota a Dexter, un perro pastor inglés que era su fiel amigo.

Mientras Ada sujetaba el libro con una mano, con la otra acariciaba el lomo de su perro, que tenía la cabeza apoyada sobre su regazo.

—¡Señorita Campbell! —gritó una sirvienta detrás de ella.

Ada giró la cabeza y la miró.

—¿Sí, Minnie?

—Ha venido a verla la señorita Hammersmith. La está esperando en la biblioteca.

Ada sonrió al oír eso.

—Gracias, Minnie. Voy enseguida—respondió.

Se incorporó rápidamente, y pocos minutos después, Dexter y ella entraron en la casa. A continuación, se quitó la capa y el sombrero, dejándolos en el perchero de la entrada, y se dirigió a la biblioteca.

Aquella era una estancia acogedora, que albergaba varias estanterías llenas de libros, un escritorio, dos cómodos sillones, y una chimenea que en ese momento estaba encendida, permitiendo que el calor inundara la sala.

Sarah Hammersmith esperaba a Ada con su sonrisa habitual, una muestra de su carácter risueño y alegre. Como ya he mencionado, Ada era una persona agradable, que contaba con un buen círculo de amistades. Entre ellas se encontraban los hermanos Andrew y Sarah Hammersmith, que eran vecinos de los Campbell.

Vivían en Fair Lodge, una pequeña propiedad cerca de Bedford Park. Se conocían desde niños, y su amistad se consolidó con el paso del tiempo, haciendo que Ada los considerara sus mayores confidentes. Especialmente a Sarah, con quien tenía una relación casi fraternal.

La joven Hammersmith tenía dos años menos que Ada, y era lo opuesto a ella. Una muchacha de apariencia delicada, rostro ovalado, ojos claros, el cabello rubio con coquetos rizos, y figura esbelta. Todo acompañado de unos modales exquisitos, lo que convertía a Sarah en el mejor ejemplo de lo que se esperaba de una dama.

—¡Hola, Ada! —saludó la joven, dándole un beso en la mejilla.

A continuación, las dos se acomodaron en sendos sillones, y la sirvienta les trajo una bandeja con té recién hecho.

—Gracias, Minnie, ya nos ocupamos nosotras—dijo Ada, sonriendo a la sirvienta, que salió de la estancia. Entonces, se giró hacia su amiga y preguntó—: Bueno, ¿qué te trae por aquí?

—Tengo que contarte una noticia fabulosa—respondió entusiasmada.

Ada observó a su amiga expectante.

—Tú dirás.

—Andrew viene de visita. ¡Llegará dentro de dos días a Fair Lodge!

Ada abrió mucho los ojos al escuchar la buena nueva.

—¡Es una gran noticia! Tengo muchas ganas de verle. Hace demasiado tiempo que no viene.

—Él también me ha dicho que tiene muchas ganas de verte, así que, tendrás que venir a Fair Lodge en cuanto llegue, o no te lo perdonará—le advirtió.

Ada se rio.

—¡Por supuesto que iré! Y también estará Nigel, supongo—comentó, haciendo referencia al prometido de su amiga.

Sarah agachó la mirada, y jugueteó con un pliegue de su vestido.

—Sí, por supuesto.

Sarah estaba preparando su inminente boda con otro amigo de Ada y los Hammersmith, el doctor Nigel Stevens, que ejercía su profesión en Cirencester, la misma ciudad que lo vio nacer.

Ada se sentía verdaderamente feliz por su amiga, aunque, por otro lado, empezaba a sentirse sola al ver que todos se iban emparejando, mientras ella permanecía soltera.

—Será un buen momento para anunciar la fecha de la boda, ahora que Andrew se quedará unos días.

—Sí, por eso nos reuniremos todos en Fair Lodge. ¡Oh, Ada, no puedo creer que todo esto esté sucediendo! Y yo que me resistía a escucharte al principio, cuando me decías que Nigel y yo estábamos hechos el uno para el otro.

—Siempre lo supe, desde hace años. Tengo buen ojo para estas cosas—afirmó.

—Estoy segura de que pronto tú también conocerás a alguien.

Ada se rio.

—Lo dudo, querida amiga.

# Capítulo 1

Aquella mañana, el sol volvía a lucir en el cielo, aunque el frío seguía asolando la ciudad y sus alrededores. Era un día cualquiera, en el que no se esperaba que nada cambiara la rutina habitual de Bedford Park. En ese momento, Ada y sus padres desayunaban apaciblemente, departiendo sobre diversos asuntos.

La señora Campbell era una mujer de fuertes convicciones, carácter arrollador, autoritario, y poco afectuoso. De aspecto envejecido, pues la edad se notaba en su rostro, con el cabello oscuro y los ojos grises, a la dama le gustaba hablar sobre su ajetreada vida social siempre que tenía ocasión.

—Esta tarde iré a tomar el té con la señora Pritcher. Está muy decaída desde que su hijo se casó, y se marchó a Lyme. Necesita un poco de compañía—comentó—Aunque no sé a qué viene tanta melancolía. Al menos, ha hecho un buen matrimonio.

—Bueno, ya sabes que estaban muy unidos, madre—apuntó Ada.

—Su hijo tenía cuarenta años cuando consiguió casarse. Debería estar contenta. Yo pensé que jamás se casaría, teniendo en cuenta que el pobre no es muy agraciado. Aunque su renta es muy alta. Eso seguramente fue lo que propició el matrimonio, porque si no, no entiendo qué otro motivo puede haber.

Ada y su padre se miraron con gesto divertido.

—Querida, tú siempre mirando el lado bueno de las cosas—dijo el señor Campbell.

El padre de Ada, un caballero de complexión delgada, con pelo canoso, y mirada risueña, poseía un carácter sosegado, y un poco atolondrado en ocasiones.

—Pero es cierto. ¿Cómo explicas que se casara tan repentinamente?

—Quizá fue amor a primera vista—indicó Ada.

La señora Campbell puso los ojos en blanco.

—Por el amor de Dios, Ada, no seas ingenua. Esas cosas rara vez suceden. Quizá en esas novelas que lees, pero esto no es un libro, querida.

—Me gustaría creer que el amor verdadero existe, y que ha pasado por Cirencester—dijo con buen humor.

—No se conocieron aquí. Se conocieron en Lyme, cuando él fue a visitar a un primo suyo—aclaró.

—Como siempre, estás mejor informada que yo.

—Tú también lo estarías si te movieras más en sociedad. Paseando por el campo, no se conocen posibles pretendientes—comentó con gesto de reprobación.

Ante esto, Ada se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? A lo mejor me encuentro con un apuesto pretendiente en mitad del bosque.

Su madre abrió mucho los ojos horrorizada.

—¡Ni hablar! ¡Eso no pienso permitirlo! ¿Qué diría la gente si te viera con algún hombre paseando sola por el bosque?

Ada se rio, al igual que su padre.

—Pensarían que me estaba preguntando por alguna dirección—respondió divertida.

Su madre se mostró molesta al comprender que estaba siendo víctima de una burla.

—Ada Campbell, no tienes remedio—sentenció malhumorada.

Aprovechando el buen tiempo, Ada acompañó a su padre a dar un paseo por el campo. Como buen aficionado a la ornitología, el señor Campbell solía ir con su catalejo con la esperanza de avistar algún ave.

—El sol lleva acompañándonos varios días. Es agradable a pesar del frío—comentó Ada mientras caminaban.

—Sí, aunque esas nubes que se ven a lo lejos anuncian que eso va a cambiar. Seguramente, esta tarde habrá tormenta.

Desde donde estaban, podían divisar el solitario páramo, y una pequeña colina, en cuya cima habitaba un cottage de piedra con tejado oscuro. La hierba les llegaba por encima de los tobillos, amortiguando sus pisadas sobre el blando suelo. Para Ada, paseos como aquellos eran los más placenteros.

En ese momento, su padre apuntó con su catalejo al frente, y observó a una urraca sobrevolando el páramo.

—Ahí tenemos a una urraca disfrutando del buen tiempo—comentó el señor Campbell.

Enseguida, ambos, llevados por la superstición, se quitaron los sombreros, hicieron una reverencia, y dijeron al unísono:

—Buenos días, señor Urraca. ¿Cómo están la señora Urraca y los polluelos? [\[1\]](#)

Cuando el ave se alejó, ambos se miraron divertidos.

—No puedo creer que, a pesar de todo, creamos en esa superstición[\[2\]](#)—comentó Ada.

—Ya sabes lo que se dice: La urraca es portadora de mala suerte, y para alejarla, es mejor darle los buenos días y preguntarle como está.

—Entonces, eso quiere decir que tendremos suerte hoy. A lo mejor descubrimos algún ave nueva—comentó ilusionada.

—Ese deseo me temo que es demasiado entusiasta, hija.

Siguieron caminando con la esperanza de encontrar más aves a su paso. Ada disfrutó del olor a flores silvestres que inundaba el ambiente, mientras la fría brisa acariciaba su rostro, provocando que sus mejillas se sonrojaran.

—¿Y cuándo llega Andrew? Supongo que en cuanto venga, irás a visitarlo—dijo el señor Campbell.

—Llega mañana. Y sí, estoy deseando verlo. Hace demasiado tiempo que no viene.

—Los Hammersmith y tú siempre habéis estado muy unidos. Incluso tu madre llegó a pensar que te casarías con Andrew.

—Eso sería imposible. Andrew es como un hermano para mí—afirmó Ada risueña.

—Lo sé—respondió el señor Campbell esbozando una sonrisa.

—De todas formas, madre ve pretendientes en cualquier parte.

—Ciertamente, parece que su única preocupación es que te cases.

—Pero yo no deseo casarme con cualquiera, padre. No entiendo ese empeño de madre porque me case. Soy feliz aquí en Bedford Park.

El señor Campbell suspiró con resignación.

—Tu madre quiere lo mejor para ti, Ada. Y cree que el matrimonio es lo mejor que te podría ocurrir.

—No todo tiene que girar en torno a eso. Además, no hay ningún caballero que me interese.

—Es que tú eres única y muy especial, Ada. Y aquel que consiga ganarse tu corazón, deberá ser alguien excepcional—aseveró.

Ada sonrió.

—Gracias, padre.

—Y en cuanto a la obsesión de tu madre con el matrimonio, es lo normal, créeme. Tu abuela no descansó hasta que no me vio en el altar jurando amor eterno a la señora Campbell, entonces Beckinsale. Y desde luego, fue mucho más perseverante que tu madre.

Ada se rio.

—Eso es difícil. Madre es insuperable en ese aspecto.

—Te aseguro que puede ser peor.

Ambos rieron, y siguieron caminando hasta llegar a Bedford Park.

El paseo había terminado sin novedades, pero con una agradable charla entre padre e hija. Ada adoraba a su padre, pues era con quien compartía aficiones y confidencias. Los dos se comprendían de forma casi inmediata, sin mediar palabra.

Como bien dijo su padre, en pocas horas el radiante sol se escondió tras espesas nubes grises, que dieron paso a un considerable aguacero acompañado de rayos y truenos. Ada, agotada tras el paseo de la mañana, aprovechó el momento para ir a la biblioteca, y buscar una buena lectura. Nada más entrar, se dirigió a una de las estanterías, y eligió “Frankenstein” de Mary Shelley, una novela propicia para una tarde tormentosa.

A continuación, se acomodó en uno de los sillones, abrió el libro, y se sumergió en aquella historia. El silencio dominaba la estancia, donde solo se escuchaba el crepitar del fuego de la chimenea y la lluvia que golpeaba los cristales de las ventanas.

Un fuerte estruendo la sobresaltó cuando estaba en mitad de una importante escena, y emitió un grito, que provocó que alguien irrumpiera en la estancia. Su madre apareció, y la miró alarmada, aunque enseguida cambió su gesto por uno de absoluta reprobación.

—¿A qué viene ese grito? ¿Has asustado a la pobre Minnie! —dijo alterada.

Ada se mordió el labio inferior.

—Perdón, madre, es que me asusté.

Su madre se acercó a ella, y le quitó el libro de las manos. Cuando leyó el título frunció el ceño.

—¿De qué trata este libro?

—Es una historia de terror.

Su madre la miró incrédula.

—¿Y por qué lees estas tonterías? La única lectura a la que deberías dedicarle tiempo es al manual de Gisborne o a los Sermones de Fordyce<sup>[3]</sup>. Esas lecturas serían mucho más apropiadas y provechosas.

—Ya los leí hace años, madre.

—Pues deberías leerlos otra vez, porque no haces caso a sus indicaciones. Es mejor que dediques tu tiempo a la costura, o a tejer—afirmó malhumorada.

Ada se rio.

—Sabes que no se me dan bien esas tareas.

—Es cuestión de practicar, Ada. Además, ningún pretendiente se interesaría por una mujer tan instruida. A la hora de escoger esposa, los caballeros prefieren mujeres diligentes, de actitud discreta, y con la inteligencia suficiente para mantener su hogar en armonía. Todo lo demás es innecesario—sentenció.

Ada se encogió de hombros.

—Entonces, me temo que me quedaré soltera para siempre.

Su madre puso los ojos en blanco y resopló.

—Ada Campbell, no tienes remedio.

La señora Campbell se alejó de allí, tras dejar el libro sobre una mesa, y Ada volvió a

agarrarlo entre sus manos.

Después de otro largo rato de lectura, llegó la hora de la cena, y la joven se reunió con sus padres en el comedor. Allí la señora Campbell contó cómo había transcurrido su visita a la señora Pritcher.

—Estaba muy desmejorada, pálida y alicaída. Me dio pena dejarla en Baltimore House. Aunque gustosa me quedaba con ella, es una propiedad realmente excepcional.

—Siento que Bedford Park no sea suficiente para ti, querida—dijo el señor Campbell con sarcasmo.

Ada trató de controlar su risa, mientras su madre hacía un mohín.

—No diga tonterías, señor Campbell. Bedford Park es nuestro hogar, y lo valoro. Pero es correcto decir que Baltimore House es más grande. Es una evidencia que se ve a simple vista—afirmó.

Ada se abstuvo de comentar nada, y se limitó a comer en silencio, mientras sus padres hablaban de otros asuntos poco o nada trascendentales para ella.

Su madre era una dama ambiciosa, que seguramente en el pasado albergó la esperanza de casarse con algún caballero con más poder y realengo que el señor Campbell. Lo cierto era que formaban una pareja desigual en ocasiones, aunque Ada no concebía que estuvieran separados.

Cuando sus hermanos vivían allí, su madre pasaba a veces por alto sus defectos, pero desde que Gerald se casó, la señora Campbell estaba más pendiente de ella. Algo que sería hermoso, de no ser por las hirientes palabras que a veces le dedicaba.

Finalmente, todos se dirigieron a sus aposentos para descansar tras un largo día. Ada se cambió, y antes de acostarse, se entretuvo leyendo algo de poesía a la luz de la vela de su cuarto.

Mientras tanto, en la habitación de sus padres, la señora Campbell mostraba su malestar por la conducta de Ada.

—Es una muchacha desobediente y muy rebelde. Se pasa las tardes leyendo novelas extrañas, que vaya usted a saber las indecencias que habrá entre esas páginas—se quejó.

Al escuchar esto, el señor Campbell se rio.

—Querida, descuida, no hay nada en nuestra biblioteca que pueda perturbar la intachable conducta de nuestra Ada.

—No comprendo su actitud. Debería estar ya casada, como Frances y Gerald, y darme nietos—comentó molesta.

—Gerald aún no ha tenido descendencia, y no te muestras tan severa con él. Y te recuerdo que se casó el año pasado—indicó el señor Campbell.

—Eso es distinto. Gerald es un hombre, y puede permitirse ciertas licencias. En cambio, Ada es una mujer, y se espera otra conducta de ella.

—Quizás si no fueras tan excesiva en tu preocupación, la situación sería distinta. De hecho, opino que tu vehemencia a la hora de vigilar su comportamiento provoca que haga las cosas peor.

—¡Pamplinas! Es mi deber como madre asegurarme de que no nos pone en evidencia. En cambio, usted, señor Campbell, siempre se pone de su parte y la mima en exceso. Estoy convencida de que cuando vaya a ver a los Hammersmith tendrá alguno de sus accidentes—afirmó malhumorada.

El señor Campbell torció el gesto, sin saber muy bien qué responder. Ada tendía a ser torpe en ocasiones, y eso no podía discutirse. Sin embargo, el hombre trató de mostrarse comprensivo.

—Tenga un poco de fe, señora Campbell.

—¡Buena idea! Pediré a Dios ayuda—dijo, apartando las sábanas con brusquedad, y

arrodillándose junto a la cama.

En ese momento, se puso a rezar, ignorando por completo al señor Campbell, que decidió acostarse y dormirse, mientras negaba con la cabeza. Su esposa a veces mostraba un comportamiento desmesurado, y poco podía hacer él para detener sus exagerados ademanes.

Ada terminó de leer el poema que había emocionado su corazón, y dejó el libro sobre la mesilla. Se acurrucó bajo las sábanas y se quedó mirando al techo, cavilando. Entonces, recordó las palabras de su madre.

<<Ningún pretendiente se interesaría por una mujer tan instruida. A la hora de escoger esposa, los caballeros prefieren mujeres diligentes, de actitud discreta, y con la inteligencia suficiente para mantener su hogar en armonía. Todo lo demás es innecesario>>.

La joven se rio ante aquella afirmación tan disparatada. Ciertamente, si no encontraba a un caballero que comprendiera su naturaleza curiosa y risueña, prefería quedarse soltera para siempre.

Aunque con un atisbo de esperanza, se preguntó si en algún rincón del mundo hallaría a su alma gemela. Y con este pensamiento cayó en un sueño profundo, mientras esbozaba una sonrisa en su rostro.

## Capítulo 2

Había estado lloviendo prácticamente toda la mañana, haciendo que las calles y los caminos se convirtieran en lodazales con charcos diseminados. Por la tarde, el tiempo había dado una tregua, y Ada aprovechó tal circunstancia para ir a Fair Lodge, acompañada de Dexter.

Después de casi un año, iba a ver a su amigo Andrew, que venía de Londres, donde trabajaba como abogado. Su visita le alegraba enormemente, porque apreciaba a Andrew de corazón. Él siempre conseguía hacerla sonreír con su arrolladora simpatía, y hacía que cualquier rato a su lado fuera agradable. Estaba deseando verlo de nuevo, y saber cómo le iban las cosas.

En un principio, todo parecía ir bien mientras se dirigía a Fair Lodge, hasta que tuvo un pequeño accidente con su vestimenta. Caminaba distraída, absorta en sus pensamientos, cuando pisó un enorme charco poco antes de llegar al hogar de los Hammersmith. Esto hizo que el bajo de su falda se manchara por completo.

Al ser un vestido claro, el contraste con el barro que se adhirió a su ropa evidenciaba el percance, y hacía imposible que pudiera ocultarse o disimularse de alguna forma.

Aunque esto no era nuevo, porque Ada solía tener esta clase de accidentes a menudo, dando como resultado una buena reprimenda por parte de su madre.

Afortunadamente, la sirvienta que abrió la puerta de Fair Lodge pareció no percatarse del detalle. Enseguida, condujo a Ada al salón, donde su amigo Andrew se acercó a ella en cuanto la vio entrar.

—¡Querida Ada! Dios mío, cuanto tiempo sin verte. Te veo muy bien—la saludó con entusiasmo.

—¡Andrew! Sí, mucho tiempo. ¿Cómo estás? —respondió ella sonriente.

—Bien, bien. Algo cansado después de tantas visitas. Aunque la tuya es la única que agradezco de verdad—aseveró.

Ada contestó con una sonrisa a ese comentario. Su amigo Andrew tenía un carácter afable y extrovertido, que lo hacía sumamente encantador y cercano. Era como una bocanada de aire fresco en aquel entorno social tan estricto, en el que muchos ojos estudiaban y criticaban los comportamientos ajenos.

El salón de Fair Lodge era una cálida estancia, decorada en tonos claros, con suelo de madera, tres ventanas que daban a un jardín, y una chimenea de mármol donde había un fuego encendido.

Se encontraban en la sala Sarah y el doctor Stevens, que estaban sentados juntos en un sofá. Este último se puso en pie, y tras saludarlo con una reverencia, Ada se percató de que había alguien más allí, de pie delante de una de las ventanas.

Se trataba de un hombre vestido con un traje azul marino, que estaba de espaldas, y parecía ajeno a la visita que acababa de llegar.

No obstante, Dexter fue el primero en presentarse. Se acercó al caballero, y este se giró al notar su presencia. Enseguida, se agachó y acarició el lomo del perro.

Normalmente, el animal no se acercaba a los desconocidos, pues era algo desconfiado. Debido a esto, Ada se sorprendió al ver que aquel caballero y su mascota se entendían bastante bien. De hecho, Dexter recibía los mimos de ese hombre con alegría y plena sumisión.

—Ada, quiero presentarte a un amigo que luchó conmigo en el ejército de su Majestad. Capitán Abbott, esta es la señorita Campbell, una muy buena amiga de la familia—dijo Andrew

sin perder la sonrisa.

Ambos hicieron una reverencia a modo de saludo. En ese momento, Ada pudo ver más de cerca a aquel individuo. Era alto, apuesto, y poseía una intensa mirada de color azul que la hizo estremecer. Tenía el cabello azabache, un poco largo, le llegaba por los hombros, y su presencia era imponente. Ada se sintió diminuta ante él.

El capitán Abbott no esbozó ningún gesto que denotara agrado, solo se limitó a pronunciar la palabra <<Encantado>> con su voz profunda.

Ada, en cambio, sí que le sonrió, mostrando su naturaleza risueña. A pesar de su semblante severo, aquel hombre hizo que su corazón latiera desbocado, y notó un cosquilleo en el estómago al encontrarse de nuevo con su mirada.

Enseguida, Ada trató de serenarse centrando su atención en otros asuntos. Se sentó junto a su amiga Sarah, y a continuación, los presentes se sumergieron en una animada conversación.

—¿Y cómo ha estado mi querida Ada Campbell? Dime que has descubierto alguna especie de ave nueva—dijo Andrew risueño.

Ada mostró una dulce sonrisa.

—Me temo que no, pero no cesaré en mi empeño de descubrir alguna—afirmó.

—Así que todo bien por Bedford Park.

—Sí, todo bien y en calma. Deseando que llegue la primavera para que florezca el almendro que habita nuestro jardín—explicó—. Y ahora, hágame de Londres.

—Londres es una ciudad excitante. Siempre en movimiento. Uno nunca se aburre, porque siempre hay algo que hacer—comentó Andrew, mientras tomaba un sorbo de su té.

—Yo prefiero la vida en el campo, es más tranquila—apuntó el doctor Stevens.

—Opino lo mismo. No cambiaría el placer de escuchar el canto de los pájaros cada mañana, por el ruido de las calles de Londres—aseveró Ada.

—A mí me gusta el campo, aunque no todo el año—respondió Andrew.

—Pues no sé qué harás cuando heredes Fair Lodge—indicó Sarah.

—La dejaré a tu entera disposición, hermana. Sé que tú sabrás cuidarla bien—contestó con una sonrisa—. Y contadme, ¿cuándo será la boda?

—Hemos pensado celebrarla en junio. Creo que sería el momento apropiado para hacer una celebración campestre—explicó Sarah, mirando a su prometido.

—Sí, en esa época el tiempo es más agradable. Será un evento maravilloso. Por cierto, ¿lo saben padre y madre?

—Hemos discutido el asunto con ellos, sí. Solo queda ponernos de acuerdo—contestó Sarah.

—Por cierto, ¿dónde están el señor y la señora Hammersmith? —inquirió Ada.

—Han ido a Conrad Cottage a visitar a la señora Danbury. Dijeron que preferían dejar a la juventud a solas—comentó Sarah divertida.

En ese momento, Ada miró de reojo al capitán Abbott, que permanecía callado, observándolos. A pesar de su semblante severo, que parecía marcar distancias con cualquiera que se acercara, la joven se animó a hablar con él.

—Capitán Abbott, ¿cómo conoció a Andrew?

Él fijó su vista en ella con un atisbo de sorpresa casi imperceptible.

—En el ejército, luchamos juntos en España—respondió, tomando un sorbo de su té.

—¡Oh, España! Me han dicho que es un país muy bonito. Tengo entendido que tiene hermosos paisajes—comentó ella.

—Así es.

Ada esperó un momento prudencial a que él añadiera algún comentario, pero enseguida

comprendió que aquel hombre era de conversación escueta, así que decidió seguir hablando ella.

—¿Y dónde vive? Si se me permite preguntar, claro.

—En Lindsey Abbey, cerca de Oxford.

Ella abrió mucho los ojos gratamente sorprendida.

—¡Vaya! Entonces no vive demasiado lejos. Conozco bien la zona, mi hermano vive en Berkeley House, cerca de Great Milton. ¿Lo conoce?

—Sí, lo conozco—respondió serio.

—¿Y cómo es su hogar? ¿Es bonito? —inquirió ella con interés.

—Sí, es un lugar agradable. Parecido a esto.

—¡Oh, entonces sí es bonito! Le aseguro que, si por mí fuera, viviría más a las afueras. Me gusta mucho el campo y la naturaleza. De hecho, muchas veces prefiero la compañía de los animales, a la de las personas.

—¿Así que le desagradan las personas? No lo parece—dijo con cierta incredulidad.

—Solo algunas personas—contestó con cierto apuro—. ¿Y a usted?

—No me gusta la gente en general, y menos los que hablan demasiado—soltó sin delicadeza.

Ada se quedó callada ante el comentario. Enseguida, dedujo que el capitán Abbott se estaba refiriendo a ella, porque le molestaba que estuviera ahí parlotando de forma innecesaria. Esto le hizo sentirse sumamente abochornada. Entonces, decidió que su visita se había prolongado demasiado.

—Bueno, tengo que marcharme. Me esperan para cenar. ¡Vamos, Dexter! —dijo, levantándose.

El perro, que estaba tumbado cerca del capitán Abbott, emitió una especie de gruñido de protesta. No obstante, se puso al lado de Ada enseguida.

—Pensé que te quedarías a cenar con nosotros—protestó Andrew.

—Lo siento, pero no puedo, otra vez será—respondió Ada algo apurada.

Poco después, estaba camino de su casa, dando rápidas zancadas sobre las calles embarradas. Se sentía avergonzada, enfadada y triste. El capitán Abbott le había parecido un caballero reservado, pero estaba segura de que era un hombre agradable. Sabía que Andrew era cuidadoso a la hora de elegir a sus amistades, y si el capitán Abbott estaba entre ellas era por un buen motivo.

Sin embargo, entendió que él no la soportaba. Al menos debía agradecerle que no hubiera sido más brusco, y solo le hubiera lanzado una indirecta.

Consideró que lo más prudente sería no visitar a los Hammersmith durante todos aquellos días, así evitaría al capitán Abbott el suplicio de tener que aguantarla. ¡Que decepción!, pensó abatida.

Cuando llegó a Bedford Park se encontró con una inquietante sorpresa. Nada más entrar, una criatura salió de entre las sombras, y se abalanzó sobre sus piernas. Ada lanzó un grito de espanto, que hizo que llegaran corriendo John, el sirviente, y su hermana Frances.

—Pero ¿qué ocurre aquí? —preguntó su hermana enfadada.

Entonces, iluminó con la vela al motivo de tal escándalo.

—Matthew, haz el favor de dejar a tía Ada en paz. ¡Ay, Dios mío! No sé qué voy a hacer contigo—dijo malhumorada.

Al instante, agarró al niño de la mano y se lo llevó de allí. Ada tenía una mano sobre su pecho, y permanecía quieta, intentando reponerse del susto.

Una vez estuvo calmada, dejó su capa y su sombrero, y se dirigió al salón.

Descubrió que su hermana había venido de visita con los niños, mientras el señor Hamilton

atendía unos asuntos en Oxford. Matthew tenía diez años, y era tremendamente travieso, mientras que la pequeña Adele, de cuatro, exploraba el mundo en silencio y en calma. Ante aquellas circunstancias, la paz se ausentaría unos cuantos días de Bedford Park.

## Capítulo 3

Durante la estancia de Frances en Bedford Park, Ada se convirtió en la niñera de los pequeños. Su hermana pasaba los días visitando a viejas amistades, o yendo de compras con su madre, lo que le impedía pasar tiempo con sus hijos.

Ada era considerada como la tía solterona que debía cuidar de los niños, y evitar que estos molestaran a los adultos. Esto le permitió tener una excusa perfecta para esconderse del resto del mundo.

Aquella semana, los Hammersmith habían enviado varias notas, invitándola a pasar otra tarde de animada conversación en Fair Lodge. A pesar de que deseaba ver a sus amigos, seguía empeñada en evitar al capitán Abbott. Prefería ahorrarse un encuentro desagradable con el caballero.

—Ayer cuando volvía de casa de los Hampton, me encontré con los Hammersmith, y me presentaron a su invitado, el capitán Abbott—comentó el señor Campbell mientras la familia desayunaba.

Ada se revolvió un poco al notar el fuerte latido de su corazón, que había brincado al oír aquella mención. Trató de distraerse mirando a Adele, que la sonreía mientras comía pan.

—¿Y qué te pareció? He oído que es un caballero muy distinguido—apuntó Frances.

Esto despertó el interés de la señora Campbell.

—¿Con distinguido te refieres a su renta?

Frances puso los ojos en blanco, al igual que Ada, mientras el señor Campbell torcía el gesto.

—Me refiero a que es un caballero educado. No conozco el estado de sus finanzas. Para recabar ese tipo de información ya estás tú, madre—respondió Frances, intercambiando una mirada divertida con Ada.

La señora Campbell puso una mueca de desagrado, aunque se abstuvo de decir nada.

—El caso es que me pareció un caballero reservado, pero muy cortés. De hecho, me habló de lo agradable que le resultaba Cirencester y Fair Lodge. Aunque es frío al trato y escueto en palabras, apuesto a que, cuando se le conoce mejor, es un hombre muy agradable. Andrew se deshacía en halagos con él. Me explicó que combatieron juntos en la guerra. Y... —En ese momento, el señor Campbell se agarró el mentón y estrechó la mirada—. No recuerdo donde me dijo que combatieron...

—En España—indicó Ada abruptamente.

Esto provocó que todos la miraran asombrados, y ella centró su vista en su plato, sintiéndose ciertamente abrumada al ser el repentino centro de atención.

—Me lo dijo cuando estuve en Fair Lodge la última vez—explicó de forma distraída.

Entonces, la señora Campbell fijó sus ojos en Ada, y esta sintió un escalofrío. Era conocedora de la naturaleza maquinadora de su madre, y tuvo la impresión de que estaba tramando algo.

—¿Y de qué más hablasteis?

Ada tragó saliva.

—Del tiempo—zanjó.

De repente, se sintió un poco acalorada, así que se levantó, y se excusó. A continuación, subió a su cuarto, y en cuanto entró, fue directa a la palangana que había en un rincón y se dio un poco de agua en el rostro.

Comprobó ante el espejo que sus mejillas estaban sonrojadas. De nuevo su corazón latía desbocado, y nada podía hacer para detener su turbación. No comprendía porque, a pesar de todo, el capitán Abbott seguía perturbándola. Pero así era.



Una de aquellas tardes, aprovechando el espléndido sol y el buen tiempo, Ada decidió ir con Matthew y Adele a dar un paseo. Se dirigieron a una zona arbolada, donde los pequeños pudieron jugar bajo la atenta mirada de su tía.

La hierba resplandecía, y las ramas de los árboles que allí se encontraban se mecían con la suave brisa que soplaba en ese momento. El cielo estaba completamente despejado, permitiendo ver su color añil en todo su esplendor, y los rayos de sol del atardecer iluminaban el hermoso entorno.

Los niños reían y jugaban, mientras Ada, sentada sobre una roca, los miraba con una tímida sonrisa dibujada en su rostro. A pesar de que a veces era difícil cuidar de ellos, la joven disfrutaba de la compañía de sus sobrinos, que la adoraban.

Tan concentrada estaba en ellos, que no se percató de que un jinete la observaba desde una distancia prudencial. El capitán Abbott había decidido salir a cabalgar solo aquella tarde, y escogió el mismo lugar que Ada para disfrutar del buen tiempo.

Después de un largo rato, decidió acercarse a Ada, aunque tenía la sensación de que seguramente a ella eso no le gustaría. A pesar de esto, se bajó del caballo, lo agarró por las riendas, y caminó hasta llegar a donde la joven se encontraba.

—Buenas tardes, señorita Campbell—la saludó.

En ese instante, Ada se quedó paralizada. Reconocería aquella voz profunda y masculina en cualquier parte. Una sensación de vergüenza e incomodidad se apoderó de ella; y deseó que la tierra se abriera bajo sus pies y se la tragara. Ciertamente, no estaba demasiado presentable con su vestido claro manchado de restos de arena y hierba.

Sin embargo, consideró que no debía importarle lo que aquel hombre pensara de su aspecto. Entonces, como la dama educada que era, se giró, dispuesta a devolverle el saludo.

—Buenas tardes, capitán Abbott. ¿Cómo está? —preguntó por cortesía más que por interés real.

—Bien, gracias. ¿Y usted?

—Bien. Disfrutando del buen tiempo—respondió, centrando la vista de nuevo en sus sobrinos.

—Sí, desde luego. Hoy hace buen tiempo.

Tras este breve intercambio, ambos se quedaron callados. Lo único que se oía eran las voces de los niños y el canto de los pájaros. Estaban un poco nerviosos, sin saber qué decir, hasta que el capitán Abbott decidió romper el silencio.

—Mañana me marcho de Circenster, pero antes de irme quería pedirle disculpas.

—¿Disculpas? —preguntó Ada con verdadero interés, mirándolo de nuevo.

—Sí. Verá, debido a mi forma de expresarme, muchas veces la gente suele malinterpretarme, y acabo ofendiendo a quien no quiero. Desde aquella tarde, usted no ha querido venir a Fair Lodge, y sé que es por mi culpa.

Ada quiso replicar, pero él se lo impidió alzando su mano.

—No se preocupe, lo comprendo. Admito que me expresé de manera incorrecta y la ofendí. De hecho, quería decirle que pasé una tarde muy agradable gracias a usted. Le reitero mis disculpas si la he ofendido, y espero que a partir de ahora no me evite—dijo él con sinceridad.

Ada se quedó perpleja ante su honestidad, y tras un breve instante, respondió:

—Por supuesto que no, capitán Abbott. De verdad, acepto sus disculpas. Sé lo que se siente cuando uno ofende sin querer. Yo también le pido perdón por malinterpretarle.

En ese momento, él esbozó una deslumbrante sonrisa que la hizo estremecer. ¡Qué sonrisa tan bonita!, pensó. Consideró que debía mostrarla más, aunque en el fondo, prefería que sólo se la dedicara a ella.

Tras resolver el malentendido, el capitán Abbott se marchó, dejando a Ada con el corazón latiendo desbocado, y con el rostro ruborizado. Tal fue su azoramiento, que cuando regresaron, su madre no paró de tocarle la frente para comprobar si tenía fiebre.

Aquella noche apenas durmió por la emoción que ese encuentro le había producido. Se imaginó que el capitán Abbott y ella paseaban juntos por el bosque, como dos enamorados que no podían estar el uno sin el otro. Soñó que en algún momento él iría a buscarla, y se la llevaría a su hermoso hogar, para que fueran felices para siempre.

A pesar de que todas esas ensoñaciones podían parecer precipitadas, incluso propias de un carácter caprichoso y enamoradizo, Ada no lo sentía así. Era cierto que solo habían intercambiado unas cuantas frases, carentes de un significado profundo y revelador.

Sin embargo, Ada tenía la certeza de que el capitán Abbott era alguien muy similar a ella. Ambos eran sinceros hasta la ofensa, y se comportaban de forma natural, sin artificios. Ahora solo esperaba que el destino volviera a reunirlos, y así tener la oportunidad de saber más de él.



Tras la marcha del capitán Abbott, la paz volvió a Bedford Park cuando sus sobrinos y su hermana Frances regresaron a casa poco después.

El tiempo volvía a transcurrir lento, con su ritmo rutinario, a veces tedioso. Ada llenaba sus horas con paseos por el campo con Dexter, y estancias en la biblioteca, sumergida en algún libro o escribiendo correspondencia.

Las semanas pasaron, propiciando la llegada del mes de marzo, y con él los primeros atisbos de la primavera que se avecinaba. Mientras, Cirencester se convertía en el escenario de numerosos encuentros de sociedad.

La señora Graham, que vivía en una preciosa mansión en el centro de la ciudad, llamada Percival House, invitó a los Campbell a una velada.

Ada llevaría para la ocasión un vestido gris perla, con encajes en los bordes, escote redondeado, y un recogido alto. Como siempre hacía antes de acudir a cualquier reunión social, su madre escrutó su aspecto.

—Al menos estarás presentable. Aunque esta noche no habrá muchos caballeros solteros. Sin embargo, probaremos suerte—comentó la señora Campbell con aire cansado.

Ada suspiró con abatimiento. La señora Campbell solo pensaba en las posibilidades matrimoniales de su hija, sin considerar mínimamente lo que ella quería u opinara. Y por ahora, nada cambiaría tal circunstancia.

Finalmente, la joven agarró el brazo de su padre, y subieron al carruaje que los llevó a Percival House.

La propiedad tenía enormes columnas a ambos lados de la entrada, y su fachada era de color beige, con relieves en las cornisas, y estatuas en el tejado. En el interior, la decoración era recargada y ostentosa según la opinión de muchos, aunque a la señora Graham le encantaba.

—¡Ada! —gritó Sarah nada más verla.

Ambas se abrazaron en cuanto se encontraron.

—¡Estás realmente hermosa! —aseveró.

—A tu lado parezco un trozo de carbón—dijo Ada divertida.

Sin embargo, su amiga torció el gesto, evidenciando que no le había hecho gracia el comentario.

—¡Querida señorita Hammersmith! Aunque dentro de poco, serás la señora Stevens—apuntó la señora Campbell.

Sarah sonrió.

—¿Cómo están, señor y señora Campbell? —les saludó, haciendo una reverencia.

—Bien, ¿y vosotros? ¿Andrew sigue en Fair Lodge? —preguntó el señor Campbell.

—Bien, todos con buena salud. Y respecto a mi hermano, es mi acompañante esta noche—contestó, señalando con un gesto de la cabeza a Andrew, que conversaba con un grupo de invitados.

—¿Y el doctor Stevens?

En ese momento, la sonrisa de Sarah se desvaneció.

—No ha podido venir. Debía atender a un paciente.

—Bueno, es lo que tiene estar comprometida con un médico. Pero ya te acostumbrarás cuando estéis casados. Las ausencias entonces se te harán menos pesadas—aseveró la señora Campbell. A continuación, miró a Ada y suspiró, lo que provocó que esta alzara una ceja—. Todavía no puedo creer que hayáis crecido tanto. Aún recuerdo cuando eráis unas niñas. Y ahora una de vosotras se casa. Espero que esta noche Ada tenga suerte—dijo esperanzada.

Ada puso los ojos en blanco, mientras Sarah se mordía el labio inferior, mostrándose incómoda.

—Señor Campbell, vamos, acabo de ver a la señora Hill—instó a su marido, que la siguió con gesto de aburrimiento.

Entonces, Sarah se giró hacia Ada.

—Ven, vamos a ver a Andrew.

Sarah agarró su brazo, y cruzaron el salón, donde varias parejas danzaban, mientras otros invitados conversaban. Atisbaron a Andrew enseguida, charlando con un caballero, y se acercaron a él. Cuando se percató de su presencia, Andrew esbozó un gesto de alegría.

—¡Ada! Estás espléndida esta noche.

La joven sonrió ante el cumplido.

—Gracias, Andrew, eres muy amable.

—Por cierto, no permitas que tu carné de baile se llene, porque esta noche, quiero que me reserves al menos un baile.

—Descuida, no permitiré que eso suceda.

En ese momento, una nueva melodía empezó a sonar, y Andrew tuvo una brillante idea:

—De hecho, ¿por qué esperar? —dijo, agarrando la mano de Ada.

A continuación, se adentraron en la pista, y se unieron a un grupo para iniciar el baile. La música llenó los oídos de Ada, que danzó con entusiasmo junto a su querido amigo. Esto despertó el interés de las damas presentes, que observaron con curiosidad a la pareja.

—Ahí está el señor Hammersmith con la señorita Campbell. Ciertamente, no es una pareja adecuada—comentó una distinguida dama con gesto adusto.

Esta afirmación no pasó desapercibida para Sarah, que esbozó una mueca de desagrado.

—No, especialmente por la señorita Campbell. No posee la elegancia ni la distinción de los Hammersmith—añadió otra.

Sarah se sintió verdaderamente incómoda ante aquellas malintencionadas palabras dedicadas a su amiga. Afortunadamente, esta permanecía ajena a todo el asunto, bailando sonriente. Ada

disfrutaba de esos momentos de diversión, que le hacían olvidarse de todo.

Cuando la pieza terminó, Ada se reunió con Sarah, que disimuló su gesto de incomodidad con una amplia sonrisa.

—Habéis estado maravillosos, como siempre—afirmó Sarah.

Ambos sonrieron ante el cumplido. Entonces, Andrew se excusó, y fue a hablar con otro invitado.

—Es culpa de tu hermano, que es un gran bailarín—comentó Ada.

—¿Te apetece que salgamos al jardín? Hace una noche espléndida.

Para Ada, la propuesta fue más que propicia, pues deseaba alejarse de aquella atmósfera asfixiante, y tomar una bocanada de aire fresco.

Atravesaron el salón, y llegaron a una puerta acristalada que estaba abierta de par en par. A continuación, salieron al esplendoroso jardín donde había algunas parejas paseando por los alrededores.

En ese momento, Ada respiró hondo, y percibió el aroma a flores y hierba que envolvía el ambiente.

—Cada vez me disgustan más estas reuniones. No soporto los chismes ni las habladurías—dijo Sarah.

—¿Otra vez estaban *lady* Chamsworth y *lady* Flint hablando de mí?

Sarah miró a su amiga asombrada.

—¿Cómo lo sabes?

Ada se rio.

—Porque siempre hacen lo mismo, desde que puedo recordar.

Sarah torció el gesto y suspiró.

—No comprendo por qué hacen eso. No te conocen en absoluto.

—Si les fuera indiferente, te aseguro que ignorarían cualquiera de mis actitudes, pero ciertamente, no es así. De todas formas, estoy acostumbrada. Lo que puedan decir ya no me hiere.

En ese instante, Ada recordó la sonrisa del capitán Abbott, y notó un delicioso estremecimiento.

—De hecho, puede que haya alguien que ocupe mis pensamientos e impida que me sienta triste.

Sarah observó a su amiga con curiosidad, y se agarró el mentón con gesto reflexivo.

—¿Y quién puede ser? Ahora mismo, no se me ocurre nadie.

Ada se rio de forma traviesa.

—Lo conoces. De hecho, has pasado tiempo con él recientemente.

Sarah enseguida comprendió a quien se refería, y dibujó una enorme sonrisa.

—¿El capitán Abbott?! —exclamó emocionada.

Habló tan alto, que algunos de los invitados que paseaban por allí fijaron su vista en ellas, lo que provocó que ambas agacharan la mirada.

—Sí, pero no se lo digas a nadie—le pidió.

—¿Ni siquiera a Andrew?

—¡A él menos que a nadie! Puede contárselo al capitán—respondió con inquietud.

Sarah asintió.

—Tranquila, no lo compartiré con nadie.

En ese momento, Ada empezó a jugar con un pliegue de su vestido.

—Y sabes si... Bueno, ¿si está comprometido?

Sarah negó con la cabeza.

—No tengo noticia de ello. Pero puedo preguntarle a Andrew.

Ada agarró a su amiga del brazo.

—No es necesario. Además, sospecharía—aseveró. En ese instante, miró al frente con aire pensativo—. De todas formas, es solo una ilusión. Seguramente él ni siquiera piense en mí.

—¿Quién sabe? Es cierto que no es un hombre que exprese abiertamente sus emociones, pero no creo que le seas indiferente. Además, según me contaste, fue realmente cortés y amable cuando os encontrasteis la última vez.

—Sí, eso es verdad. Aunque el capitán Abbott es todo un misterio.

Sarah sonrió con picardía.

—Un apuesto misterio.

Ambas rieron ante el comentario.

—No quiero dejarme llevar por la ilusión, sin embargo, no puedo evitarlo. Ese hombre causó una gran impresión en mi corazón. Y no sé qué hacer.

—No podemos luchar contra los deseos de nuestro corazón.

—Lo sé. El corazón domina nuestras emociones, y estas suelen prevalecer sobre la razón. Aunque nuestro corazón puede equivocarse.

—Recuerda que, en realidad, somos nosotros los que decidimos escuchar sus designios.

—Cierto. Y espero estar haciendo lo correcto.

—Eso solo el tiempo lo dirá.

Ada lanzó un suspiro, y alzó la vista para contemplar la hermosa luna llena, que iluminaba con su tenue luz el entorno. Seguía esperando la oportunidad de volver a ver al capitán Abbott, aunque nunca llegara a ganarse su corazón.

Sin embargo, le bastaría con permanecer a su lado, hablando con él, y conociendo su verdadera naturaleza, que creía similar a la suya. De esa forma, aún habría alguna posibilidad de seguir soñando.

## Capítulo 4

Aprovechando la agradable mañana, Ada fue a hacer una visita a Fair Lodge. Al día siguiente, Andrew partiría a Londres para continuar con su trabajo en la jurisprudencia, y sería la ocasión perfecta para verlo antes de su marcha.

La familia Hammersmith disfrutaba del buen tiempo en el jardín, cuando la sirvienta anunció la visita de Ada. La joven fue recibida con cálidos saludos, y a continuación, se sentó en un banco de piedra que había allí, junto a Sarah.

El señor Hammersmith, un caballero de semblante amable con el pelo canoso, leía el periódico, mientras su esposa, de cabello rubio y ojos grises, hacía una labor de costura. Ambos estaban sentados en sendas sillas de madera, junto a una mesa hecha del mismo material.

Andrew se encontraba de pie frente a un rosal, al lado del banco de piedra donde las dos jóvenes estaban acomodadas, y en ese momento, le dedicó una tierna sonrisa a su amiga Ada.

—¡Qué buen día hace! Es perfecto para pasear—comentó la joven.

—Me extraña que no hayas traído a Dexter contigo—dijo la señora Hammersmith.

—Hoy disfrutará de su compañía mi padre. Han ido a observar aves.

—En Londres también se pueden observar aves, aunque se esconden en las copas de los árboles la mayoría de las veces—apuntó Andrew.

—Así que mañana te marchas—indicó Ada con un atisbo de tristeza.

Andrew la miró y esbozó una sonrisa.

—Sí, me marcho, pero volveré pronto. Antes de que puedas echarme de menos, estaré aquí—aseveró.

De repente, Sarah se levantó, y se acercó a su hermano. Le susurró algo al oído, aprovechando que sus padres estaban distraídos, no así Ada, que se percató de que algo escondían aquellos dos.

Andrew asintió cuando su hermana se apartó, e intercambió una mirada con Ada.

—Vamos a dar un paseo. ¿Nos acompañáis? —propuso.

—No, hijo, id vosotros, nosotros nos quedamos—respondió la señora Hammersmith, completamente enfrascada en su labor de costura.

—¿Vienes, Ada? —inquirió Sarah, mirándola fijamente.

Ada comprendió que evidentemente no podía negarse, así que asintió, y se unió a ellos.

Los tres caminaron a paso ligero, saliendo de la propiedad, y adentrándose en un páramo cercano donde la hierba les llegaba por encima de los tobillos. A lo lejos se podía ver una solitaria colina y algunos árboles.

Cuando comprobaron que estaban lo suficientemente lejos del mundanal ruido, Andrew se detuvo, y las miro.

—Bueno, ahora podemos hablar—dijo.

Ada observó a ambos con gesto interrogante.

—¿Qué sucede?

Sarah y Andrew intercambiaron miradas cómplices.

—Andrew tiene algo que contarte—anunció Sarah.

Ada se quedó expectante, y a continuación, su amigo habló:

—Voy a casarme, Ada.

Esta se quedó perpleja ante tan inesperada noticia.

—¿Vas a casarte? Pero desde cuando...—preguntó con el asombro reflejado en su rostro.

Ambos hermanos se rieron.

—No temas, no es algo precipitado. Lo que ocurre es que preferí mantenerlo en secreto hasta ahora—aclaró—. Se llama Annette, es la hija de uno de mis antiguos profesores de la universidad, el señor Reed.

>>Durante un tiempo, demasiado a mi parecer, solo nos unió la amistad. Yo visitaba a menudo su casa, y poco a poco, fuimos conociéndonos mejor. Hasta que un buen día, me di cuenta de que se había convertido en la dueña de mi corazón.

>>El caso es que, antes de venir a Cirencester, le confesé lo que sentía, y me llevé la grata sorpresa de que ella me correspondía. Así que nos comprometimos, aunque, como he comentado, hemos preferido mantenerlo en secreto hasta ahora. No obstante, mañana iré a ver a su padre para pedirle su mano.

Ada no salía de su asombro.

—Eso es maravilloso, Andrew. ¡Felicidades! —dijo emocionada, dándole un sentido abrazo que él correspondió con efusividad.

—Gracias, Ada. Para mí es muy importante contar con tu aprobación.

—Bueno, no conozco a la joven, y quiero saber más de ella. Así que, mientras paseamos, quiero que me lo cuentes todo—le pidió sonriente.

Los tres reanudaron la marcha, mientras Andrew les hablaba de su querida Annette.

—Tiene el cabello cobrizo, con rizos. En su rostro hay algunas pecas, y posee una mirada azul muy bonita. Es una joven amable, un poco tímida, pero realmente encantadora. También es afectuosa, agradable, y sumamente inteligente. La lectura es una de sus mayores pasiones. Siempre tiene un libro entre sus manos. Te aseguro que te caerá muy bien cuando la conozcas, Ada—explicó risueño.

—Por favor, dime que vendrá a visitarnos. Quiero conocerla en persona lo antes posible—comentó Ada emocionada.

—Yo la conocí en una ocasión, y me agradó mucho—indicó Sarah.

Ada puso gesto de simulada indignación.

—Andrew, estoy muy decepcionada. Se supone que soy como tu hermana, y no conozco a tu prometida.

Andrew se rio.

—No te enfades, mi querida Ada. Tú serás la primera en Cirencester en conocerla. Además de padre y madre, claro.

—¿Y ellos lo saben?

—Les he hablado de Annette, pero no les he mencionado el compromiso. Quiero tener la aprobación de su padre antes de contarlo.

—¿Es que crees que el señor Reed te negará tu petición? —inquirió preocupada.

—¡Ni mucho menos! De hecho, intuye que nos queremos. Para él soy como un hijo, y sé que se sentirá muy feliz por nuestra unión. Sin embargo, prefiero no ser objeto de rumores sin motivo. Ya sabes que mi madre suele hablar con demasiada confianza con ciertas criaturas de lengua viperina, que habitan Cirencester—expuso Andrew.

—Sabía decisión—dijo Ada—. Entonces, solo me queda decirte que os deseo toda la felicidad que la vida pueda daros, y que estaré encantada de celebrar con vosotros vuestra unión.

—Gracias, Ada—respondió Andrew, dibujando una sonrisa.



Días después de la marcha de Andrew a Londres, Ada recibió una carta suya donde explicaba con entusiasmo que el señor Reed había dado su consentimiento, así que ya no existía impedimento para hacer público su compromiso con Annette. Ada se sintió pletórica ante tan buena noticia, y la comentó con sus padres durante el desayuno.

—Ciertamente es una gran noticia. Aunque desconozco los orígenes de esa joven. ¿Es de buena familia? —inquirió su madre.

—Sí, lo es. Y es una joven muy agradable. Espero que pronto venga a hacernos una visita—respondió Ada sonriente.

—Me alegro mucho por Andrew. Es una gran noticia para todos los que le apreciamos—indicó su padre.

—Por cierto, hoy vamos a visitar a la señora Hudson, así que no hagas planes—dijo su madre.

Al escuchar eso, Ada esbozó una mueca de fastidio. No le agradaba demasiado la idea de visitar a aquella dama.

—¿Es necesario que vaya?

En ese instante, su madre la miró molesta.

—¡Pues claro que es necesario! ¿Es que tienes algo mejor que hacer?

Ada negó con la cabeza, y agachó la mirada. No tenía excusa para librarse, pues hoy no había hecho planes, así que no quedaba otro remedio que acompañar a su madre.

La señora Hudson vivía en Lyne Park, al otro lado de Cirencester. Era una respetable viuda de avanzada edad, poseedora de una moral estricta propia de su época, y con fama de cotilla.

La señora Campbell era vieja amiga suya, y de vez en cuando, se reunían para conversar sobre diversos temas. Es apropiado comentar que casi todos versaban sobre los últimos rumores y noticias que llegaban a oídos de la viuda.

Ada no comprendía cómo la señora Hudson era capaz de enterarse de todos los cotilleos del reino. Lo único que le faltaba era tener espías en el continente. Si no los tenía ya.

A la joven no le hacía gracia pasar tiempo escuchando hablar de asuntos ajenos. La mayoría de las veces, estas conversaciones estaban plagadas de críticas despiadadas hacia personas que eran objeto de rumores casi siempre exagerados, o incluso a veces inciertos.

Sin embargo, era peor aguantar las reprimendas de su madre, que consideraba que era su deber acompañarla a estos encuentros.

Tras desayunar, Ada se arregló lo mejor que pudo, aunque en cuanto su madre la vio, resopló, y se puso detrás de ella.

—Ada, ¿cómo llevas así el peinado? Dios mío, así no te casaremos nunca. Aunque yo ya empiezo a perder la esperanza. Eres un desastre, hija mía.

Ada suspiró con resignación. No podía hacer otra cosa mientras su madre la peinaba a su gusto.

—Espero que la señora Hudson tenga alguna noticia respecto a algún soltero o viudo. A ver si te encontramos un buen partido.

La obsesión de su madre por el asunto del matrimonio llegaba a límites insospechados.

—Lo único que me consuela es que, si te quedas soltera y nosotros morimos, Gerald no te echará de esta casa, porque te adora. Además, te encargarías muy bien de sus hijos.

Aquello no consolaba a Ada. Al contrario, hacía que se sintiera peor. No obstante, la sonrisa del capitán Abbott apareció en su pensamiento, y la joven se olvidó de todo.

Salieron finalmente de casa, y llegaron a Lyne Park minutos después. La propiedad se encontraba al final de un camino arbolado, mostrándose imponente con su fachada de piedra blanquecina, y sus enormes ventanales. Bajaron del carruaje, y enseguida, un sirviente las

condujo al interior.

Llegaron al salón, donde estaba la enjuta y sobria dama esperándolas. En cuanto se vieron, la señora Campbell sonrió a su amiga, y se acercó a ella.

—¡Querida Roberta! —la saludó, dándole un beso en la mejilla.

La señora Hudson esbozó una sonrisa.

—¡Querida Fanny! Y veo que has traído a la joven Ada contigo—comentó, observando a la muchacha, que se mantenía de pie junto a su madre.

—Sí, querida. Ada es mi fiel acompañante.

Ada agachó la mirada un poco abochornada. <<Ni que fuera un animal de compañía>>, pensó molesta.

—Por favor, sentaos. ¿Deseáis tomar algo? —preguntó, invitándolas a que tomaran asiento.

—Té, por favor—respondió la señora Campbell.

Madre e hija se sentaron frente a la señora Hudson mientras esta daba órdenes al sirviente, que a continuación, salió de la estancia.

—Bueno, Roberta, cuéntame. ¿Cómo ha ido tu último viaje a Londres? Imagino que te habrás enterado de muchas cosas—inquirió la señora Campbell ante la mirada reprobadora de su hija.

Ada consideró que su madre no perdía el tiempo.

—Ha sido productivo, y tengo muchas cosas que contar—respondió con una sonrisa enigmática.

En ese momento, entró una sirvienta con una bandeja que contenía una tetera, tres tazas de porcelana, y un plato con diversos tipos de galletas. Una vez la dejó sobre la mesa, se marchó, y las damas se enfrascaron en una animada charla.

Ada, que se mantenía en silencio mientras la conversación estaba teniendo lugar, cogió una galleta tras otra, sin considerar que quizás no era lo adecuado. No obstante, tampoco tenía nada mejor que hacer.

—Ya me he enterado del compromiso de Andrew Hammersmith con la señorita Reed—comentó la señora Hudson.

—Nosotros nos enteramos por el propio Andrew. Ya sabes que es amigo de Ada.

—He oído buenas referencias sobre esa familia. No es que sean ricos. De hecho, ella saldrá mejor parada de esa unión. Sin embargo, ambos son apuestos y jóvenes, eso compensa todo lo demás.

A Ada le incomodó bastante la malintencionada referencia que la señora Hudson había hecho respecto a la situación económica de Annette, pero se mantuvo callada.

—Y oí hablar también de un buen amigo de Andrew Hammersmith: El capitán Abbott.

Al escuchar ese nombre, Ada abrió mucho los ojos, dejando el trozo de galleta sobre el plato.

—¿Conoce al capitán Abbott? —inquirió con interés.

—Sí, claro. Tuve el placer de conocerlo hace un año, en casa de *lady* Brooks, en Londres. Es un hombre notable, con una buena renta. Quince mil libras al año. ¡Nada desdeñable! Heredó la fortuna de su tío, el señor Abbott, que no tuvo hijos. Tengo entendido que existe un compromiso con una dama, vecina suya: La señorita Fairfax.

Ada sintió que su corazón dejaba de latir en ese instante.

—¿Comprometido? —dijo con un hilo de voz, absolutamente desconcertada.

Su madre frunció el ceño, lanzándole una mirada reprobadora.

—Sí, comprometido. Y desde hace bastante tiempo, según me han dicho. Me lo contó *lady* Barrister, que conoce a la familia Fairfax y al propio capitán desde hace años. Según parece, querían mantener el compromiso en secreto, pero ya se sabe que los secretos en sociedad duran

poco tiempo—apuntó la señora Hudson.

Ada no podía creerse lo que estaba oyendo. Entonces, quiso saber más.

—¿Y cómo es la señorita Fairfax? —preguntó con el corazón en un puño.

—Por lo visto es una auténtica belleza. Alta, hermosa, piel blanca, cabello rubio, modales exquisitos. Posee el ideal de belleza al que siempre se debe aspirar.

—Claramente muy distinta a ti, Ada. Nada que ver. Tú no puedes compararte—indicó su madre con brusquedad.

En ese momento, la joven sintió como un puñal desgarraba su corazón. Sí, su madre había dado en el clavo. La dicha que había sentido durante los días anteriores se convirtió en tristeza y amargura. Estaba segura de que aquello era cierto, puesto que la señora Hudson tenía buenos informadores.

—¿Te encuentras bien, querida? —inquirió la señora Hudson, mirándola con suspicacia.

Ada salió de su ensimismamiento, y sacudió la cabeza. No podía permitir que la señora Hudson o su madre sospecharan algo.

—Sí, aunque acabo de recordar que tengo algo importante que hacer—respondió, levantándose.

Ante esto, su madre la miró enfadada.

—¿Qué tienes que hacer que sea tan importante? —le recriminó.

Ada agachó la mirada, y trató de buscar una buena excusa.

—Debo... Ayudar a Sarah con un asunto de la boda. Me había comprometido y lo había olvidado. Será mejor que me vaya. — Entonces, hizo una reverencia—. Gracias por su hospitalidad, señora Hudson, lamento tener que irme. ¡Adiós!

Tras esto, salió corriendo de la casa, mientras su madre y la señora Hudson se miraban extrañadas. Sin embargo, pronto retomaron la conversación, olvidando la repentina huida de Ada.

La joven se dirigió a Fair Lodge para contarle a su amiga lo sucedido. Ahora más que nunca necesitaba un hombro sobre el que llorar. Después de una larga caminata, atravesando las calles de Cirencester, llegó a la casa de los Hammersmith.

Su amiga se encontraba en el salón, junto a la ventana, haciendo una labor de costura, cuando la sirvienta anunció la visita de Ada. Extrañada, posó su vista en la puerta, y enseguida la vio. Comprobó que estaba pálida, con las mejillas sonrosadas, y respiraba agitadamente. En ese instante, Sarah se levantó, y la invitó a sentarse a su lado.

—Ada, ¿te encuentras bien? —preguntó preocupada.

Ada se acomodó junto a ella, y respiró hondo, tratando de calmar su azoramiento. Estaba alterada y realmente triste. Sarah se percató de esto último al cruzar su mirada con la suya. Sus ojos estaban humedecidos, al borde del llanto.

—Claire, trae un poco de agua, por favor—le pidió a la sirvienta.

Minutos después, la muchacha trajo un vaso con agua fresca, y se lo entregó a su joven señora. Sarah se lo ofreció a Ada, que lo agarró entre sus manos, mientras la sirvienta se marchaba. Una vez estuvieron a solas, y tras dar un largo sorbo, Ada habló:

—Está comprometido, Sarah.

Su amiga frunció el ceño.

—¿Quién está comprometido?

Ada tomó una bocanada de aire, mientras unas tímidas lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

—El capitán Abbott, con la señorita Fairfax—respondió con la voz quebrada.

Esta afirmación dejó a Sarah perpleja, aunque enseguida asomó la sombra de la duda.

—¿Estás segura? ¿Quién te lo ha dicho?

—La señora Hudson. Vengo de Lyne Park. Nos lo contó ella.

Sarah se mostró desconcertada. Sabía a ciencia cierta que lo que contaba la señora Hudson rara vez era mentira. Sin embargo, no estaba segura de que aquella información fuera veraz.

—Me dejas sin palabras. No sé qué decir. Lo extraño es que Andrew no me lo haya contado.

Ada negó con la cabeza, y Sarah le entregó un pañuelo de tela para que se limpiara las lágrimas.

—Han llevado el compromiso en secreto hasta ahora. Seguramente, Andrew tampoco lo sabe.

Entonces, Sarah suspiró abatida.

—Lo siento mucho, Ada—dijo, acariciando su brazo.

La joven se encogió de hombros.

—Era de esperar. Fui una completa necia. No debí ilusionarme con un hombre al que apenas conozco. Debí ser cauta y no dejarme llevar por mi corazón—respondió pesada.

—Tú no tienes la culpa.

—La tengo, Sarah—afirmó contundente—. En vez de aceptar la realidad, la niego constantemente. Debo asumir mi destino. Y no me pidas que tenga esperanza. De eso ya no me queda.

Sarah se limitó a abrazar a su amiga, pues no había palabras de consuelo para su abatimiento.

Horas después, Ada regresó a casa, y se mostró ausente durante la cena, apenas interviniendo en la conversación. En cuanto pudo, se excusó, y se encerró en su cuarto.

Si cerraba los ojos, podía ver claramente a la señorita Fairfax, con su piel blanca, su cabello rubio, y su delicada figura.

Se acercó al espejo que había en su habitación, y observó su aspecto. Baja estatura, cuerpo más bien relleno, pelo negro, ojos oscuros, piel blanca con marcas de sol. Comparada con aquel grácil pavo real, ella era una simple gallina de corral.

Finalmente, se metió en la cama, y se aferró a la almohada. En su mente apareció de nuevo la imagen del capitán Abbott, pero esta vez, no estaba solo. Una hermosa dama lo acompañaba. Cerró los ojos con fuerza. Debía desterrar a ese hombre de sus pensamientos. Y a partir de ahora lucharía por conseguirlo.

## Capítulo 5

El tiempo parecía transcurrir lentamente en Bedford Park. Para evitar caer presa de la melancolía, Ada se mantenía alejada de la casa, aprovechando los días primaverales que ofrecían sol y una agradable temperatura.

Salía a pasear con Dexter, y a veces llevaba consigo algún libro. Entonces, se sentaba a la sombra de un árbol, y se sumergía en la lectura. Para ella, esta era la mejor forma de evadirse de la realidad. Sin embargo, no conseguía apartar de su mente al capitán.

Ciertamente, no era fácil olvidar un sentimiento de amor tan profundo, mucho más de lo que ella creía. A pesar de que la estancia del capitán Abbott en su existencia había sido corta, la huella que dejó era imborrable.

Su madre no aprobaba todas aquellas salidas, que veía inapropiadas. Ella prefería que se quedara en casa haciendo labores, o que asistiera a más eventos sociales. Aunque sabía que su hija no estaba hecha para ciertas cosas, poco le importaba. Solo quería asegurarse de que Ada tuviera un buen porvenir al precio que fuera.

Como era habitual, la joven debía soportar sus sermones diarios sobre el matrimonio, y la importancia de encontrar un marido adecuado.

—Si fueras a más reuniones sociales, estoy segura de que tendrías más posibilidades. Te has pasado todas estas semanas rechazando invitaciones. Así no hay forma de que te cases, Ada—le advirtió.

—No entiendo por qué quieres que vaya, si según tú, podría ponerlos en evidencia—contestó malhumorada.

—No, porque irías acompañada. Yo misma te vigilaría, y me aseguraría de que tu comportamiento fuera ejemplar.

—Cualquier pretendiente estaría encantado de saber que necesito que mi madre me vigile. Eso sería de gran ayuda—respondió con sorna.

Su madre alzó una ceja.

—No seas impertinente, y acepta mi ayuda. Estoy siendo generosa, Ada. A tu hermana no le hizo falta. Ella consiguió un buen partido, y se casó enseguida. Y todo lo hizo sin rechistar—apuntó.

Ada suspiró con resignación, y se mantuvo callada con la esperanza de que su madre dejara el asunto. No obstante, se equivocó.

—Por cierto, el otro día me encontré a Benedict Brunswick. Me dijo que su hermano mayor, Charles, se ha quedado viudo recientemente, y está buscando esposa. Había pensado que sería buena idea ir a hacerle una visita —comentó la señora Campbell.

Ada miró a su madre con incredulidad.

—Madre, Charles Brunswick tiene treinta años más que yo. Podría ser mi padre.

Su madre puso los ojos en blanco.

—Ada, siendo tan quisquillosa, no vas a casarte nunca. Puede que sea un poco mayor, pero tiene una renta de diez mil libras.

—Madre, no pienso aceptar eso—aseveró contundente.

A pesar de esto, la señora Campbell decidió no rendirse, y prosiguió con la ofensiva.

—Bueno, como sabía que esa sería tu respuesta, me he tomado la libertad de seguir buscando.

Y creo que este te gustará: Patrick Delaware, de Aston.

Ada abrió mucho los ojos.

—¿El señor Delaware? ¡Tiene sesenta años! —exclamó horrorizada.

—¡Ada, por el amor de Dios, no seas así! —respondió su madre enfadada—. Hija, seamos sinceras, no puedes aspirar a más. A tus años, con tu aspecto, y tu falta de gracia, no es que seas un gran partido. Si pensaras con sensatez, aceptarías tus circunstancias, y verías la parte práctica de todo esto.

Ada negó con la cabeza, sintiéndose profundamente herida por las palabras de su madre. Tras excusarse, se dirigió a los establos, donde esperaba que nadie viera las lágrimas que empezaban a deslizarse por sus mejillas. Sin embargo, buscando la soledad, se encontró allí con su padre.

—Tesoro, ¿qué ocurre? —inquirió preocupado, mientras se acercaba a ella.

—¡Oh, papá, es horrible! —exclamó Ada entre sollozos.

—Vamos, vamos, ya está. ¿Qué es lo que provoca estas lágrimas?

Ada suspiró abatida, y miró a su padre. A él no le hizo falta respuesta.

—Otra vez tu madre te ha alegrado el día ¿verdad? —se lamentó.

Ada no pudo hacer más que asentir, e intentó explicar el asunto como pudo.

—Está empeñada en casarme con hombre mayores. Según ella, no puedo aspirar a nada mejor.

El señor Campbell puso una mueca de disgusto, y abrazó a su hija.

—Lo siento, Ada. Ya sabes cómo es tu madre. No sabe medir sus palabras.

—Pero tiene razón. Estoy condenada a quedarme sola—afirmó con pesar.

—¡No digas tonterías! Estoy seguro de que te casarás, lo sé desde que naciste. La cuestión es que todavía no has conocido al hombre adecuado. Y dudo que eso cambie si estás siempre aquí. Deberías irte una temporada.

Ada dejó de sollozar, y consideró esa idea. Era cierto que, quedándose allí, no haría mucho para mitigar su dolor. Se pasaba los días paseando y cavilando; y las regañinas de su madre no ayudaban demasiado.

—¿Por qué no te vas unos días fuera de la ciudad? Podrías irte con tu hermana, o con Gerald—sugirió su padre.

—Padre, en casa de Frances sólo seré una niñera, y en casa de Gerald estorbaré a unos recién casados—respondió.

—¡Pero si solo serán unos días! Además, te vendrá bien alejarte de tu madre, que no hace más que llevarte por el camino de la amargura. Deja que escriba a Gerald, seguro que estarán encantados de recibirte—aseveró, esbozando una sonrisa.

Al día siguiente, el señor Campbell escribió a Gerald contándole la situación, y poco después, llegó carta de Berkeley House con una entusiasta respuesta.

<<Querida Ada:

Tu visita a Berkeley House nos haría muy felices. Estamos deseando volver a verte. Puedes venir cuando gustes, tenemos preparada una habitación para ti. Y desde luego, no te preocupes por el tiempo de tu estancia. Puedes quedarte el tiempo que quieras. Te esperamos.

Con afecto,

Gerald y Edith>>

Ada sonrió al leer la misiva, e inmediatamente informó a sus padres de que viajaría a Berkeley House esa misma semana. Aunque su madre no comprendió bien aquella marcha repentina, no puso reparos, considerando que quizás fuera bueno para su hija.

La tarde anterior a su partida, Ada visitó Fair Lodge para contarle sus planes a su amiga Sarah.

Ambas se reunieron en el salón, y conversaron mientras tomaban sendas tazas de té.

—Me parece una buena idea, aunque te extrañaré—comentó Sarah con un deje de melancolía. Ada sonrió con tristeza.

—Lo sé. Pero creo que es lo más adecuado. Mi madre cada vez está más ofuscada con el asunto del matrimonio, y eso no me ayuda en absoluto a mejorar mi ánimo.

Sarah se rio.

—Querer casarte con Delaware es demasiado. ¿Qué habrías hecho? ¿Sujetarle el bastón? —comentó divertida.

—Bueno, por doce mil libras al año no está mal pagado—respondió Ada del mismo modo.

A continuación, Sarah tomó un sorbo de su taza de té, y dijo:

—Estoy convencida de que Edith y Gerald no permitirán que te aburras mientras estés en Berkeley House.

—Lo sé. Aunque en cierta manera, me siento una intrusa.

—¡Tonterías! Sabes que ambos te adoran. Y estoy segura de que tu estancia con ellos será maravillosa y provechosa. Quizás incluso conozcas a algún apuesto caballero—comentó con picardía.

Ada negó con la cabeza.

—Prefiero no pensar en eso. Solo quiero olvidarme del asunto del matrimonio, y de la ofuscación de mi madre con ese tema.

—Lo comprendo perfectamente. Yo me siento afortunada de que mi madre no sea así.

—No tiene motivos para serlo. Tú no eres una calamidad—afirmó Ada.

Sarah frunció el ceño.

—¿Por qué te juzgas con tanta severidad? Eres más despiadada que tu madre.

Ada se encogió de hombros.

—Puede que sí. Sin embargo, si no fuera una calamidad, no sería Ada Campbell.

—Pues déjame decirte que para mí Ada Campbell es una dama extraordinaria. Y pronto alguien lo descubrirá.

Ada sonrió a su amiga.

—Una dama extraordinaria con amigas muy valiosas.

En ese momento, Sarah agarró su mano.

—Presiento que este viaje va a traerte muchas cosas buenas.

—Yo también. De hecho, ya me siento feliz con la idea de partir.

Al día siguiente, y tras los debidos preparativos, Ada se subió al carruaje que la llevaría a Berkeley House. Aunque antes de marcharse tuvo que escuchar las directrices de su madre.

—Sal siempre acompañada. No olvides saludar a los vecinos, hay que ser siempre cortés. Y por favor, no digas una palabra más alta que otra, ni hables demasiado. Puedes ponerte en evidencia, o lo que es peor, avergonzar a tu hermano y a Edith, y arruinar su vida social. Como siempre te digo, querida, calladita estás mejor.

Ada emprendió el viaje con un atisbo de alegría, a pesar de que echaría de menos a Dexter, su fiel amigo, del que se despidió con suma tristeza. No obstante, sabía que estaba en buenas manos, junto a su padre, a quien también extrañaría.

Estaba segura de que su estancia en Berkeley House le ayudaría a superar su desengaño, y a descubrir cosas nuevas que la alejarían de una existencia apacible y rutinaria. Y con esa esperanza se dirigió a Great Milton.

## Capítulo 6

La fina niebla que envolvía el entorno le dio la bienvenida a Berkeley House. La hermosa casa hecha de piedra, y rodeada de una explanada de hierba, se encontraba al final de un camino de arena. Era un lugar bonito y encantador, que ahora, entre la bruma, tenía cierto aire místico.

Edith y Gerald salieron a recibir a Ada con enorme entusiasmo. En cuanto bajó del carruaje, ambos se acercaron e intercambiaron cálidos saludos con ella.

—¡Qué alegría nos da verte, Ada! —exclamó Edith con una sonrisa.

—Bienvenida a Berkeley House, hermana—dijo Gerald—. Ahora entremos, debes estar agotada por el viaje.

Enseguida, los tres entraron en la casa, mientras un sirviente se hacía cargo del equipaje. Atravesaron el elegante vestíbulo que daba paso a una escalera lateral, cubierta por una alfombra que amortiguaba sus pisadas. En cuanto llegaron al piso superior, Ada se instaló en una acogedora habitación de invitados.

La estancia tenía una cama con dosel, una cómoda de madera de nogal, y un baúl. Las pesadas cortinas de color malva enmarcaban una enorme ventana, desde donde podían contemplarse unos hermosos prados.

A Ada le alegraba el hecho de poder alejarse unos días de la casa familiar, y así poder actuar con más libertad. A pesar de sus reservas iniciales, ya que pensaba que estaría interfiriendo en la rutina amorosa de aquellos dos, enseguida se dio cuenta de que su hermano y su cuñada estaban encantados con su visita. Sobre todo, Edith, que pasaba muchas horas del día sola.

Después de ordenar su equipaje y cambiarse, se dirigió al salón principal, donde aguardaba la pareja. En aquella sala, presidida por una inmensa chimenea de mármol, predominaban los tonos claros, y el mobiliario estaba compuesto por muebles de estilo francés, que daban un aire sumamente distinguido al lugar.

En cuanto Ada se acomodó en un mullido sillón, Edith ordenó que les sirvieran un refrigerio compuesto de té y unos sándwiches, ya que aún no habían almorzado. Una vez estuvieron de nuevo a solas, los tres se embarcaron en una animada conversación.

—¿Y cuántos días has pensado quedarte? No me malinterpretes, lo digo para hacer planes—aseveró Edith con amabilidad.

Ada dejó su taza sobre el platillo, y respondió:

—Dos semanas, quizás.

—Eso es poco tiempo. Al menos deberías quedarte un mes para disfrutar de todo esto como es debido—sugirió su hermano.

—Lo pensaré—respondió con timidez.

—Lamentablemente, los negocios me apartan mucho tiempo de casa, pero Edith y tú os haréis buena compañía.

—Tengo muchos planes. No pienso dejar que te aburras—afirmó su cuñada con entusiasmo.

Como bien le aseguró Edith, no se aburriría durante su estancia en Berkeley House.

El primer día exploraron los alrededores, dando un largo paseo por el campo. Había cerca de allí numerosos pastos, y varios árboles aislados unos de otros. La hierba resplandecía bajo el espléndido sol, que había hecho desaparecer la neblina de la jornada anterior.

—Es un lugar encantador, Edith—comentó absorta.

—Sí, es un bonito lugar para crecer.

—Así que has vivido aquí siempre.

—En efecto. Esta ha sido la casa familiar desde hace tres generaciones. Si no me hubiera casado con Gerald, al morir mi padre, la habría heredado un primo lejano al que ni conozco. Y estoy convencida de que no habría apreciado Berkeley House como yo.

Ada agachó la mirada.

—Me ocurre lo mismo con Bedford Park. Aunque sé que estará en buenas manos.

—Berkeley House también es tu casa, Ada. No lo olvides—apuntó Edith.

Ada sonrió a su cuñada, mientras continuaban caminando. El paseo se prolongó hasta la tarde, cuando regresaron a casa, y disfrutaron de unas horas de intensa conversación.

Ada se sentía libre de cualquier reserva a la hora de expresarse o actuar, pues no estaba allí su madre para reprocharle su comportamiento. Berkeley House estaba resultando ser un ambiente liberador.

A lo largo de aquella semana, también realizaron varias visitas a las casas de vecinos y amigos de la pareja, que recibieron a Ada con suma amabilidad y curiosidad. Parecía ser que tanto Edith como Gerald habían hablado a sus conocidos de la joven, y todos se mostraban entusiasmados de poder conocerla al fin.

Una de esas jornadas, realizaron una visita a Gretna Lodge, una encantadora casa de campo hecha de piedra gris, con tejado a dos aguas de tono rojizo. Era propiedad de una respetable viuda, la señora Peyton. La mujer, de treinta años, enviudó hace cuatro, y vivía una apacible existencia en Great Milton.

La dama recibió a sus invitadas con una sonrisa deslumbrante, y ataviada con un elegante vestido verde, que iluminaba su rostro. Ada se fijó en su piel aterciopelada, en su brillante cabello castaño, y en su resplandeciente mirada ámbar.

—Mucho gusto, señorita Campbell. He oído hablar maravillas de usted—aseveró la mujer sin un atisbo de altivez.

Ada sonrió tímidamente.

—Igualmente. Y aunque yo no sabía de su existencia, espero conocerla mejor.

La franca respuesta de la joven le hizo reír.

—Es mejor de lo que me imaginaba, señorita Campbell. Tenemos mucho en común.

Finalmente, las tres se sentaron en el salón. La estancia estaba bien iluminada por altos ventanales que daban a la entrada de la propiedad, y contaba con un elegante mobiliario, aunque la decoración carecía de cualquier signo de ostentación.

—Y dígame, Ada, ¿cuáles son sus intereses, sus pasiones? —inquirió la señora Peyton.

—Me gusta la vida en el campo, la naturaleza, explorar, pasear. Y también me encanta leer.

—Compartimos aficiones. Mi difunto marido era un amante de la naturaleza, y gracias a él, aprendí muchas cosas interesantes. Especialmente, sobre las plantas y los animales que habitan Gretna Lodge. Conocer todo eso, me dio la oportunidad de adquirir muchos conocimientos.

—Yo cada día intento aprender algo nuevo—aseveró la joven.

—Y dígame, Ada, ¿hay alguien en su vida? ¿Algún pretendiente? Porque estoy segura de que ha robado más de un corazón—comentó con picardía.

—No, no hay nadie—respondió con cierto apuro.

—No la creo, Ada. Es imposible que pase desapercibida con esa personalidad tan encantadora—afirmó la señora Peyton.

Ada negó con la cabeza.

—No, señora. En realidad, no he pasado desapercibida, pero no he despertado el interés de

ningún caballero.

La señora Peyton dedujo que algo escondían aquellas mejillas sonrosadas y esa mirada triste. La experiencia era un gran valor en estas circunstancias, y ayudaba a sacar conclusiones certeras. No obstante, se abstuvo de avasallar a su invitada.

—Bueno, si por ahora no ha despertado el interés de ningún caballero, es que no ha conocido al adecuado. Sin embargo, todo llega, Ada—sentenció.

La joven esbozó una sonrisa ante aquel bienintencionado comentario, y aunque no estaba convencida de que la señora Peyton tuviera razón, prefirió no discutir más el asunto. Ya había asumido que su circunstancia no cambiaría, y era mejor no vivir inmersa en ilusiones y sueños.

—Espero que su estancia aquí esté siendo fructífera. Hay muchas cosas que ver, y no vamos a permitir que se aburra—aseveró la señora Peyton—. Por cierto, Ada, ¿conoce Oxford?

Ada asintió.

—Sí, fui en una ocasión, pero no visité la ciudad.

—Entonces, podemos ir dentro de unos días. Allí tengo un buen amigo que estará encantado de ser nuestro Cicerone.

A Ada le gustó la idea, y sonrió con entusiasmo. Desde luego, la decisión de quedarse en Berkeley House una temporada había sido un gran acierto, pensó.

Cuando le sugirieron aquel viaje a Gerald, este recibió la propuesta con alegría, ya que consideró que sería un buen momento para descansar, y pasar más tiempo con su esposa y su hermana.

Y así, aquella semana, los cuatro partieron hacia Oxford para una estancia de tres días. Ada estaba deseando saber qué le depararía aquel inesperado viaje.

## Capítulo 7

El deslumbrante sol bañaba con su luz las calles de Oxford, convirtiéndose en un aliciente perfecto para pasear, y disfrutar de las maravillas que ofrecía la ciudad. Ada solo había estado en una ocasión, aunque no había tenido oportunidad de conocer lo que la urbe albergaba. Sin embargo, esta visita le permitiría saciar su curiosidad.

Llegaron a la pensión Mafford, un edificio de dos plantas, con tejado a dos aguas, fachada blanca con vigas de madera visibles, y un patio interior donde descansaban los caballos que transportaban las diligencias.

Era un conocido alojamiento por donde pasaban muchos visitantes, tanto turistas como caballeros que venían a resolver asuntos de negocios. La habitación de Ada era pequeña y sencilla, con una cama, una mesilla y un armario. Tenía lo imprescindible para descansar.

Una vez se cambiaron, los cuatro se dispusieron a dar un agradable paseo. Recorrieron las calles de la ciudad, y observaron sus monumentos, mientras la señora Peyton les contaba curiosidades sobre alguna construcción.

Ada observaba todo con suma atención, mientras conversaba con la señora Peyton, que se mostraba atenta y cercana. Ciertamente, la dama se había ganado su aprecio en poco tiempo.

Tras una mañana de mucha actividad, por la tarde se dirigieron a casa del señor Blackstone, que vivía cerca del Christ Church. La casa del caballero tenía dos plantas, fachada de piedra, y tejado a dos aguas de tono rojizo. Llamaron a la puerta, y un sirviente con semblante serio les condujo al salón. Allí estaba el anfitrión, de pie junto a la chimenea.

El señor Blackstone, un hombre alto, de cabello oscuro salpicado de canas, era un viejo amigo del difunto señor Peyton. Un parche cubría su ojo derecho, y en su mejilla era visible una cicatriz.

—Es un placer verte de nuevo, Celia. Y veo que traes grata compañía—dijo el caballero con una tímida sonrisa.

—Señor Blackstone, le presento a mis vecinos, los Campbell, y a la señorita Ada, la hermana del señor Campbell.

—Mucho gusto—respondió con una reverencia—. Por favor, tomen asiento.

Tiró de un cordón que había en la estancia, y enseguida apareció un sirviente.

—Richards, trae algo para beber, por favor.

El sirviente obedeció, y desapareció de la estancia. Una vez se acomodaron en los sillones que había allí, Ada observó con curiosidad al caballero, que estaba sentado frente a ella. Al instante, él clavó su mirada grisácea sobre la suya, y esto sobresaltó a la joven.

—Veo que observa mi rostro, señorita Ada. ¿Ha encontrado algo interesante?

Ella abrió mucho los ojos, mientras la señora Peyton esbozaba una sonrisa.

—Nada en particular, señor.

Él se rio.

—Vamos, no mienta. Algo ha despertado su curiosidad.

—Solo la curiosidad ante lo desconocido, señor.

Él volvió a reírse.

—Sé que se ha fijado en la ausencia de mi ojo derecho. ¿Me creería si le digo que fui un temido pirata hace tiempo, que perdió el ojo en un asalto?

Ada se encogió de hombros.

—Quizás si su historia fuera convincente podría creerla.

El señor Blackstone asintió pensativo, mientras estrechaba la mirada.

—Me cae bien, señorita Ada. Creo que usted y yo nos llevaremos a las mil maravillas—aseveró divertido.

En ese momento, el sirviente trajo una bandeja con varias copas y una botella de jerez.

—Brindemos por esta visita tan encantadora—propuso el anfitrión, alzando su copa.

Todos tomaron un sorbo, y enseguida, Ada notó una sensación de quemazón en la garganta, que casi le hizo toser. Ciertamente, no estaba acostumbrada a beber.

—Y dígame, señor Blackstone, ¿siempre ha vivido en Oxford? —inquirió Gerald.

—Sí, aunque crecí en Blackfield Cottage, a las afueras de la ciudad. Oxford es un buen lugar para vivir. Aburrido en ocasiones, pero de vez en cuando voy a Londres, y allí encuentro toda la diversión que necesito—explicó—. ¿Han estado en Londres alguna vez?

—Sí, en varias ocasiones—contestó Edith.

—Ustedes viven en Great Milton, ¿cierto?

—Sí, muy cerca de Gretna Lodge—respondió Edith.

Entonces, el señor Blackstone fijó su vista de nuevo en Ada, que observaba ensimismada un cuadro que había detrás de él. Se trataba de un dibujo que representaba una lechuza.

—¿Le gusta? —preguntó el caballero.

Ada asintió.

—Es una lechuza muy hermosa.

—Vaya, la ha reconocido—comentó sorprendido.

Ada sonrió.

—Soy aficionada a las aves.

—Interesante. Veo que tenemos cosas en común.

—Sí, eso parece—respondió con timidez, mientras se ruborizaba.

La señora Peyton no pasó por alto este detalle. La considerable atención que dedicaba el señor Blackstone a la joven, y la turbación que Ada mostraba, hacían pensar que entre aquellos dos había algo. Al menos, cierto interés mutuo.

Durante el resto de la tarde, el señor Blackstone y Ada intercambiaron opiniones sobre diversos intereses comunes, como la vida en el campo o la literatura. Discutían sobre estos asuntos con entusiasmo y buen humor.

Ada se alegraba de haber conocido a alguien que compartiera sus inquietudes. Sin embargo, no había nada en aquel hombre que hiciera que su corazón se sobresaltara.

—Visité Cirencester hace muchos años, y me encantó.

—Pues debe volver, señor Blackstone. Especialmente en primavera y verano, cuando el tiempo es más agradable. Así podré enseñarle Bedford Park en todo su esplendor.

Él sonrió.

—Ese es motivo más que suficiente para volver, Ada. Sin duda, en cuanto tenga ocasión, iré a visitarla.

—Espero que esa invitación se extienda a mí también. Nunca he estado en esa ciudad, y parece agradable—añadió la señora Peyton.

—¡Por supuesto! Será un placer recibir la visita de ambos—se apresuró a responder Ada con entusiasmo.

En ese instante, la joven se fijó en un pequeño detalle. El señor Blackstone observaba a la sonriente señora Peyton de una forma especial. Era una mirada que encerraba un afecto

contenido, un anhelo oculto.

—Espero que cuentes conmigo para ese viaje, querida Celia—intervino él con semblante risueño.

—Sabes que sí. Por cierto, me encantaría ver al señor Blackstone padre. Hace mucho que no le hago una visita.

El señor Blackstone asintió.

—Sabes que él siempre quiere verte. Además, es una gran idea, así puede enseñarle a la señorita Campbell su colección de plantas disecadas.

—¿Plantas disecadas? —inquirió Ada.

—E insectos. Créame, le entusiasmará—aseveró él divertido.

Finalmente, regresaron a la pensión Mafford tras una velada realmente agradable y una jornada intensa. Mientras caminaba junto a Edith por el pasillo que conducía a su habitación, Ada caviló sobre lo acontecido en casa del señor Blackstone. Rememoró aquellos gestos en los que nadie se había fijado, esas palabras que encerraban anhelos y sentimientos secretos.

—El señor Blackstone es un caballero muy agradable. ¿No crees, Ada? —comentó Edith, observándola con interés.

Ella asintió distraída.

—Sí, así es. Es un caballero encantador.

—Y tenéis muchas cosas en común, según parece—añadió Edith con segundas intenciones.

Entonces, Ada miró a su cuñada, y esbozó una sonrisa.

—Sí, eso parece



Al día siguiente, acudieron de nuevo a casa del señor Blackstone. Este les saludó con una amable sonrisa, y dispuso un carruaje que los llevaría a Blackfield Cottage. Una vez estuvieron preparados, se dirigieron a la propiedad, que se encontraba en un páramo cerca del río, a las afueras de Oxford.

Blackfield Cottage era una vivienda de piedra, con tejado a dos aguas de color rojizo, y estaba rodeada de una valla de madera. En cuanto el carruaje se detuvo delante de la entrada, el señor Blackstone padre salió a recibirlos. El hombre de pelo canoso y andares lentos les saludó con su mirada escondida tras unas gafas de montura metálica.

—¡Querido Lionel! ¡Cuánto tiempo sin verte! —dijo la señora Peyton, acercándose a él.

El caballero esbozó una sonrisa.

—Ya sabes que eres siempre bienvenida, Celia.

—Padre, te presento a los Campbell. Los señores Campbell, y la señorita Ada Campbell. Te informo que a esta joven dama también le interesan los insectos y las plantas—explicó el señor Blackstone.

El hombre asintió e hizo una reverencia.

—Es un placer. Por favor, pasen.

A continuación, agarró del brazo a la señora Peyton, y todos entraron en la casa. Aquel era un hogar de estancias pequeñas y acogedoras. El salón estaba decorado en tonos claros, y albergaba una discreta chimenea de piedra. Dos ventanas daban luminosidad a la estancia, de cuyas paredes colgaban algunos cuadros paisajísticos.

Se acomodaron en los sofás que había allí, y Ada se sentó al lado del longevo caballero. En ese momento, la señora Peyton tomó la iniciativa de la conversación.

—¿Y cómo te encuentras, Lionel?

—Bien, con mis achaques. Ya sabes que la edad no perdona, Celia—contestó el señor Blackstone padre.

—Cierto.

—¿Y cómo van las cosas en Gretna Lodge?

—Tranquilas, y sin sobresaltos.

—Pues para aburrirte, lo mejor sería pasar más tiempo con nosotros. Esa casa es demasiado grande para ti sola.

La señora Peyton esbozó una dulce sonrisa.

—Si pasara más tiempo aquí, acabaría siendo una invitada no deseada, porque interrumpiría vuestras actividades habituales.

—Te aseguro que nunca serías una invitada no deseada, Celia. De hecho, sería el caso contrario, por completo—afirmó el señor Blackstone padre.

—¿Desde cuándo conoce a la señora Peyton, señor Blackstone? —inquirió Edith.

El caballero, que permanecía atento a la charla que mantenían su padre y la señora Peyton, centró su atención en Edith.

—Desde hace años. Su marido era amigo mío, y nos vimos por primera vez en la celebración de su compromiso, hace ya unos diez años—respondió el caballero.

—Veo que tiene buena relación con su padre—apuntó Edith.

—Adora a Celia. En cuanto se conocieron, se convirtieron en buenos amigos—explicó el señor Blackstone con un atisbo de ternura.

En ese momento, el señor Blackstone padre miró a Ada, que apenas había intervenido en la conversación. La joven estaba sumergida en sus pensamientos, mientras observaba a los presentes de forma distraída.

—¿Y qué opina de Oxford, señorita Campbell? ¿Le gusta?

Al instante, Ada se alejó de sus cavilaciones, y respondió:

—Me gusta, es agradable. ¿Y ha vivido aquí siempre, en Blackfield Cottage?

—Sí, nací aquí, y aquí moriré—contestó el caballero con una media sonrisa.

—Lo poco que he visto, me ha parecido muy hermoso—afirmó Ada.

—Pasear por los alrededores es uno de mis mayores placeres. Y sí, es verdaderamente hermoso, especialmente en primavera. Por cierto, creo recordar que mi hijo ha mencionado que le interesan las plantas y los insectos.

—Así es, señor.

—Espere, voy a mostrarle algo que le entusiasmará.

Tras decir esto, el caballero se levantó, y se dirigió a una sala contigua. Al volver trajo consigo una urna, y se sentó de nuevo con ella en su regazo. En cuanto la abrió, Ada comprobó que albergaba muestras de distintas especies de insectos disecados: escarabajos, libélulas.

A partir de entonces, ambos se enfrascaron en una animada conversación, donde intercambiaron impresiones sobre diversos temas. Lo cierto era que la visita a Oxford estaba siendo mucho mejor de lo que esperaba, pensó Ada entusiasmada.

Dos horas más tarde, salieron a dar un paseo por el páramo, y cuando el cansancio hizo acto de presencia, se sentaron a la sombra de un árbol. El señor Blackstone y Ada, que estaban un poco apartados del grupo, observaron el encantador paisaje que se presentaba ante ellos. La hierba alta de tono verdoso se mecía con una delicada brisa, mientras a lo lejos se divisaban unas colinas, y se escuchaba el murmullo del Támesis, cuyas aguas discurrían cerca de allí.

—Es un lugar muy bonito—comentó ella.

—Es un hermoso lugar para crecer—respondió él pensativo—. Aunque estoy seguro de que

Bedford Park es más bonito a su parecer.

—No pueden compararse. Para mí, Bedford Park es hermoso porque he tenido una existencia feliz allí. Las vivencias y los recuerdos pueden hacer que un lugar sea el más bonito de la Tierra a nuestros ojos, aunque no lo sea para el resto.

—Es usted realmente sabia para ser tan joven, Ada—afirmó él asombrado.

—Gracias, señor—respondió ella con timidez—. Pero no es cierto. Todavía me queda mucho que aprender.

—Y, además, sin un atisbo de soberbia a pesar de su elocuencia, que es claramente superior a la de muchos. No deja de sorprenderme.

—No entiendo por qué, señor.

—He conocido a muchas mujeres a lo largo de mi vida, y sinceramente, pocas me han impresionado como usted. Es agradable conocer a una dama que no finge, que tiene criterio propio, y que es capaz de hablar sobre algo más que el matrimonio o el tiempo. Porque debe admitir que hay muchas jóvenes así.

Ada torció el gesto.

—Ciertamente, pero hay muchas damas que no nos comportamos de esa manera. Creo que su prejuicio es injusto.

—Sí, lo sé. Afortunadamente, muchas de ustedes me han hecho ver mi error. Incluida la señora Peyton.

En ese instante, Ada agachó la mirada, y jugueteó con los pliegues de su vestido. Quería preguntarle sobre un asunto delicado, pero no sabía cómo abordar la cuestión. Entonces, Blackstone esbozó una media sonrisa.

—Sacie su curiosidad, Ada. No tema, no va a ofenderme.

Ella lo miró asombrada.

—¿Es capaz de leer la mente, señor Blackstone?

Él se rio.

—No, pero usted es tan cristalina como el agua, Ada. Es incapaz de ocultar sus emociones.

La joven resopló.

—Es una batalla que mi madre da por perdida. Ella siempre dice que debo aprender a disimular.

—No la escuche. Usted es encantadora así—afirmó con rotundidad.

Ella sonrió tímidamente.

—Bien, ahora que me ha dado su permiso... ¿Qué le ocurrió?

Él suspiró con resignación.

—Perdí el ojo en una batalla, en España. Un francés me atravesó parte del rostro con un puñal, y cuando estaba a punto de clavar el arma en mi pecho, mi superior, el capitán Abbott, lo mató, y me salvó la vida. Gracias a él, estoy aquí hablando con usted.

El corazón de Ada se sobresaltó al oír ese nombre.

—El capitán Abbott...—comentó incrédula.

—¿Conoce al capitán?—inquirió Blackstone con interés.

—Tuve ocasión de conocerle en Fair Lodge, la propiedad de los Hammersmith en Cirencester. Andrew Hammersmith también combatió en España, y es amigo del capitán.

En ese instante, Blackstone recordó una conversación que había mantenido hacía escasos días con el capitán sobre su estancia en Cirencester. De repente, ciertas palabras y referencias cobraban sentido ahora, aunque se abstuvo de compartirlas con Ada Campbell.

—Comprendo. Tenemos un amigo en común entonces.

—Sí, eso parece—respondió ella un poco desconcertada.

Se hizo un breve silencio entre ellos, lo que permitió que Ada se sumergiera en sus cavilaciones. El mundo era demasiado pequeño, especialmente en ese rincón del reino, pensó la joven.

—¿Qué opina de él? —inquirió Blackstone con curiosidad.

Ada lo miró con gesto interrogante.

—¿Del capitán Abbott? — Blackstone asintió, y Ada respondió—: Solo tuve ocasión de verlo dos veces, pero me causó una grata impresión. Es un hombre reservado, no obstante, descubrí que es agradable al trato cuando se le conoce.

—Me recuerda mucho a usted en cierto modo. Ambos son sinceros a la hora de expresarse. La honestidad es un bienpreciado, y no suele estar bien vista entre aquellos que esconden su verdadera naturaleza tras amables palabras, vacías de significado. Lo que es algo común en sociedad.

>>Personalmente, prefiero la amistad y el aprecio de aquellos que no temen expresar lo que realmente quieren. Aunque el capitán puede ser brusco, sé que cuando habla, lo hace sin artificios y de corazón. Al igual que usted.

Ada esbozó una media sonrisa. Ojalá otros opinaran lo mismo, pensó. Su forma de ser le había traído muchos problemas, y había causado desagradables impresiones en aquellos que no comprendían su carácter. Sin embargo, no estaba en su naturaleza ser de otro modo. Y desde luego, eso no iba a cambiar.

## Capítulo 8

Al día siguiente, antes de marcharse, el señor Blackstone les invitó a dar un paseo por la orilla del Támesis. El sol brillaba en el cielo, reflejando sus rayos en las aguas del río, y el aire transportaba un aroma a hierba mojada y flores silvestres.

Como un acto que se había convertido en costumbre en esos días, el señor Blackstone caminó junto a Ada, que observaba el panorama, absorta.

—Siempre he pensado que este paisaje invita a creer en el amor eterno. Serviría de inspiración para cualquier poeta. ¿Usted cree en esas cosas, Ada? —inquirió Blackstone con aire distraído.

—Ciertamente, creo que uno puede encontrar a su otra mitad, y vivir con ella el resto de su vida. He conocido varios casos, de hecho—respondió con gesto reflexivo.

Blackstone giró la cabeza, y comprobó que sus acompañantes caminaban detrás de ellos a cierta distancia, la suficiente para no ser escuchados.

—Si se me permite preguntar, ¿usted se ha enamorado alguna vez, Ada?

Ella agachó la mirada con semblante serio.

—Sí, pero no fui correspondida.

Él asintió pensativo.

—Comprendo. Lo noté en sus ojos cuando la observé de cerca por primera vez. Estaba convencido de que escondía un corazón roto, igual que yo.

Esta afirmación no sorprendió a Ada.

—¿Desde cuándo?

Él lanzó una carcajada que encerraba cierto asombro.

—Vaya, parece que ha comprendido todo enseguida sin necesidad de palabras.

—Siempre he sido muy observadora—aseveró con una tímida sonrisa.

—Sí, de eso no tengo duda. Y respecto a su pregunta, desde la primera vez que la vi. Fue la noche que el señor Peyton nos presentó, y me informó de su compromiso—respondió con un atisbo de melancolía.

—¿Y ella lo sabe?

Él negó con la cabeza.

—No, no lo sabe, ni lo intuye.

—¿Y no ha considerado la idea de contárselo? Ahora no existe impedimento—comentó Ada, encogiéndose de hombros.

—Sí, existe un impedimento. Es la viuda de mi mejor amigo. Él me pidió que cuidara de ella. Si le confesara mi amor, sería como un insulto a su memoria—se lamentó.

—Creo que esa es una afirmación un poco drástica, señor Blackstone. La señora Peyton y usted tienen derecho a ser felices. Quizás aquella petición encerrara algo más.

Al oír esto, Blackstone observó a Ada con interés.

—¿Qué insinúa?

—Cuando amamos, deseamos que la persona amada sea feliz, aunque no esté a nuestro lado. Y quizás el difunto señor Peyton deseaba que usted le proporcionara esa felicidad a la señora Peyton.

—Pero ella sigue amándole.

—Nunca dejará de hacerlo, porque fue un hombre muy importante para ella. Sin embargo, eso

no es un impedimento para volver a amar y ser feliz.

—Entonces, ¿debería...? —preguntó con un deje de esperanza.

—Sí, debería ser sincero. Y si ella no le corresponde, al menos lo habrá intentado. No obstante, tengo el presentimiento de que no será así. Algo me dice que ella siente lo mismo—aseveró.

Él sonrió.

—Ada, ¿no será usted bruja? Porque sabe demasiadas cosas.

Ambos rieron, mientras el resto permanecía ajeno a la reveladora conversación que había tenido lugar entre ellos.

Era curioso el hecho de que Ada fuera capaz de ayudar a otros a resolver sus asuntos amorosos, mientras ella se quedaba a un lado de la orilla, viendo como los demás seguían nadando río abajo.

Finalmente, llegó el momento de partir, y el señor Blackstone se despidió de Ada con la promesa de sincerarse con la señora Peyton. La joven le deseó mucha suerte, y le aseguró que rezaría porque aquella empresa tuviera éxito.

No dudaba de que saldría bien, porque intuía que la señora Peyton también albergaba sentimientos por él, aunque supiera esconderlos mejor.

En el viaje de regreso, la señora Peyton tanteó a Ada, con la esperanza de saber si había surgido la llama entre la joven y su amigo.

—Parece que ha hecho buenas migas con Blackstone—comentó.

—Sí. De hecho, puedo decir que ya cuenta con mi aprecio.

La señora Peyton no pudo evitar sobresaltarse ligeramente ante esta afirmación.

—Eso es estupendo.

—Sin embargo...

—¿Sin embargo? —preguntó la dama con cierta suspicacia.

Ada se acomodó en el respaldo del asiento del carruaje con aire enigmático. Se dio cuenta de que la señora Peyton no era indiferente a los avatares amorosos de Blackstone, y esto confirmó sus sospechas.

—Sin embargo, es un aprecio amistoso. Porque el señor Blackstone ya tiene su corazón ocupado.

Este comentario dejó perpleja a la señora Peyton.

—¿De verdad? ¿Se lo ha dicho él?

Ada sintió.

—Sí.

—¿Y sabe de quién se trata?

—No me lo ha dicho—mintió—. Sin embargo, estoy convencida de que usted será la primera en saberlo.

La señora Peyton se quedó desconcertada ante semejante respuesta, sin embargo, decidió no indagar más, y se sumergió en sus pensamientos.

Gerald, que había estado atento a la conversación, sonrió a su hermana. Sabía que Ada tramaba algo. No sería nada malo, por supuesto. No obstante, esperaba averiguar de qué se trataba lo antes posible. Quien parecía no percatarse de nada era Edith, que los observó intrigada.

Regresaron a Berkeley House, agotados tras unos días llenos de emociones. Ada se mostraba contenta y mucho más animada que antes. Parecía que la tristeza se había alejado de ella por completo.

Y eso a pesar de haber oído el nombre del capitán Abbott en boca de Blackstone. Daba la

impresión de que la providencia estaba empeñada en que el capitán no se apartara demasiado de sus pensamientos.

Aunque sentía cierta melancolía al recordar su apuesto rostro y su profunda voz, saber que había salvado al señor Blackstone de una muerte segura, hizo que su aprecio por el capitán fuera mayor que antes.

Ciertamente, el capitán Abbott era un hombre admirable, pero comprometido, y, por tanto, inalcanzable. Esta idea resonó en la mente de Ada, e hizo posible que alejara cualquier atisbo de esperanza de su corazón.



Una tarde, Edith, asaltada por una ligera jaqueca, decidió ir a su cuarto a descansar, dejando a Gerald y Ada a solas en el salón. Afuera el cielo estaba encapotado, y una ligera lluvia golpeaba los cristales de las ventanas.

Los hermanos aprovecharon la ocasión para compartir una animada conversación, al calor del fuego de la chimenea.

—¿Y qué te traes entre manos con el señor Blackstone? —inquirió Gerald.

Ada se rio.

—No me traigo nada entre manos, Gerald.

—Sabes algo que no quieres contarme.

Ada se encogió de hombros.

—Puede que sí. Sin embargo, es algo bueno.

—No lo dudaba. De ti no puedo esperar algo malo. Aunque me encantaría saber de qué se trata. Sacı́arías mi curiosidad.

Ada miró a su hermano con ternura, y decidió ceder.

—Está bien. Es un asunto de amor, pero no tiene que ver conmigo.

Gerald observó a su hermana con interés.

—Así que ahora te dedicas a emparejar a otros.

—De alguna forma siempre lo he hecho. Tú lo sabes mejor que nadie—apuntó.

Gerald sonrió al recordar la ayuda que Ada le prestó, para conseguir que Edith y él acabaran juntos.

—Sí, lo recuerdo. Y te estaremos eternamente agradecidos. Pero, dime, ¿quién es la otra parte?

Ada sonrió.

—La conoces bien. Solo te diré eso.

Gerald consideró la idea que encerraban esas palabras, y enseguida sacó sus conclusiones.

—Lo cierto es que no hacen mala pareja. Y ella reaccionó de una forma realmente interesante cuando le hablaste de ello. Pero ¿cómo te percataste de todo?

—Hay cosas que se notan a primera vista, y una de ellas, es la mirada de un enamorado—respondió con un deje de melancolía.

—Bueno, eso solo lo perciben ojos expertos como los tuyos. Sin embargo, estoy un poco enfadado contigo. ¿Cuándo vas a empezar a preocuparte por ti misma, Ada?

Ella lo miró extrañada.

—Ya lo hago, Gerald.

—No lo suficiente. Siempre estás pendiente de los demás.

—A estas alturas, poco o nada voy a cambiar, querido hermano—aseveró ella con una tímida sonrisa.

—No quiero que cambies. Pero me gustaría que encontraras la felicidad que yo he hallado con

Edith.

Ada puso los ojos en blanco.

—Gerald, por favor, no imites a madre.

Él se rio.

—No me malinterpretes, por favor. Además, si fuera como madre, ya tendría una lista de pretendientes con sus rentas anuales. — Ambos rieron—. Me refiero a que me gustaría que te enamoraras, y encontraras la felicidad.

Ada suspiró con resignación.

—Eso es difícil.

—No, si se encuentra a la persona adecuada.

—Esa es la parte más complicada—afirmó riéndose.

—Tienes razón. Pero cuando la encuentras es maravilloso, Ada—comentó risueño.

Enseguida, a la mente de Ada llegó la imagen del capitán Abbott, esbozando esa hermosa sonrisa que le dedicó aquella tarde. No obstante, pronto alejó ese pensamiento.

—Sí, debe serlo. Sin embargo, no creo que ese sea mi destino. He asumido que el matrimonio no es para mí.

Gerald se quedó asombrado al oír eso.

—Parece una convicción firme.

—Tengo la absoluta certeza de ello. Además, así podré cuidar de vuestros hijos. Seré la atolondrada tía Ada. Y los llevaré a pasear por el campo, y haremos descubrimientos.

Ambos se rieron, y Gerald se levantó para abrazarla.

—Eres maravillosa, y te mereces toda la felicidad que la vida te pueda proporcionar.

—Mi vida ya es dichosa por teneros a mi lado. No necesito nada más.

—Y en cuanto al destino. Puedo afirmar que es caprichoso, y aguarda inesperadas sorpresas, querida Ada. Nunca se sabe lo que nos puede deparar.



La estancia de Ada en Berkeley House se convirtió en una rutina agradable y nada tediosa. A los paseos, y visitas puntuales a vecinos y conocidos, se unían las animadas conversaciones, donde la joven se sentía libre para expresarse, lejos de la tiranía materna.

No obstante, todo cambió debido a la llegada de una inesperada misiva de un viejo conocido de Gerald. El hermano de Ada compartió con ellas el contenido de la carta durante la cena.

—He recibido carta del señor Weston, uno de mis viejos compañeros de Eton.

—¿Y qué dice? —inquirió Edith.

—Nos invita a Lindsey Abbey, la casa de un amigo suyo. Quiere que pasemos unos días allí con él y varios amigos. Lo cierto es que sería una buena oportunidad para volver a vernos, y recordar viejos tiempos.

Ada frunció el ceño al oír el nombre de esa propiedad, que le resultaba familiar.

—Parece una buena idea. Sin embargo, me parece extraño que no sea el anfitrión quien nos invita—admitió Edith.

—Ciertamente, es extraño, pero Weston me asegura que lo hace en su nombre. De hecho, su amigo quiere discutir unos asuntos de negocios conmigo.

—En ese caso, no estaría bien rechazar la invitación. ¿Y dónde se encuentra Lindsey Abbey? —preguntó Edith.

—No muy lejos de aquí.

—¡Entonces, vamos! —exclamó Edith con entusiasmo.

Gerald sonrió.

—¡Preparad el equipaje! Partimos mañana.

## Capítulo 9

Un sol resplandeciente y un cielo despejado les dieron la bienvenida a Lindsey Abbey. La propiedad estaba situada en un hermoso entorno, rodeada de una explanada de hierba y árboles. En el aire flotaba el aroma de las flores silvestres que poblaban parte del terreno.

La enorme mansión hecha de piedra grisácea, con tres plantas, altas ventanas, y un pórtico con columnas sobre la entrada, tenía un aspecto imponente. A Ada le pareció el escenario perfecto para un cuento de hadas.

El carruaje se detuvo delante de la puerta principal de la casa, y enseguida salió a su encuentro el señor Weston, que los había visto llegar desde una de las ventanas. El caballero era alto y apuesto, con el cabello rubio y una radiante mirada aguamarina.

—¡Weston! ¡Cuánto tiempo! —le saludó Gerald con una sonrisa.

—¡Demasiado, amigo mío! —respondió Weston esbozando el mismo gesto.

Tras darse un abrazo, Gerald se giró hacia las damas que lo acompañaban.

—Te presento a Edith, mi esposa, y a mi hermana Ada.

—He oído hablar mucho de usted, señorita Campbell—aseveró, haciendo una reverencia.

Ada sonrió con timidez.

—Espero que para bien.

—Desde luego—afirmó con una encantadora sonrisa—. Por favor, pasad.

Cuando entraron en el vestíbulo, de cuyo techo colgaba una majestuosa lámpara, los tres se quedaron impresionados. En aquella sala, las paredes eran de madera, y en el suelo había una mullida alfombra, que amortiguaba sus pasos, y ascendía por una ancha escalera.

El señor Weston les condujo al salón principal, que era más imponente que el vestíbulo. De nuevo, la madera predominaba en suelo y paredes, pesadas cortinas de tonos claros enmarcaban las altas ventanas, y había elegantes muebles repartidos por la sala.

Ada estaba distraída contemplando la decoración, y no se dio cuenta de que junto a la enorme chimenea de mármol que presidía la estancia, estaba el dueño del lugar. Entonces, el señor Weston hizo las presentaciones.

—Capitán Abbott, le presento a los Campbell. El señor Campbell, su esposa, y la hermana del señor Campbell, la señorita Ada Campbell.

En ese instante, Ada notó cómo su cuerpo se tensaba, mientras dirigía su vista hacia el dueño de Lindsey Abbey, que los miraba fijamente. Ahora comprendía por qué el nombre de aquella casa le resultaba familiar. Recordó que el capitán Abbott lo mencionó en la primera conversación que tuvieron. Todo esto tenía que ser una conspiración del destino, pensó.

El capitán se mantuvo impasible mientras hablaba, y les hacía una reverencia.

—Es un placer recibirles en mi hogar. Aunque ya tengo el placer de conocer a la señorita Campbell. Nos conocimos en Fair Lodge, cuando fui el invitado de los Hammersmith.

Edith y Gerald observaron a Ada con curiosidad, aunque no dijeron nada.

Una vez hechas las presentaciones, todos se dispusieron a ir a sus habitaciones para prepararse para la cena. Un par de sirvientes condujeron a los Campbell al piso superior, donde se encontraban los cuartos que serían su alojamiento durante aquellos días.

Gerald y Edith entraron en una habitación, y Ada acompañó al otro sirviente a una puerta contigua. En cuanto la abrió, la joven se quedó maravillada.

Era una estancia grande pero ciertamente acogedora. Suelo y paredes de madera, una mullida alfombra, una pequeña chimenea, y dos amplias ventanas que aportaban mucha luz al lugar. El elegante mobiliario se componía de una cama con dosel, un baúl, un tocador, y un armario.

El sirviente dejó su sucinto equipaje sobre el baúl, y finalmente, salió de la habitación. Ada estaba muy nerviosa, y aunque sabía que sería descortés salir huyendo de allí, era lo que más deseaba.

Había hecho todo lo posible por olvidarse del capitán Abbott, y ahora la providencia le ponía a prueba.

Mientras terminaba de prepararse, Edith acudió a su habitación.

—Ada, ¿te encuentras bien? —inquirió preocupada—. Estás un poco pálida.

Ada tragó saliva, y acarició sus mejillas.

—Estoy un poco fatigada por el viaje, eso es todo—respondió tratando de parecer convincente.

—¿Prefieres descansar? Puedo excusarte si quieres.

Ada negó con la cabeza.

—No, tranquila, no es necesario. Bajaré enseguida.

Edith se encogió de hombros, y cerró la puerta tras de sí. A continuación, Ada se sentó en la cama, y se llevó una mano al pecho. Su corazón latía desbocado, y no sabía cómo detenerlo. Verlo de nuevo le había afectado demasiado, como si el tiempo no hubiera cambiado nada de lo que sentía por ese hombre.

Tomó una buena bocanada de aire, y respiró hondo. Debía calmarse, y tratar de ocultar lo que sentía. Entendía que eso sería complicado, porque, como bien dijo el señor Blackstone, era como un libro abierto. No obstante, lucharía por esconder sus emociones.

Bajó las escaleras con el mentón alto, con la dignidad de una reina que se deslizaba por la escalinata de un palacio. Sin embargo, no contó con un pequeño contratiempo, y es que la parte delantera de la falda se metió debajo de su zapato, y provocó que se resbalara.

Cuando estaba a punto de caerse, sintió que alguien le agarraba por la cintura. Una vez recuperó la estabilidad y la compostura, fue a dar las gracias a su salvador o salvadora, que estaba justo detrás de ella. Entonces, se encontró con el capitán Abbott.

—Gracias por su ayuda, capitán—dijo Ada ruborizándose, muerta de vergüenza.

—No hay de qué, pero tenga más cuidado, podría haberse caído por las escaleras.

—Sí, lo tendré, descuide—respondió terriblemente apurada.

Siguió andando, intentando mantener su dignidad. Se habían cumplido los temores de su madre, y había hecho el ridículo delante del dueño de la casa, ni más ni menos. Sin embargo, pensó que quizás eso fuera una ventaja, porque no tendría que esconderse bajo una máscara, y podría ser ella misma. No había motivos para impresionar a nadie.

Al llegar al salón junto al anfitrión, que se mantenía a su lado sin decir palabra, se sucedieron las presentaciones, pues aquella noche acudieron a Lindsey Abbey otros invitados que los acompañarían durante la cena.

—Señorita Campbell, le presento a la señorita Fairfax—dijo el capitán Abbott.

En ese instante, Ada comprobó por sí misma lo que había oído de aquella dama. De hecho, consideraba que la realidad superaba con creces la descripción que le habían dado de ella.

—Es un enorme placer, señorita Campbell. Tenía muchas ganas de conocerla en persona. He oído hablar maravillas de usted—aseveró la joven con una amable sonrisa.

Ada se quedó perpleja ante semejante afirmación.

—Igualmente. Es un placer, señorita Fairfax.

—George, espero que nos hayas sentado juntas, porque quiero monopolizar a la señorita Campbell esta noche—le dijo al capitán Abbott.

Ada descubrió que la señorita Fairfax no solo era hermosa, sino que además era una mujer agradable, sin un ápice de pretensión ni arrogancia en todo su ser. En cuanto las presentaron, la señorita Fairfax decidió que debían llevarse bien, y ser amigas.

Y aunque Ada se resistió un poco, no encontró ninguna excusa para llevarle la contraria. Ese era el poder que tenía sobre todo el mundo la señorita Fairfax. Se sentaron juntas, y la señorita Fairfax se interesó por la vida de Ada.

—Así que viene de Cirencester, señorita Campbell. Aunque me gustaría llamarla Ada, si no le importa.

—Por mí no existe ningún inconveniente.

La señorita Fairfax sonrió, causando una agradable impresión en Ada.

—Tengo referencias tuyas por Andrew Hammersmith, al que conocí en Londres hace tiempo, y por el capitán Abbott. Tengo entendido que está ahora alojada en Berkeley House con su hermano.

—Así es. ¿Y qué referencias tiene de mí, señorita Fairfax?

—Todas buenas, descuide. Pero me gustaría saber más de usted. ¿Qué le gusta hacer?

—Me encanta dar largos paseos por el campo, y leer—comentó Ada risueña.

—Entonces, Lindsey Abbey le gustara mucho. Es un lugar muy hermoso, rodeado de naturaleza, y propicio para dar largos paseos.

—¿Y usted desde cuando conoce al capitán Abbott? —preguntó Ada.

—Desde niños. Crecimos juntos. Mi familia vive en Allen House, una propiedad situada muy cerca de aquí. Al igual que los Weston, que residen en Baley Hall. Nos conocimos en la infancia, y esa amistad ha durado hasta hoy. La única pena es que mi hermano Thomas ya no está entre nosotros—se lamentó.

Ada pudo ver como los bonitos ojos de la joven, antes brillantes, se ensombrecían.

—¿Qué le pasó? —inquirió temerosa.

—Murió en la guerra. Pero no solo perdí a mi hermano, también murió mi madre poco después. Ahora solo quedamos mi padre y yo—explicó la señorita Fairfax con tristeza.

Ada sintió cómo se le encogía el corazón.

—Lo siento mucho—respondió con sinceridad.

Definitivamente, y a pesar de todo, desde ese momento apreciaba a la señorita Fairfax. No podía poner ningún tipo de reparo, ni halló ningún defecto en su persona. Sin duda, el capitán y ella harían una pareja excelente, y debía alegrarse por ambos.

—Gracias, Ada. A pesar de todo, ya no tengo motivos para sentirme apenada. De momento no puedo revelar nada, pero pronto todo el mundo lo sabrá—afirmó la señorita Fairfax, esbozando una sonrisa.

En ese momento, Ada sintió de nuevo esa sensación de dolor en su pecho, al saber a qué se refería. Sobre todo, cuando la señorita Fairfax dirigió su vista hacia el otro lado de la mesa, donde estaban sentados el capitán Abbott y el señor Weston.

Estaba claro a quién dirigía esa mirada llena de ternura. Ada pudo comprobar como el capitán Abbott respondía al gesto de la señorita Fairfax con efusividad, sin apartar sus ojos de ella. Era el intercambio de un mensaje secreto entre dos amantes en la distancia.

Para tratar de recuperar la compostura, y evadirse de la incómoda situación, decidió beberse de un trago la copa de vino que tenía delante. Repitió el acto un par de veces más, y en poco tiempo, empezó a notar el efecto de la bebida.

Se sentía mareada, pero a la vez contenta. Hablaba y reía sin que nadie pudiera detenerla, porque nada le importaba. Su corazón roto necesitaba olvidar el dolor del desengaño.

Enseguida, alguien notó que se encontraba indispuesta, y decidió poner remedio. El capitán Abbott se levantó, y se dirigió a Gerald. Le indicó lo que sucedía de forma discreta, y este lo acompañó de inmediato.

Entre los dos, y ante la mirada de los presentes, la agarraron, y la llevaron a su habitación. Ada se mostraba alegre y dicharachera, mientras su hermano trataba de que no se pusiera más en evidencia.

—Gerald, tú ya sabes que estoy destinada a ser una solterona, porque ¿quién querría casarse conmigo? Soy una calamidad, y no sé callarme cuando debo. ¡Hip! —dijo, arrastrando las palabras.

—No digas eso, Ada—replicó su hermano.

—No lo digo yo, lo dice todo el mundo. Si mañana preguntaras, media Inglaterra te diría eso de mí.

—Ahora mismo me sería imposible preguntar a nadie—respondió cansado.

—Creo que me dedicaré a casamentera. Se me da bien. He conseguido que casi todos mis amigos se casen. Podría incluso ganarme la vida solo con eso. Seguro que podría comprarme una casa. ¡O un país entero!

—Por supuesto, Ada.

—Claro que eso no me haría falta si tuviera el cabello rubio, los ojos verdes, la piel blanca y de terciopelo, porque entonces me saldrían pretendientes por todos lados. Y madre se alegraría mucho ¡Hip!

—No dices más que tonterías—afirmó su hermano.

Minutos después, Ada estaba metida en su cama. Se durmió al instante, presa del cansancio y el sueño. A pesar de esa falsa sensación de alegría que le había proporcionado el alcohol, su corazón seguía roto, y su tristeza no se desvaneció. Nada podría remediarlo.

## Capítulo 10

Al día siguiente, Ada se despertó con un tremendo dolor en la sien. Se incorporó despacio, embargada por una sensación de sopor y desconcierto. Comprobó que lucía el vestido gris de la noche anterior, y que estaba cubierta por una fina manta.

A continuación, se levantó, y fue a la palangana que había en un rincón. Se refrescó el rostro, y enseguida, buscó un vestido para cambiarse. Tras esto, miró hacia la cama, y comprobó que había un papel sobre la mesilla.

Se acercó, y vio que era una nota. En ese momento, pensó que seguramente era de Edith o de Gerald. Entonces, decidió resolver el misterio, y se dispuso a leer la misiva.

*<<Te ruego que me perdones por no decírtelo en persona, pero mi timidez me lo impide. Por favor, no vuelvas a hablar de ti misma en esos términos. Puede que no tengas una belleza acorde a lo establecido, sin embargo, para mí, eres la criatura más hermosa del mundo. Tú no tienes la culpa de que el mundo esté lleno de necios, que no saben apreciarte cómo mereces.*

*Siempre tuyo,  
Un misterioso admirador.>>*

Ada se quedó atónita ante aquellas palabras. Solo había leído algo semejante en los poemas. Aunque al principio se emocionó, consideró que probablemente era obra de la señorita Fairfax, que quería animarla de una manera un poco extraña. Aun así, le gustó mucho aquel gesto, y decidió que se lo agradecería más tarde cuando se encontraran.

Lo cierto era que apenas recordaba lo que había ocurrido anoche. Solo el momento en el que la señorita Fairfax le rebeló indirectamente su compromiso con el capitán Abbott. A partir de entonces, todo eran sombras. Lo único que sabía con certeza, era que no volvería a tomar más de dos copas de vino en su vida.

Bajó al comedor, y allí estaban el capitán Abbott, el señor Weston, Gerald y Edith tomando el desayuno. Tras dar los buenos días, se sentó a la mesa.

—¿Qué tal has dormido? —preguntó Gerald.

—Bien, aunque ahora me duele la cabeza.

—Lógico, bebiste demasiado. Debes tener cuidado, no estás acostumbrada a beber—le advirtió.

—Lo sé—respondió avergonzada.

—Era un vino dulce, es lógico. Uno cree que no tiene apenas alcohol, pero enseguida hace efecto. Le podía haber pasado a cualquiera. A mí, de hecho, me ocurrió la primera vez que lo probé—aseveró el capitán Abbott con su gesto adusto habitual.

La joven dedujo que el capitán estaba intentando defenderla ante el inminente sermón, que Gerald se disponía a echarle. Esto hizo que su corazón diera un fuerte latido de alegría, y que unas traviesas mariposas revolotearan en su estómago.

En ese instante, agradeció el gesto con una cálida sonrisa dirigida al capitán Abbott. Este, sin embargo, apartó su mirada, y se centró en su desayuno.

A pesar de su brusquedad, Ada interpretó esto como un simple signo de timidez, y no le dio mayor importancia. Al instante, se rio por dentro imaginando al capitán Abbott, que era todo

compostura y formalidad, embriagado por el alcohol. Sería divertido verlo en esa situación, pensó.

Después del desayuno, el capitán Abbott propuso dar un paseo por los alrededores. Se unió a ellos la señorita Fairfax luciendo un elegante traje azul y un sombrero a juego, que realzaban más si cabe su indiscutible belleza. Enseguida se reunió con Ada, a quien saludó con efusividad.

—¡Ada! ¿Cómo se encuentra? —preguntó preocupada.

Ella agachó la mirada algo apurada.

—Bien, mucho mejor.

—Me alegra oírlo. Espero que esté dispuesta para nuestro paseo.

Ada asintió sonriente.

—Sí. Además, tengo la impresión de que va a ser muy agradable.

—Le aseguro que sí.

Al comprobar que estaban un poco alejadas del resto del grupo, Ada decidió aprovechar la oportunidad para comentar con ella el asunto de la nota.

—Señorita Fairfax, quería darle las gracias por la nota que me dejó en mi mesilla anoche. Fue un bonito detalle eso del misterioso admirador. Me hizo sentir como si fuera la heroína de una novela—afirmó con una sonrisa.

—¿Qué nota? ¿De qué está hablando, Ada? —preguntó la señorita Fairfax con extrañeza.

—Vamos, no es necesario que disimule. La nota que me dejó en la mesilla. Diciendo eso de que le parezco la criatura más hermosa del mundo. Eso me ha llegado al corazón. La verdad es que debería dedicarse a la literatura—dijo riéndose.

La señorita Fairfax la observó desconcertada.

—Señorita Campbell, lo siento, pero yo no le he escrito ninguna nota.

Ada se detuvo en ese instante, y miró a la señorita Fairfax. No sabía qué pensar. O la señorita Fairfax le había gastado una broma y era muy buena actriz; o ella realmente no era la autora de la nota. En ese preciso momento, detrás de ellas, se escuchó un carraspeo. Ambas se giraron, y se encontraron al capitán Abbott.

—Señoritas, seguiremos por este camino—indicó, poniéndose delante de ellas.

Ada contempló su ancha espalda, y sintió cómo unas traviesas mariposas revoloteaban en su estómago. No obstante, sacudió la cabeza, tratando de serenarse, y centró su atención en resolver el misterio de la nota.

—Entonces, ¿quién ha sido? —se preguntó Ada con absoluto desconcierto.

—Ada, cuénteme todo. ¿De qué nota habla? —le instó.

—Esta mañana, en mi mesilla, me he encontrado esta nota.

Metió la mano en el bolsillo de su vestido, y le entregó la referida misiva a la señorita Fairfax, que la leyó con gran interés. Una vez terminó, se la devolvió.

—No sé quién ha podido ser, pero desde luego, no he sido yo. ¡Oh, qué emocionante, señorita Campbell! ¡Tiene usted un admirador secreto! —concluyó la señorita Fairfax emocionada.

Ada negó con la cabeza.

—Eso no es posible. Para mí, no. Si fuera usted, lo sería. Pero Ada Campbell no tiene admiradores.

—Pues desde ahora sí—afirmó contundente—. Tenemos que averiguar quién es. Tengo muchísima curiosidad por saberlo. Podría hablar con el capitán Abbott, a lo mejor él lo sabe.

Ada abrió mucho los ojos, y agarró su brazo.

—¡No, por favor! No hable de esto con nadie. Si resultara ser una broma, la humillación sería terrible—dijo alarmada.

—No diga tonterías. Esta nota expresa amor y pasión. Está claro que le ha robado el corazón a alguien, y vamos a averiguar quién es—aseveró convencida.

—Prefiero que no. Solo se lo he comentado porque pensaba que era usted la autora. Por favor, se lo ruego. No indague—le pidió apurada.

La joven suspiró con resignación.

—Está bien. No haré ni diré nada—respondió la señorita Fairfax un poco decepcionada.

Continuaron con el paseo, mientras el capitán Abbott explicaba detalles sobre los lugares que les mostraba. Ada observaba todo fascinada. Los almendros que ya habían florecido, y que poblaban gran parte del jardín; los abetos que daban sombra, y ofrecían cobijo a varias aves; y las flores silvestres que podían verse alrededor, como un manto colorido sobre la brillante hierba.

Lindsey Abbey tenía mucho encanto, y Ada comprobó que sería un buen lugar para explorar, e incluso, perderse. Se percató de que el semblante del capitán parecía relajarse cuando les hablaba de su hogar, y eso agradó a la joven, que estaba conociendo otro aspecto de aquel caballero tan lleno de misterio.

El paseo se prolongó durante toda la mañana, y finalmente, se dirigieron al comedor. Allí los invitados retomaron sus respectivas conversaciones mientras almorzaban.

—Lindsey Abbey es precioso, capitán Abbott. Es una casa muy bonita y agradable—comentó Edith.

—Gracias—contestó él.

—¿Es cierto que el señor Weston y usted lucharon juntos? —preguntó Edith.

—Sí, luchamos en el continente. Allí también coincidí con un antiguo vecino de su marido, el señor Andrew Hammersmith.

—El mundo es muy pequeño, ciertamente. Aunque hubiera sido preferible que se hubieran conocido en otras circunstancias.

—Sí, desde luego que sí.

De repente, la señorita Fairfax intervino en la conversación con otro asunto.

—La señorita Campbell me ha explicado una cosa muy bonita sobre las margaritas. Según se cuenta, simbolizan la pureza y la inocencia, y también pueden ser la señal de un nuevo comienzo. ¿Verdad, señorita Campbell?

—Sí, así es—confirmó Ada.

—Si no recuerdo mal, son tus flores favoritas. A la mayoría de las damas nos gustan las rosas, pero a mi cuñada le encantan las margaritas. Siempre que vamos al campo, si tiene oportunidad, se trae un ramo—comentó Edith con una sonrisa.

—¿Y por qué le gustan las margaritas, señorita Campbell? —intervino el capitán Abbott.

Ella se encogió de hombros.

—Bueno, porque me identifico un poco con ellas. No destacan entre las demás flores. Todo el mundo piensa que son simples, pero yo creo que son realmente hermosas—contestó.

—¡Vaya, nunca lo había visto de esa manera! —exclamó la señorita Fairfax.

El resto de la tarde, Ada, la señorita Fairfax y Edith fueron al salón, mientras los caballeros departían sus asuntos en la biblioteca. Allí las tres tomaron té, y compartieron una agradable conversación. Fue entonces cuando la señorita Fairfax dio a conocer detalles de la vida del capitán, y de su relación con él.

—Conocimos al capitán Abbott cuando apenas era un niño de siete años. Había perdido a sus padres prematuramente. Primero a su madre, y después a su padre, que era el hermano menor del señor Abbott.

>>Este se hizo cargo de él, y le educó de forma muy estricta. El difunto señor Abbott era un

caballero huraño, al que no le gustaba socializar. Alguien severo, disciplinado y estricto. Le inculcó todos esos rasgos de carácter al capitán, que, por aquella época, aún se estaba recuperando de la pérdida de sus padres. De hecho, ese dolor convivió con él mucho tiempo, a pesar de no expresarlo abiertamente.

>>>Mucha gente cree que el capitán es alguien soberbio y altivo. Sin embargo, puedo asegurar, que tiene un espíritu generoso y un gran corazón. Y me siento una privilegiada por tener su amistad.

Ada sintió cómo su corazón se estremecía al oír esa triste historia. Se imaginó al joven capitán sin el calor de sus padres, y conviviendo con un tío severo, que seguramente no le dio ninguna muestra de cariño. En ese momento, se sintió afortunada de tener una familia donde el afecto era algo que abundaba.

—Debió sufrir mucho—apuntó.

—Sí, sufrió mucho. Aunque él no habla de ello.

—¿Y cuándo falleció el señor Abbott?

—Hace unos tres años, poco tiempo después de que el capitán regresara de la guerra. Su tío se opuso de forma vehemente a la idea de que se alistara en el ejército, pero el capitán se mantuvo firme. Para él, el honor y el orgullo de servir a la nación eran demasiado importantes. Fue una decisión muy valiente. Y creo que fue la primera vez que se enfrentó a su tío.

—Es un hombre de firmes convicciones—comentó Edith.

—Sí, desde luego. Y cumple lo que dice. No es alguien que regale halagos, o que emita falsas promesas. Para él, eso es algo sagrado. Y siempre es honesto, aunque a veces sus formas sean algo bruscas.

—Es admirable—indicó Ada.

—Siempre ha sido así. Aunque de niño parecía un pequeño adulto, con su semblante serio. Pero cuando sonríe, lo hace de corazón. Y no existe nada más preciado que una sonrisa sincera—afirmó la señorita Fairfax.

Ada no podía estar más de acuerdo con ese comentario. Al conocer su historia, comprendió la actitud y el carácter del capitán más que antes. Ese comportamiento distante era fruto de una educación estricta, donde mostrar las emociones abiertamente era algo prohibido. Lo que no quería decir que no sintiera ni padeciera como el resto.

La señorita Fairfax era sumamente afortunada por tener el amor del capitán, pensó Ada. Estaba convencida de que los sentimientos que albergaba por la joven eran sinceros, al igual que sus palabras y sus actos, carentes de segundas intenciones y actitudes sibilinas. Había visto la forma en que miraba a la señorita Fairfax, y no tenía dudas. El capitán amaba a la hermosa joven con todo su ser.

En ese instante, Ada recordó la sonrisa que el capitán le dedicó, y su corazón brincó de nuevo. A pesar de que nunca sería correspondida, atesoraría ese recuerdo en su memoria.

## Capítulo 11

Aprovechando la agradable mañana, la señorita Fairfax propuso dar un paseo, y Ada se unió a ella sin pensarlo. No obstante, saldrían a solas con el capitán Abbott, porque Edith y Gerald preferían quedarse conversando en el salón con el señor Weston.

El capitán las guio por parajes nuevos y desconocidos, cercanos a su propiedad. Se adentraron en una arboleda que daba paso a un bosque, donde los rayos del sol apenas atravesaban las copas de los árboles.

—¿Y cómo es Allen House, señorita Fairfax? —inquirió Ada.

La joven sonrió.

—Es un lugar encantador. No es tan grande como Lindsey Abbey, pero tiene un jardín precioso. ¿Y qué me dice de Bedford Park?

—Es bonito, especialmente el entorno. Suelo pasear con Dexter cada mañana o cada tarde por los páramos cercanos.

—¿Quién es Dexter?

—Mi perro y mi mejor amigo.

La señorita Fairfax se rio.

—Compruebo que a usted también le gustan los animales como al capitán, ¿cierto, George? —dijo la joven, dirigiéndose al capitán, que caminaba a su lado.

—Cierto.

—El señor Abbott tuvo durante muchos años un perro llamado Sabueso. Era muy grande, no sabría definir su raza. Tenía el pelaje gris, y parecía muy mayor. Recuerdo que jugábamos con él, y siempre estaba al lado de George. Se puede decir que eran buenos amigos—explicó la señorita Fairfax.

—Lo éramos, sin duda—intervino él.

En ese momento, Ada se acordó de la reacción de Dexter al conocer al capitán.

—De hecho, Dexter y el capitán ya se conocen—comentó Ada.

—¡Vaya! ¿Y cómo fue el encuentro? —inquirió la señorita Fairfax.

—Debo decir que Dexter es desconfiado por principio, y no le agradan los desconocidos. Sin embargo, creo que el capitán le resultó un ser humano agradable—respondió divertida.

El capitán esbozó una tímida sonrisa.

—Creo que Dexter y yo tenemos muchas cosas en común. Y no le culpo por su desconfianza. Muchos seres humanos no son de fiar.

—Opino lo mismo. Sé con certeza que él siempre será leal—comentó Ada contundente.

—¿Así que cree que la lealtad es una condición que solo tienen los perros? —inquirió la señorita Fairfax.

Ada se rio.

—No, por supuesto que no. Sin embargo, ellos la muestran más a menudo que las personas. Para mí, la compañía silenciosa de Dexter es maravillosa. Da afecto sin pedir nada a cambio. Y eso es complicado, porque casi todo el mundo actúa motivado por algún interés, que puede no ser bueno en ocasiones.

—Habla igual que el capitán Abbott. Creo que deberían casarse, tener muchos perros, y vivir lejos de la civilización—afirmó la señorita Fairfax con una sonrisa.

Este comentario sobresaltó un poco a Ada, que agachó la mirada, invadida por la timidez. Esto provocó además que su corazón se estremeciera, al igual que el resto de su cuerpo.

—Será mejor que sigamos por aquí—indicó el capitán, fijando su vista al frente.

Tras caminar un largo trecho, llegaron a un pequeño arroyo, donde había algunos diminutos peces surcando felices sus aguas. Ada se acercó a la orilla, y se quedó fascinada contemplándolos.

En ese instante, una mariposa se posó sobre la rama de un arbusto que había allí.

—Es preciosa. Tiene las alas azules—dijo la joven emocionada, mientras se agachaba cuidadosamente para observarla más de cerca.

El capitán Abbott se arrodilló a su lado, y Ada pudo notar su cercanía, algo que la alteró considerablemente.

—Por aquí hay muchas de estas. ¿Le gustan las mariposas?

—Sí, me gustan—respondió azorada.

—En mi biblioteca tengo un libro que recopila una lista de especies. Si quiere, puedo mostrárselo.

Ada asintió.

—Me gustaría mucho, capitán—comentó agradecida.

Ambos se miraron durante unos instantes. Para Ada el mundo desapareció a su alrededor, mientras se perdía en aquellos ojos azules que la contemplaban con un brillo extraño. En ese momento, atisbó una media sonrisa en el rostro de él que provocó una cálida sensación en su vientre. El ambiente entre ellos se había tornado sumamente íntimo, casi onírico, en aquel entorno rodeado de naturaleza.

—¡Hay un jilguero en ese árbol! —gritó la señorita Fairfax.

Esto hizo que el capitán se girara de inmediato, y concentrara su atención en la dama. A continuación, se apartó de Ada, y se dirigió hacia donde estaba la señorita Fairfax.

El hechizo se rompió en ese instante, y Ada se sintió una auténtica necia. Había olvidado por completo la situación en la que se encontraban, y la joven se dijo a sí misma, en un silencioso reproche, que no debía volver a soñar despierta, ni a dejarse llevar por sus emociones.

Finalmente, se acercó a ellos, y contempló a la llamativa criatura, con su cabeza roja, y sus plumas grises, negras y amarillas. El jilguero los observó desde las alturas durante unos segundos, y a continuación, emprendió el vuelo hacia otro lugar.

Mientras continuaban con su paseo, Ada se animó a entablar conversación con el capitán.

—Capitán, antes de instalarse en Lindsey Abbey, ¿dónde vivió?

Él se puso a su lado, pues iba un poco adelantado, y respondió:

—Nací en Londres, y viví con mis padres en Mayfair. Cuando ellos murieron, vine a vivir aquí.

—Londres es muy distinto a esto.

—Sí, pero prefiero Lindsey Abbey. Como bien dijo en Fair Lodge, en Londres apenas puede escucharse el canto de los pájaros.

Ada se quedó ciertamente asombrada ante el hecho de que él recordara aquella conversación.

—Pensé que no estaba escuchando, capitán.

Él giró la cabeza, y observó a la joven fijamente.

—Escuchaba atentamente, señorita Campbell.

Ada apartó la mirada, abrumada por la intensidad que desprendían los ojos azules del capitán, y no dijo nada en respuesta.

Su corazón se estremecía al tenerlo tan cerca, y su profunda voz alteraba su serenidad de

forma exquisita. Las palabras y los gestos del capitán parecían encerrar un importante significado, que, por ahora, ella no era capaz de descifrar.

Después de un rato caminando, regresaron a Lindsey Abbey, y se dirigieron a la biblioteca, donde el capitán Abbott le mostró el libro del que le había hablado. Se trataba de “*The English Moths and Butterflies*” de Benjamin Wilkes<sup>[4]</sup>. La señorita Fairfax y ella ojearon el ejemplar con curiosidad, aunque a la primera no le interesaba demasiado.

—Tiene usted una biblioteca muy completa. En Bedford Park no tenemos tantos libros—comentó Ada.

—Mi tío era un lector voraz. Le gustaba coleccionar libros de todo tipo.

—¿Y usted ha heredado su afición?

—Sin duda. Aunque el amor por la lectura me lo inculcó mi madre. Le encantaba leer. Ella, al igual que usted, se interesaba mucho por la naturaleza y sus misterios, y tenía muchos libros que versaban sobre esos temas. De hecho, todos están en esta biblioteca.

Ada sintió un atisbo de ternura al oír hablar de la madre del capitán.

—Mi madre es muy distinta a la suya.

—¿Por qué dice eso?

—Porque no es aficionada ni a la lectura ni a la naturaleza. De hecho, siempre me dice que no debería leer tanto. Que la inteligencia espanta a los pretendientes—dijo divertida.

Sin embargo, el capitán no cambió su gesto serio.

—No quisiera ofenderla, pero no comparto la opinión de su madre.

Ada lo miró con una tímida sonrisa.

—Yo tampoco.

Entonces, él sonrió, y Ada sintió sus mejillas arder. Apartó la mirada rápidamente, y la concentró en las páginas del libro, tratando de detener los fuertes latidos de su corazón.

—Si lo desea puede quedárselo, señorita Campbell.

Ella alzó la vista.

—No, capitán, no es necesario.

—Insisto. Usted le dará un mejor uso, y sé que lo cuidará. Por favor, acepte el regalo—le pidió.

Ada acarició el lomo del ejemplar, y asintió.

—Gracias, capitán—respondió agradecida.

Él esbozó una sonrisa en respuesta, y Ada notó una cálida sensación en su vientre. De nuevo, agachó la mirada, y la enterró entre las páginas del libro, tratando de contener su azoramiento.

—Debo irme, tengo que atender un asunto. Nos veremos más tarde—dijo él, saliendo de la estancia.

A pesar de que le agradaba estar cerca del capitán, bendijo el hecho de que se marchara, pues de esa forma podría calmar a su atolondrado corazón. En ese momento, volvió a recriminarse a sí misma su turbación ante un caballero comprometido.

Una hora después, Ada regresó a su cuarto con el libro entre sus manos. Lo abrazó sonriente. Atesoraría ese regalo como si fuera la más preciada joya, pensó. Dejó el ejemplar delicadamente sobre la cama, y se dirigió al tocador. Para su sorpresa, allí encontró una margarita acompañada de una nota.

Otra vez, el admirador secreto hacia acto de presencia. Ya sabía que no era la señorita Fairfax, y esperaba que esa nueva nota contuviera alguna pista para resolver el misterio.

<<Querida Ada,

*Cuando he visto esta solitaria margarita, no he podido evitar pensar en ti. El símbolo de la*

*pureza y la inocencia, dos características que tú posees, aunque tú no eres una flor cualquiera. ¿Crees que puede haber un nuevo comienzo para ambos?*

*Tu misterioso admirador.>>*

Mientras una sonrisa se dibujaba en sus labios ante tan bonitas palabras, su cabeza empezaba a generar interrogantes. ¿Un nuevo comienzo? ¿A qué se refería?

Aunque estaba feliz por la nota y la hermosa flor, no acababa de creerse que alguien pudiera tener interés en ella. Se puso a analizar la situación, y a su mente vinieron dos referencias claras. Pensó en el capitán Abbott.

Ya habían resuelto su malentendido, y eran capaces de conversar sin dificultad ni tensión, así que ya hubo un nuevo comienzo para ambos en Cirencester. Por tanto, era imposible que fuera él.

Además, el capitán Abbott estaba enamorado de la señorita Fairfax, y pronto anunciarían su compromiso, para disgusto de Ada.

Entonces, pensó en el señor Weston, el único con el que apenas había hablado. Ciertamente, parecía un caballero agradable, y su atractivo era innegable. Ada consideró la idea, pero no llegó a ninguna conclusión clara. Sin embargo, los designios del amor eran a veces extraños e inexplicables.

A partir de ese momento, mantendría los ojos bien abiertos para detectar cualquier comportamiento que le diera alguna pista.

Por la tarde, se dirigió al salón, donde todos departían amistosamente sobre diversas cuestiones. Ada se sentó junto al señor Weston y la señorita Fairfax, que conversaban animadamente.

—Me ha contado Gerald que además de ser una enamorada de la naturaleza, también le gusta la poesía, Ada—comentó él.

—Devoro todo tipo de literatura. Pero sí, la poesía es una de mis predilecciones—respondió ella.

—¿Cuál es su poeta preferido? —inquirió él.

Ada consideró la respuesta.

—Creo que elegiría a Lord Byron.

El señor Weston no ocultó su asombro.

—Nuestro enfant terrible. Me sorprende, señorita Campbell.

—¿Por qué? —preguntó llena de curiosidad.

—Porque la moral cuestionable del poeta supera la genialidad de su obra—aseveró él contundente.

Ada estrechó la mirada, y enseguida, recordó un hermoso poema de Byron que cautivó su alma desde la primera estrofa.

*—Los odio, y odio vuestras frías composiciones, aunque el prudente me condene, y el intolerante lo repruebe; yo abrazo las delicias que brotan del corazón, cuyos latidos y alegría son el primer beso de amor<sup>[5]</sup>.*

Pronunció estos versos con una intensa emoción, que se vio reflejada en su voz. Todos la miraron fascinados, y gratamente sorprendidos ante la pasión que había mostrado.

—¿De verdad cree que estos versos no pueden superar cualquier idea de moralidad? —inquirió ella.

El señor Weston asintió pensativo.

—Desde luego que no. Me retracto de mi afirmación anterior, y comparto la visión de Byron por completo.

Ada sonrió con satisfacción.

—Aunque últimamente dedico más tiempo a la obra de su amiga Mary Shelley.

—¿Se refiere a Frankenstein? —preguntó la señorita Fairfax.

—Sí, creo que es una obra fascinante.

—A mí me atemoriza, no soy capaz de terminarla—afirmó Edith.

—Así que le gusta el misterio, Ada—comentó el señor Weston.

—Me gusta resolver misterios. No soy capaz de contener mi curiosidad—aseveró.

Él asintió de nuevo, y la miró fijamente.

—Interesante.

Aquella mirada le inquietó un poco, y volvió a pensar en el asunto del misterioso admirador. ¿Y si efectivamente era el señor Weston? La pregunta rondó su cabeza el resto de la noche, aunque, por el momento, aquel enigma no tendría solución.

Durante la cena lo observó con suma discreción. El caballero hablaba distendidamente con Gerald y el capitán Abbott, que de vez en cuando paseaba su vista entre los invitados. Mientras la señorita Fairfax departía con Edith, Ada comía en silencio, y cavilaba sin cesar.

A pesar de los interrogantes, la joven tenía una certeza: El señor Weston no despertaba en ella ninguna emoción que pudiera identificar con el amor.

Y todo esto, a pesar de que poseía numerosas virtudes que hacían de él el pretendiente ideal. Era apuesto, inteligente, de carácter afable y sociable. Además, tenía propiedades, y una considerable renta. Seguramente, si su madre estuviera a su lado, la reprendería por no fijarse en tan buen partido.

Pero no era el capitán Abbott. Con su tierna sonrisa, su porte imponente, sus hombros anchos, su mandíbula marcada, y su carácter reservado. A pesar de las apariencias, en sus actos y sus palabras se atisbaba la amabilidad y la honestidad que dominaban su talante.

Agachó la mirada, y suspiró con pesar. Todo ese asunto empezaba a pesarle en su corazón.

En ese momento, alzó la vista de nuevo, y observó a la señorita Fairfax. Poseedora de unos hermosos rasgos, y modales exquisitos, la joven dama sabía desenvolverse en sociedad, y prefería la compañía a la soledad. En cambio, Ada siempre se escondía del mundanal ruido y soñaba despierta. Las comparaciones, en este caso, eran una idea malvada.

Finalmente, regresó a su cuarto, y se puso el camisón. Miró el libro que le había regalado el capitán, y lo agarró entre sus manos. A continuación, se sentó en la cama, apoyándose en los almohadones, y lo abrió. Entonces, observó que en la portada interior había una inscripción.

*<<Para George, mi querido hijo.*

*Con afecto, Isabelle.>>*

Los ojos se le humedecieron al comprobar que la dedicatoria era algo sumamente personal. Era de la difunta madre del capitán. Se imaginó al George niño recibiendo aquel ejemplar de alguien tan querido para él, y su corazón se llenó de melancolía.

De repente, Ada cerró el libro. ¿Por qué el capitán había decidido dárselo?, se preguntó desconcertada.

Aquella era otra muestra del gran corazón del capitán Abbott, y del aprecio amistoso que sentía por ella. No podría amar a otro, de eso estaba segura. Y unas tímidas lágrimas se deslizaron por sus mejillas, al pensar que ella no sería la beneficiaria de su afecto.

## Capítulo 12

Ada se despertó temprano, y comprobó su aspecto en el espejo. Afortunadamente, no era palpable signo alguno de que hubiera llorado la noche anterior. Se refrescó el rostro, se vistió con un traje verde oscuro, y bajó al comedor.

Allí se encontraban Gerald, Edith y el señor Weston. Le resultó extraño que no estuviera el capitán, que, no obstante, entró pocos minutos después.

—Buenos días—les saludó.

—Buenos días, George. Hoy saldremos a cabalgar, ¿verdad? —dijo el señor Weston.

—Parece que el tiempo es propicio para ello, aunque por la tarde seguramente lloverá—respondió.

—Entonces saldremos en cuanto terminemos de desayunar.

—¿Y qué vais a hacer vosotras? —inquirió Gerald, dirigiéndose a Ada y Edith.

—La señorita Fairfax nos ha invitado a Allen House —contestó Edith.

Ada consideró que aquella visita era una gran idea, pues la atmósfera en Lindsey Abbey se le antojaba asfixiante hoy.

—Dispongan de mi carruaje como gusten, señora Campbell—intervino el capitán.

—Gracias, capitán, aunque habíamos pensado ir dando un paseo. Tengo entendido que no está lejos de aquí—respondió Edith.

—Prefiero que vayan en el carruaje por si llueve más tarde. Me sentiría más tranquilo. Edith asintió.

—Muy bien. Entonces aceptaremos el ofrecimiento. Gracias de nuevo, capitán.

—Gracias—añadió Ada.

El capitán la observó brevemente, aunque no dijo nada.

Terminado el desayuno, los caballeros partieron hacia los establos, mientras Edith y Ada se preparaban para salir hacia Allen House. La segunda subió a su habitación para coger su sombrero, y al instante, atisbó encima de la mesilla una nueva nota.

Se acercó, y la agarró entre sus manos, ahora temblorosas debido a la inquietud y la emoción.

*<<Puede que pienses que soy atrevido, pero te confieso que, como dice Byron, desearía abrazar las delicias que brotan del corazón, dándote un beso. Dar un primer beso de amor, seguido de muchos más, a esos labios que para mí son una maravillosa tentación. No sabes cuánta dicha despertaría en mi ser poder acariciarlos.*

*Siempre tuyo,  
Un misterioso admirador.>>*

Aquella nota estremeció el corazón de Ada. Cerró los ojos con fuerza, y se llevó una mano a los labios. Nadie había acariciado con un beso su boca nunca, y se había preguntado en numerosas ocasiones cómo se sentiría si eso sucediera. Las palabras de Lord Byron y las del misterioso admirador se entremezclaron en una deliciosa declaración de amor.

La guardó en el bolsillo de su vestido, y se apresuró a bajar al vestíbulo. Cuando llegó, Edith observó su rostro ruborizado con extrañeza.

—¿Te encuentras bien, Ada?

Ella asintió enérgicamente, mientras se ponía el sombrero.

—Por supuesto. ¿Nos vamos? —respondió azorada.

Durante el trayecto, se mantuvo en silencio, sumergida en sus pensamientos.

Aún no tenía conclusiones claras, pero podía nombrar un sospechoso: El señor Weston. Con él habló anoche de Byron, y se mostró enigmático en algunos momentos.

Aunque le hubiera gustado que aquellas palabras fueran del capitán, él quedaba absolutamente descartado. Entonces, tomó la súbita determinación de que esa misma noche aclararía el asunto.

Llegaron a Allen House, el hogar de los Fairfax, que se hallaba a escasas millas de Lindsey Abbey. La casa estaba hecha de piedra en color arena, con grandes ventanales, y el marco de la puerta de entrada mostraba unos cuidados relieves en forma de enredadera.

En cuanto llamaron, el pesado portón de madera se abrió, y acudió a su encuentro un elegante sirviente, que las condujo al interior de la casa. Atravesaron el vestíbulo, y enseguida entraron en el enorme salón, donde había un fuego encendido. Allí se encontraba la señorita Fairfax, que se acercó a ellas luciendo su deslumbrante sonrisa.

—¡Bienvenidas a Allen House! —les saludó entusiasmada.

Tras el efusivo intercambio, las tres se acomodaron en los sillones de color verdoso que había en la sala. A continuación, una sirvienta colocó sobre la mesa que tenían delante una bandeja con té, y pastas recién hechas.

En ese momento, Ada paseó su vista por la estancia. La decoración no era suntuosa ni extravagante. Muebles de estilo francés en tonos oscuros, una chimenea de mármol con relieves florales, presidida por el retrato de un caballero, que supuso que sería el señor Fairfax, y pesadas cortinas de color verde. Aquel salón estaba bien iluminado gracias a las altas ventanas que había allí, aunque el cielo estaba empezando a nublarse.

—Me hace muy feliz que hayan podido venir. Normalmente, no tenemos muchas visitas en Allen House—comentó la señorita Fairfax.

—Nosotras somos las que estamos agradecidas por su invitación. Allen House es una casa muy bonita—dijo Edith.

La señorita Fairfax suspiró.

—Sí, aunque ha vivido tiempos mejores. Mi padre y yo intentamos que esté bien conservada, pero se echa de menos el toque de mi madre. Ella se desvivía por esta casa.

—¿Dónde se encuentra su padre? —inquirió Ada.

—En Londres, asistiendo a las sesiones del Parlamento. Así que tengo Allen House para mí sola.

Tras un breve silencio, la señorita Fairfax arrugó la nariz al mirar por la ventana. Se avecinaba lluvia, y no quedaba mucho tiempo antes de que el agua lo empapara todo.

—Aprovechemos la ocasión, y salgamos al jardín. Quiero mostrarles los rosales antes de que empiece a llover.

Las tres se dirigieron a la parte trasera de la casa, donde se encontraba el jardín, y allí caminaron hacia un pequeño laberinto hecho de rosales.

Ada y Edith se quedaron maravilladas. Las rosas habían florecido, y el color rojizo predominaba en el lugar. Parecía el escenario de un cuento.

—Es realmente hermoso, señorita Fairfax—comentó Ada absorta.

—Es de lo poco que puedo estar orgullosa. Le dedico mucho tiempo a estos rosales.

—¿Usted misma los cuida? —inquirió Edith.

—Sí. Y no crea que no me pincho con las espinas. Las rosas son difíciles de tratar. Por eso casi siempre llevo guantes, para que no se vean las heridas. Sin embargo, disfruto mucho la tarea, porque el esfuerzo merece la pena—afirmó sonriente.

—Tiene un don para esto, señorita Fairfax—aseveró Ada.

—No es que tenga muchas cualidades, pero creo que la jardinería no se me da mal.

Ada frunció el ceño al escuchar ese comentario.

—¿Por qué dice eso? Yo creo que tiene muchas cualidades, señorita Fairfax.

Ella sonrió con cierta tristeza.

—No se crea. Me encantaría ser tan instruida como usted o el capitán Abbott. A veces siento que no estoy a la altura en muchos aspectos.

Ada no salía de su asombro. ¿Cómo era capaz una mujer tan admirable de hablar de sí misma en esos términos?

—No comparto su opinión en absoluto. Y creo que se menosprecia sin motivo. Usted tiene belleza, inteligencia, saber estar, y simpatía—respondió con un atisbo de reprobación.

—No creo que tenga tanta inteligencia. Muchas veces soy incapaz de entender algunas conversaciones. Como, por ejemplo, ayer, cuando usted y el señor Weston hablaban de poesía. Usted pronunció aquel poema de memoria, y con verdadera pasión. Parecía que lo había escrito usted misma. No creo que yo sea capaz de hacerlo. De hecho, la admiro mucho Ada. Creo que es una mujer muy sabia, y me encantaría ser como usted.

Esto dejó a Ada sin palabras. Nunca nadie había alabado sus cualidades de aquella manera.

—En eso estoy de acuerdo. Ada es realmente sabia—añadió Edith.

—Insisto, no debe menospreciarse, señorita Fairfax. Yo misma podría enseñarle los poemas de Byron, si quiere. Y le aseguro que los aprenderá, y los recitará con más emoción y sentimiento que yo—aseveró.

La señorita Fairfax sonrió.

—Sería una alumna privilegiada, Ada.

Regresaron a la casa, y la señorita Fairfax propuso ir a Lindsey Abbey para esperar a los caballeros.

En cuanto llegaron, las dos jóvenes se dirigieron a la biblioteca, mientras Edith se quedaba en el salón. Después de una breve búsqueda, hallaron algunas recopilaciones de poesía entre las estanterías.

Tras coger algunos ejemplares, se acomodaron en dos sillones que había en la estancia, y Ada le explicó a la señorita Fairfax algunos aspectos de los poemas que ella solía leer.

—Estos poemas reflejan las emociones que todos albergamos en nuestros corazones. Hay que ponerse en el lugar del poeta, y recitar sus versos como si estos fueran dirigidos a alguien que amamos. Como si fueran nuestras palabras y nuestros sentimientos. Uno de mis preferidos es este.

Entonces, le mostró un fragmento del poema de Lord Byron “Acuérdate de mí”<sup>[6]</sup>.

—Tome, léalo —le indicó Ada, entregándole el libro.

La señorita Fairfax se mostró dubitativa.

—No sé si seré capaz de hacerlo bien...

Ada se rio.

—No se trata de hacerlo de la forma correcta, sino de disfrutar de la lectura.

Finalmente, la señorita Fairfax se animó a leerlo.

—*Llora en silencio mi alma solitaria, excepto cuando esté mi corazón unido al tuyo en celestial alianza, de mutuo suspirar y mutuo amor.*

La joven entonó aquellos versos como Ada le había enseñado. Cuando terminó, ambas se miraron sonrientes, con sus corazones estremecidos por la emoción.

—Lo hace muy bien, señorita Fairfax.

En ese instante, alguien las escuchaba cerca de allí, oculto tras la puerta que estaba entornada.

—Es un poema muy triste—apuntó la señorita Fairfax apenada.

—Sí, es una especie de súplica. El poeta desea que su amada lo recuerde. Aunque siempre he pensado que no es un amor correspondido. Quizás se refería a alguien a quien amó, pero que nunca fue suya—comentó Ada pensativa.

—Eso creo. Parece como si nunca se hubiera atrevido a hablar con ella, y lo hace ahora que va a morir.

—A veces es difícil confesar lo que sentimos.

En ese momento, la puerta de la biblioteca se abrió, y apareció un inesperado visitante.

—Buenas tardes—las saludó el capitán.

Ambas se quedaron sorprendidas al verlo allí, y Ada sintió como su corazón latía desbocado ante la presencia del capitán. Su mirada azul las observaba con fijeza, y su semblante parecía azorado.

—Buenas tardes. ¿Ya habéis regresado de vuestro paseo? —inquirió la señorita Fairfax.

—Sí, de hecho, os estamos esperando para comer.

Las dos se levantaron, y se dispusieron a salir de la estancia. Cuando pasó al lado del capitán, Ada percibió su aroma a lavanda, y hierba mojada. Tragó saliva, y se alejó del caballero rápidamente, tratando de serenarse.

Bajaron al comedor, y allí estaban todos, a excepción del señor Weston, que había tenido que ausentarse. Ada sintió cierto alivio, porque esto le proporcionaría más tiempo para considerar cómo abordar el asunto, que ambos debían discutir. Se sentó junto a Edith, y se mantuvo silenciosa durante gran parte de la comida.

Tras esto, se dirigieron al salón, y los presentes pasaron el resto de la tarde conversando. A excepción de Ada, que se acomodó en una silla junto a la ventana, y contempló cómo la lluvia caía con fuerza en el exterior. Se mostraba reflexiva y preocupada, completamente absorta en sus cavilaciones.

Había estado todo el día considerando la manera más adecuada de enfrentarse a ese asunto, y sabía que no sería una tarea fácil.

Al recordar aquellos versos que Lord Byron le dedicaba a esa amante deseada, la melancolía invadió su ánimo. Lo último que quería era herir el corazón del señor Weston, aunque no le quedara más remedio.

De repente, notó una presencia junto a ella. Giró la cabeza, y se encontró al capitán Abbott, que la observaba fijamente. Se sobresaltó un poco ante la repentina aparición, pero consiguió contener el ardor de sus mejillas, y los fuertes latidos de su corazón.

—¿Se encuentra bien? —inquirió él.

Ella asintió desconcertada.

—Sí, capitán. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque parece preocupada. ¿Existe algún problema?

Ada suspiró con pesar al recordar algo.

—El señor Blackstone tenía razón.

—¿Blackstone?

—Sí, el señor Blackstone. Nos conocimos en Oxford—explicó.

El capitán asintió.

—Cierto, su hermano me comentó que se habían conocido.

—Tuve oportunidad de hablar con él largo y tendido, y me contó que usted le salvó la vida, capitán.

El capitán esbozó una media sonrisa, que sobresaltó el corazón de la joven.

—Blackstone tiende a exagerar.

—Dudo que su relato sea una exageración. Me contó que, si usted no le hubiera ayudado, él no estaría vivo.

—Solo cumplí con el deber de ayudar a un subordinado.

—Hizo un acto heroico, capitán.

—En la guerra no hay actos heroicos. Hay hombres que luchan por su vida, y a veces, matan a otros para sobrevivir. No hay nada heroico en eso. La guerra es injusta, se mire por donde se mire—explicó con un atisbo de tristeza en su mirada.

Ada asintió con cierto asombro ante tan contundentes afirmaciones.

—Opino lo mismo. Ojalá no nos enfrentáramos. El mundo sería mejor si nos uniéramos, y nos comprendiéramos.

El capitán Abbott y ella intercambiaron unas miradas de complicidad inauditas, que dejaron a la joven azorada. Parecía que ambos compartían pensamientos y anhelos, y esto la desconcertó más. Entonces, él carraspeó.

—¿Y en qué tenía razón Blackstone? —preguntó.

Ada, ahora más calmada, se encogió de hombros.

—En que no es difícil adivinar lo que siento o lo que pienso. Soy incapaz de ocultar mis emociones.

—¿Y cree que eso es malo?

—Para mucha gente sí.

—Pues para mí no. De hecho, creo...

En ese momento, irrumpió en la estancia el señor Weston, saludando con entusiasmo a los presentes. Esto impidió que el capitán continuara, y tras la debida disculpa, se alejó de Ada para acercarse a su amigo.

La joven sintió un inmenso vacío ante su marcha. No obstante, se reprendió inmediatamente por el hecho de disfrutar de su cercanía. El capitán era el prometido de la señorita Fairfax, y no debía permitir que su corazón lo olvidara.

Observó al señor Weston hablar con Gerald. El caballero se mostraba sonriente y animado. En ese instante, Ada sintió un estremecimiento. No de amor, sino de inquietud. No se atrevió a moverse de donde estaba. Aún necesitaba recabar el valor suficiente para lo que iba a hacer más tarde.

Finalmente, todos subieron a sus respectivas habitaciones para cambiarse para la cena. Ada escogió un sencillo vestido azul con escote redondo, y luciría un moño alto, con algunos rizos cayendo a ambos lados de su rostro.

Una vez estuvo preparada, tomó una bocanada de aire y respiró hondo, tratando de calmar la inquietud que se había apoderado de ella sin remedio.

Durante la cena, Ada volvió a mostrarse ausente. Apenas probó bocado, pues su mente estaba en otra parte, y su apetito se había desvanecido. Trató de hallar las palabras adecuadas que luego le diría al señor Weston, tarea bastante difícil pero necesaria. Nunca se había encontrado en esa situación, y esperaba estar haciendo lo correcto.

Cuando terminaron, todos se dirigieron al salón para continuar con la agradable velada. No obstante, Ada, decidida a resolver aquel asunto de una vez por todas, fue al encuentro del señor Weston.

—Señor Weston, ¿podría hablar con usted a solas un momento? —preguntó con timidez.

Le había costado mucho pronunciar aquella petición, y esperaba que no se hubiera llevado

todo el valor con ella. En ese momento, el señor Weston la miró extrañado, ante lo inesperado del asunto. Todos estaban ya en el salón, excepto el capitán Abbott, que permanecía de pie bajo el umbral de la puerta.

—Sí, por supuesto. ¿Dónde quiere que hablemos? —respondió el señor Weston.

Ada miró alrededor, tratando de encontrar un lugar apropiado. Sin embargo, consideró que era mejor no seguir buscando.

—Creo que aquí estará bien.

El señor Weston se encogió de hombros, y se giró.

—Enseguida vamos, George—le indicó al capitán.

Este los miró durante unos segundos, y finalmente, entró en el salón.

—Usted dirá—le instó el señor Weston, fijando su vista en ella.

Ada tomó una bocanada de aire, y a continuación, habló:

—Señor Weston, quería darle las gracias por el detalle tan bonito que ha tenido conmigo estos días.

El caballero frunció el ceño.

—¿Disculpe? —preguntó extrañado.

—Me refiero a las notas que ha dejado en mi habitación. Le aseguro que me siento halagada. Bueno, más que eso. Nunca me habían dedicado palabras tan bonitas—aseveró con una sonrisa—. Ha sido del todo inesperado, porque apenas nos conocemos. Sin embargo, me temo que debo ser sincera, y decirle que no albergo los mismos sentimientos por usted.

—Perdone, señorita Campbell, pero no sé de qué me habla. Yo no he escrito ninguna nota dirigida a usted—respondió él tajante, aunque con tono amable.

Ada se quedó sorprendida al oír esa respuesta. No obstante, enseguida consideró que, seguramente, prefería negarlo por miedo a ser descubierto.

—No se preocupe, su secreto está a salvo conmigo. Y no voy a decírselo a nadie. Haré como si no hubiera ocurrido—afirmó ella sonriente.

Sin embargo, él insistió.

—Señorita Campbell, no es por importunarla, pero yo no soy el autor de esas notas. No albergo ningún sentimiento más allá de un aprecio amistoso por usted. Como bien dice, apenas nos conocemos. Y, además, mi corazón ya pertenece a otra mujer.

En ese instante, el desconcierto absoluto se apoderó de ella.

—Entonces, ¿no es usted?

—No, lo siento. De hecho, no sabía nada de este asunto hasta que usted me lo ha mencionado ahora mismo—aclaró él.

Tras escuchar esto, Ada sacó la conclusión obvia. Todo había sido una broma. Tal vez un juego.

Qué necia había sido por haber creído por un momento, que alguien estaba interesado en ella, se reprochó con amargura.

Pero ¿quién haría algo así? Un sentimiento de indignación y decepción invadieron su ánimo, provocando un escalofrío que recorrió todo su cuerpo.

—Si me disculpa, señor Weston. Voy a subir a mi cuarto, estoy muy cansada. Por favor, discúlpeme ante el resto—dijo alicaída.

Se dirigió a su habitación con los ojos humedecidos, sintiéndose abochornada y ridícula. Sin embargo, el capitán Abbott apareció tras ella, al pie de la escalera.

—Señorita Campbell, me ha dicho el señor Weston que iba a su cuarto. ¿Se encuentra indisputa?

Ella se detuvo, y prefirió no darse la vuelta, porque unas tímidas lágrimas empezaban a deslizarse por su rostro.

—Sí, es solo que estoy cansada.

El capitán Abbott no estaba muy convencido con aquella explicación, así que insistió.

—¿Está segura? Puede decirme lo que ocurre, no lo compartiré con nadie.

Ada respiró hondo. No quería mostrarse descortés, pero tenía ganas de serlo. No confiaba en nadie, pues se creía víctima de una broma de mal gusto por parte de los invitados que había en aquella casa. Incluso sospechaba del anfitrión, el hombre que ahora estaba detrás de ella. Lo último que quería era compartir nada con nadie, así que repitió lo dicho anteriormente.

—Capitán Abbott, estoy cansada, solo eso. Así que, le pido que me deje marchar en paz— respondió sin disimular su enfado.

Dicho esto, se alejó escaleras arriba, mientras el capitán Abbott no apartaba su mirada de ella. Ada no reparó en ese detalle, y lo único que hizo fue darse prisa en llegar a su habitación. Al entrar allí, se lanzó encima de la cama, y lloró.

Se sentía una estúpida, y lo peor de todo era que no sabía quién había sido el autor de todo aquello. Solo deseaba que la tierra se la tragara, y regresar a su casa lo antes posible.

Amaba a un hombre que jamás iba a corresponderla, porque estaba enamorado de la señorita Fairfax, una criatura perfecta y adorable, a la que no podía evitar admirar. El señor Weston había dejado en evidencia su vanidad, y le aclaró con contundencia que no sentía nada por ella.

En ese instante, pudo oír en su mente las críticas de su madre, que siempre que tenía ocasión, le recordaba que ningún hombre podría sentirse atraído por su aspecto, y mucho menos por su forma de ser. Se sintió fea e insignificante. Mientras estos terribles pensamientos cruzaban su mente, cayó finalmente rendida en los brazos de Morfeo.

## Capítulo 13

A la mañana siguiente, Ada se levantó muy temprano, más que de costumbre, con los ojos enrojecidos por el llanto de la noche anterior. Notaba una sensación de pesadez en su cuerpo que le hacía moverse despacio, con verdadera desgana.

A continuación, se dirigió a la palangana, y refrescó su rostro. El agua fría en su piel contrastaba con el calor de sus mejillas, que estaban sonrojadas. Entonces, se cambió y se miró en el espejo.

Ciertamente, un buen observador se percataría de las secuelas de su tristeza, pero le consoló el hecho de que se marcharían a Berkeley House ese mismo día.

Bajó las escaleras con cierta parsimonia, pues no tenía prisa por ver a nadie, y enseguida, se dio cuenta de que había alguien más levantado.

A medida que avanzaba hacia el comedor, pudo oír con claridad dos voces, una era de un hombre, y la otra de una mujer. Al acercarse más, descubrió de quienes se trataba. Eran el capitán Abbott y la señorita Fairfax.

—¿Sabes que me llegó el rumor de que tú y yo estamos comprometidos? —comentó la señorita Fairfax divertida.

El capitán Abbott frunció el ceño.

—¿Quién ha inventado semejante mentira?

La señorita Fairfax se rio.

—No sé a quién se le habrá ocurrido, pero está completamente equivocado. Tú eres como un hermano para mí, George.

Este esbozó una sonrisa.

—Para mí, Stephen y tú también lo sois. Espero que ese rumor no haya causado ningún contratiempo entre vosotros.

—Descuida. De hecho, creo que nos ha dado cierto margen de tiempo.

Esta revelación dejó a Ada perpleja. Así que todo había resultado ser un falso rumor, pensó la joven, que no pudo ocultar la alegría que le embargó en ese momento.

—Me pregunto que le ocurrió anoche a la señorita Campbell para dejarnos tan temprano—dijo la señorita Fairfax seria.

—Sí, además parecía apenada—añadió el capitán.

—Claro que sí, George. A ti no se te hubiera pasado por alto cualquier cosa que tuviera que ver con Ada—comentó la señorita Fairfax en tono burlón.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él nervioso.

—Bueno, he estado cavilando últimamente sobre cierto asunto que me tiene intrigada. Verás, desde hace unos días, la señorita Campbell ha estado recibiendo una serie de notas de tono muy, digamos... Atrevido. Por parte de un caballero cuya identidad permanece oculta. Y no he podido evitar pensar que yo conozco muy bien a dicho caballero.

El capitán se tensó.

—¿Ah sí? ¿Y de quién se trata? —inquirió, tratando de disimular.

—Por supuesto, de ti, George. Vamos, está muy claro. Nos conocemos desde niños, y conozco bien tu carácter. He podido observar cómo miras a la señorita Campbell. No pierdes detalle de todo lo que hace, y he visto que tu semblante se suaviza cada vez que está cerca. Incluso he

podido ver una sonrisa en tu rostro. ¡Y tú nunca sonríes! No puedes mentirme. Tú eres el autor, definitivamente—sentenció.

Él tragó saliva.

—¡Pamplinas! Yo no he escrito nada—se defendió molesto.

La señorita Fairfax estrechó la mirada.

—A mí no me engañas. Sé perfectamente que eres tú. Vamos, debes confesarle lo que sientes—le instó.

Ada estaba escuchando detrás de la puerta con el corazón en un puño, y no era capaz de moverse. Mientras, el capitán se revolvió incómodo.

—¡No pienso confesar nada! Sí, escribí las notas, pero era solo una broma, un juego, nada más. Yo no podría amar a alguien como la señorita Campbell. Es descuidada, habla demasiado, y dice lo primero que se le ocurre sin pensar en las consecuencias. Ni siquiera físicamente es atractiva. Esa es la explicación—afirmó avergonzado, y completamente alterado.

Entonces, la puerta que tenía a su espalda se abrió, y apareció la señorita Campbell. Ada estaba furiosa y disgustada al mismo tiempo. Podía verse la decepción en su rostro. Y no supo cómo fue capaz de hablar en ese momento.

—¿Es así como se divierte, capitán Abbott? Pues le informo que la diversión se ha acabado, porque hoy nos marchamos de Lindsey Abbey. Y doy gracias por ello. Lo que ha hecho es despreciable, y no quiero volver a verle en mi vida—aseveró Ada enfadada, y a punto de llorar.

Dicho esto, dio media vuelta, y subió corriendo a su habitación. El capitán Abbott se quedó allí parado sin saber qué hacer, mientras la señorita Fairfax se sentaba en una silla cercana. Ella también estaba furiosa con él. Pero por otro motivo: Por mentir de forma tan categórica.

Ada decidió no contarle nada a su hermano, por miedo a que se peleara con el capitán Abbott. No quería albergar más recuerdos amargos de su estancia en Lindsey Abbey.

En cuanto entró en su cuarto, se dispuso a preparar su equipaje, evitando reunirse con el resto para desayunar. Su apetito había desaparecido ante semejante disgusto.

Al recoger sus pertenencias, se dio cuenta de que el libro que le regaló el capitán seguía allí, sobre la mesilla. Estuvo a punto de guardarlo en la maleta, sin embargo, consideró en el último momento que esto no sería conveniente. No quería tener nada que le recordara a él.

Finalmente, se reunió en el vestíbulo con Gerald y Edith, que ya estaban listos para partir. Salieron, y se dirigieron al carruaje que los aguardaba en la entrada. Ada se mantuvo en silencio, mientras su hermano se despedía en nombre de ellas.

—Gracias por su hospitalidad, capitán. Ha sido una estancia muy agradable—dijo Gerald, ajeno a lo sucedido.

El capitán respondió con suma solemnidad:

—Ha sido un placer tener su compañía. Espero que regresen en otra ocasión.

Gerald y Edith sonrieron, mientras Ada se mostraba seria.

—Desde luego que sí, capitán.

En ese momento, el capitán miró a Ada con el semblante entristecido, pero ella lo ignoró por completo. No obstante, antes de marcharse, la señorita Fairfax habló con la joven una última vez.

—Por favor, señorita Campbell, no odie al capitán Abbott. Estoy segura de que hay algo oculto detrás de todo esto, y no quería hablar así. Tiene un carácter difícil, y muchas veces expresa lo contrario a lo que quiere decir—explicó la señorita Fairfax en voz baja, evitando así que nadie la oyera.

—Señorita Fairfax, le ruego que no me pida eso. Además, lo único que quiero es olvidar todo este asunto. Comprenda que es doloroso para mí—contestó Ada con tristeza.

—Prométame que me dejara indagar. Le escribiré lo antes posible, y aclararemos este asunto. Por favor, confíe en mí.

Tras lanzar un suspiro de resignación, Ada decidió creer en ella, al comprender que su motivación era loable.

La señorita Fairfax conocía mejor que nadie al capitán Abbott, y estaba dispuesta a todo por llegar al fondo de aquel asunto. Estaba empeñada en encontrar una solución a ese entuerto, por el bien del capitán y Ada, a quienes apreciaba de corazón.

En ese momento, Ada solo deseaba marcharse de Lindsey Abbey, y recuperar el buen ánimo con el que había llegado a aquella casa. Mientras se alejaban, contempló el paisaje, tratando de apartar los pensamientos tristes de su mente.

Sin embargo, la mirada añil del capitán regresó a ella, causando un estremecimiento en su corazón. El camino del olvido era el más complicado de todos los senderos de la vida.



Tras su regreso a Berkeley House, no pudieron retomar parte de la animada rutina de las semanas anteriores, ya que el buen tiempo no hizo acto de presencia aquellos días. Ada trataba por todos los medios de alejar la melancolía que se había apoderado de ella, buscando cualquier distracción. Sin embargo, esto no sucedió.

Gerald y Edith notaron enseguida que la joven estaba decaída, con el semblante triste, y la mirada carente del brillo de alegría que solía mostrar. Siempre que preguntaban, Ada negaba que se encontrara mal, y forzaba una sonrisa. A pesar de que esa respuesta no les convencía, prefirieron no seguir indagando.

Un par de días más tarde llegó carta de la señora Peyton, y las buenas noticias que traía, proporcionaron un atisbo de regocijo al afligido corazón de Ada. Los tres se encontraban en el salón, cuando Edith tomó la misiva entre sus manos, y se dispuso a leerla en voz alta.

<<Querida Edith:

Te escribo para preguntarte cómo han ido las cosas últimamente. Espero que os encontréis bien. Tengo además algo importante que contarte. Dentro de unos días, me convertiré en la señora Blackstone. Michael me ha pedido que nos casemos, y yo he accedido feliz.

Poco tiempo después de regresar de Oxford, vino a casa a verme, y me confesó lo que sentía. Me explicó que llevaba años ocultándolo, pero que había llegado el momento de decírmelo.

De hecho, me gustaría que le dieras las gracias a Ada, por ser ella quien propició todo esto. Él mismo me ha contado que ella le animó a sincerarse.

Hemos decidido casarnos enseguida, porque te confieso que yo también he albergado el mismo amor por él durante mucho tiempo, más del que creía. Iremos a una pequeña parroquia, cerca de Dover, ya que preferimos algo íntimo y discreto. Pronto tendréis noticias nuestras.

Con afecto,

Celia.>>

Edith alzó la vista, y compartió una sonrisa con Ada, que se sintió realmente dichosa por la pareja.

—Esto es increíble. ¿Tú lo sabías todo? —inquirió incrédula.

Ada asintió.

—Lo supe desde el primer momento.

—A mí me lo contó poco después—añadió Gerald.

Edith los observó a ambos.

—Así que los hermanos Campbell se alían para que no me entere de nada—protestó.

Gerald se acercó a su mujer, y la estrechó entre sus brazos.

—Ibas a enterarte igualmente, mi vida—dijo, dándole un beso.

Edith sonrió, y suspiró.

—Han sido unos días llenos de emociones, ¿verdad?

—Sí. Y la estancia en Lindsey Abbey ha sido estupenda. Creo que deberíamos repetirla más adelante.

Al escuchar eso, Ada torció el gesto.

—Yo prefiero no hacerlo.

En ese momento, Edith y Gerald fijaron sus miradas en ella.

—¿Por qué? —preguntó su hermano extrañado.

Ada alzó el mentón, intentando parecer despreocupada.

—Porque no voy a ir siempre a los mismos sitios. Eso no sería interesante—respondió.

—Pensé que te había gustado Lindsey Abbey. Además, hiciste amistad con la señorita Fairfax —apuntó Gerald.

La joven empezó a inquietarse, y no dijo nada en respuesta. Temía que sus palabras delataran lo que deseaba esconder.

—El capitán Abbott fue realmente amable. Aunque es un caballero reservado, me pareció un buen hombre. Por cierto, me comentó que iba a retirarse. Quiere dejar de viajar, e instalarse en Lindsey Abbey definitivamente—explicó Edith.

—Lindsey Abbey es un buen lugar para establecerse de forma permanente. Ya luchó en la guerra, así que ha cumplido con su deber con creces. Merece descansar después de tantos años de servicio—añadió Gerald.

—Sí, es un hombre valiente, sin duda. Y un gran anfitrión, siempre estaba pendiente de todo. Especialmente de ti, Ada—indicó Edith.

La joven agachó la mirada, tratando de ocultar la turbación que esa última afirmación había provocado en su rostro.

—Sí, de hecho, llegué a pensar que estaba interesado en ti—dijo Gerald.

Ada suspiró, y se levantó.

—Será mejor que vaya a preparar el equipaje. Mañana me espera un largo viaje. Si me disculpáis.

Gerald y Edith la observaron con curiosidad mientras se alejaba. Se preguntaban porque se había mostrado nerviosa y evasiva cuando hablaron del capitán Abbott. Parecía que algo había sucedido entre ellos. Sin embargo, no hallarían respuesta, porque Ada había decidido guardar silencio.

La joven no quería pensar más en su estancia en Lindsey Abbey. A pesar de que el lugar le agradaba, los actos de su dueño hicieron que el recuerdo de sus días allí se tornara amargo.

Afortunadamente, regresaría a Bedford Park, donde le esperaba su vida de antes, sin sobresaltos, y lejos de todo lo que tuviera que ver con el capitán Abbott. Aunque no era capaz de odiarlo, no deseaba volver a encontrarse con él.

Esperaba que su vuelta al hogar le proporcionara un refugio, donde poder olvidarse de ese hombre que aún era el dueño de su corazón.

## Capítulo 14

Un cielo cubierto de nubes grisáceas, que anunciaban una fuerte tormenta, le dio la bienvenida a Cirencester. En Bedford Park aguardaban sus padres, deseosos de conocer todo lo sucedido durante ese tiempo que había estado fuera.

A pesar de que su idea inicial había sido marcharse dos semanas, su estancia en Berkeley House se había prolongado un mes. Su corazón saltó de alegría al vislumbrar a lo lejos su hogar, que ahora se convertiría en un propicio refugio para huir de la melancolía.

Nada más llegar a la casa, su fiel amigo Dexter salió a su encuentro, recibiendo los efusivos mimos de su dueña con entusiasmo. A continuación, Ada se dirigió a sus padres, y tras saludarles con un caluroso abrazo, subió a su cuarto.

Sonrió al entrar en la acogedora estancia que daba al jardín. Enseguida, Ada dejó su equipaje sobre el baúl que había allí, y se acercó a la ventana. A pesar de las grises nubes que hacían que la luz se tornara plateada, la joven se sintió dichosa.

Deshizo su equipaje, y tras cambiarse, regresó abajo, donde se reunió con sus padres en el comedor para almorzar. Mientras degustaban la deliciosa comida, conversaron animadamente.

—¿Y cómo están Gerald y Edith? —preguntó su madre.

—Bien. Gerald pasa mucho tiempo fuera de casa, pero he podido verle a menudo.

—El deber es lo primero, bien lo sabes. Gerald escribió, y dijo que habíais ido a Oxford.

—Así es. Fuimos con la señora Peyton, que vive en Gretna Lodge. La estancia en Oxford fue muy agradable, ciertamente. Visitamos la ciudad, y conocimos a unos amigos de la señora Peyton.

—¿Alguno soltero? —inquirió su madre con interés, para disgusto de Ada.

—No, madre—respondió la joven tajante.

La señora Campbell mostró una mueca de fastidio.

—Bueno, qué se le va a hacer—comentó con un atisbo de aflicción, que dio paso a un gesto más alegre—. Gerald también comentó que estuvisteis en Lindsey Abbey.

En ese instante, Ada agachó la mirada.

—Sí, así es.

—¡Háblame de ello! ¿Es tan magnífica como dicen? ¿Y qué sabes del compromiso del capitán? —inquirió su madre.

—Lindsey Abbey es una casa muy bonita. Es un lugar hermoso y acogedor—contestó con cierto apuro.

—Eso suena bien—afirmó su madre con una sonrisa—. Aunque claro, no se puede esperar menos de un caballero que recibe quince mil libras al año. Su propiedad debe estar a la altura.

Entonces, Ada suspiró con resignación.

—Y respecto al compromiso, este no es tal.

Al oír eso, su madre frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Que el capitán y la señorita Fairfax no están comprometidos.

Ambos la miraron con asombro, hasta que su madre emitió un grito de alegría.

—¡Qué gran noticia! Entonces, eso quiere decir que está soltero y disponible. Ada, es una gran oportunidad. Es joven, apuesto, y un buen partido. ¡Lo tiene todo! —afirmó con entusiasmo.

Ada resopló.

—Madre, por favor...

—Tendrás que trabajar mucho para cazarlo, pero no perdamos las esperanzas—comentó, ignorando la súplica de su hija.

Ada sacudió la cabeza, y respiró hondo.

—¿Y cómo ha ido todo por aquí? —preguntó, tratando de cambiar de tema.

En ese momento, su padre y ella intercambiaron una mirada de complicidad.

—Bien, como siempre. Estuve en casa de los Harrison, nuestros inquilinos, y me han contado una grata noticia: Van a tener un hijo. Les he felicitado en tu nombre, Ada. Además, me mandaron saludos para ti—respondió el señor Campbell.

Ada sonrió.

—Eso es una gran noticia, sin duda. Iré a visitarlos esta semana.

—Y hace poco escribió Frances. Todos bien, me dijo que te mandara su afecto, y que los niños preguntan por ti. Quieren volver a dar paseos por el campo contigo—añadió el señor Campbell.

Esto hizo sonreír a Ada de nuevo.

—Por cierto, vi a Sarah Hammersmith con su madre. Iban a elegir el ajuar para la boda—intervino la señora Campbell—. Estaban muy emocionadas. Les pregunté por Andrew, y me dijeron que su boda con la señorita Reed sería después de la de Sarah y el doctor.

—Estoy muy feliz por ellos—comentó animada.

A continuación, su madre se dispuso a narrarle los diferentes avatares de los habitantes de Cirencester. No eran chismes importantes ni trascendentales, así que Ada no prestó demasiada atención.

Una hora después, los tres se retiraron a distintas estancias. Ada decidió ir a la biblioteca con Dexter, y entretenerse con alguna lectura. Miró entre los estantes, y escogió la novela “Los misterios de Udolfo” de Ann Radcliffe.

Se sentó junto a la ventana, donde la lluvia golpeaba los cristales con fuerza. Dexter se tumbó a sus pies, y a continuación, Ada se adentró en aquella historia llena de misterio e intriga, incapaz de apartar sus ojos de las páginas. La lectura era una de sus grandes pasiones, y para ella, la forma más agradable de evadirse de la realidad.

Sin embargo, no pudo evitar que el capitán Abbott regresara a sus pensamientos, esta vez representado en uno de los personajes de la novela, el joven y apuesto Valancourt, el interés amoroso de Emily, la protagonista.

Como Valancourt, el capitán Abbott amaba la naturaleza, y tenía una belleza sobrecogedora. Irremediablemente, Ada se vio reflejada en Emily, la heroína de la novela, y se imaginó protagonizando una historia similar con el capitán. De repente, su corazón empezó a latir con fuerza al evocar su mirada azul, esa que tanto le gustaba.

En ese instante, el sonido de un trueno quebró el silencio, sobresaltando a Ada. Tomó una bocanada de aire, mientras se llevaba una mano al pecho. Dexter se asustó también, y acudió a buscar su afecto. Enseguida, la joven dejó el libro sobre la mesa, y acarició el lomo de su fiel amigo.

—Tranquilo, Dexter—le dijo con voz sosegada.

Su perro posó la cabeza en su regazo, y fijó sus ojos en ella. En ese momento, Ada le dedicó una tierna sonrisa.

—Ya sé que lo aprecias, pero si supieras lo que hizo, no te gustaría tanto—se lamentó. Entonces, suspiró abatida—. Y a pesar de todo, no puedo dejar de amarlo.



Al día siguiente, Ada decidió hacerle una visita a su querida amiga Sarah. Aprovechó el buen tiempo que hacía, pues la lluvia había dado paso a un espléndido sol, y dio un agradable paseo, acompañada de Dexter. Caminó despacio, disfrutando del aroma a flores silvestres, y a hierba húmeda, que flotaba en el aire.

En cuanto llegó a Fair Lodge, las dos amigas se abrazaron, y se dirigieron al jardín. A continuación, se acomodaron en unas sillas, y departieron a solas sobre lo acontecido durante la ausencia de Ada, mientras tomaban una refrescante limonada.

—Me dijo mi madre que ya estabais preparando el ajuar—comentó Ada.

Sarah sonrió feliz.

—Sí, ya estamos con los preparativos.

—Ya queda menos tiempo para la boda.

—Bueno, todavía estamos en abril, aún hay tiempo.

Ada esbozó una sonrisa.

—¿Y Andrew? ¿Cómo se encuentra?

—Se encuentra bien, y muy feliz. Pronto fijarán la fecha de la boda. Será después de la nuestra.

—Aún no puedo creerme que ambos os caséis. Me voy a sentir muy sola ahora que todos estáis emparejados—afirmó con cierto pesar.

Sarah agarró su mano.

—No digas eso. Ya sabes que yo no me iré de Cirencester. Y Nigel y yo estaremos encantados de recibirte siempre—aseveró.

—Lo sé—respondió con una dulce sonrisa.

—¿Y cómo fue tu estancia en Berkeley House?

—Muy agradable. La verdad es que no tuve ocasión de aburrirme. Fuimos a Oxford, y a Lindsey Abbey.

En ese momento, Sarah estrechó la mirada.

—¿No es esa la propiedad del capitán Abbott?

Ada asintió.

—Sí, así es.

—¿Y viste al capitán?

—Sí, y conocí a la señorita Fairfax.

Sarah abrió mucho los ojos sorprendida.

—Bueno, ¿y cómo fue ese encuentro? —preguntó con cautela.

—Agradable. De hecho, la señorita Fairfax es una mujer encantadora.

Sarah asintió.

—Comprendo. ¿Y el capitán cómo se encuentra?

—Bien, se encuentra bien—respondió escueta.

Ada se encontraba ante un dilema importante. Si le explicaba todo lo sucedido a Sarah, cabía la posibilidad de que esto llegará a oídos de Andrew, lo que seguramente crearía un conflicto entre el capitán y su amigo de la infancia. La joven no deseaba que aquella amistad pasara por dificultades, por un asunto que no incumbía a los Hammersmith. Por otro lado, Sarah era su mejor amiga, y no deseaba que esta creyera que carecía de su confianza. La situación era verdaderamente complicada.

—¿Hay algo que quieras contarme? —inquirió Sarah con suspicacia.

Ada negó con la cabeza.

—No, nada.

Sarah estrechó la mirada, y al instante, una idea cruzó su mente.

—¿Sucedió algo con el capitán?

Ada abrió mucho los ojos.

—No, claro que no.

—No sabes mentir, Ada—afirmó Sarah riéndose.

Ante esto, la joven suspiró con resignación.

—Bueno, es solo que nos encontramos y...

—Todavía lo amas, ¿cierto?

Ada asintió.

—Sí, así es. Pero él no me ama, y no hay más que decir—aseveró.

—Bueno, él está comprometido, según me dijiste.

En ese momento, Ada negó con la cabeza para sorpresa de Sarah.

—No, el asunto del compromiso era un falso rumor.

Sarah se quedó asombrada ante tan inesperada revelación, aunque rápidamente, su gesto se tornó reflexivo.

—En cierto modo, sospechaba que era así. Y sinceramente me alegro. A lo mejor ahora...

—No, Sarah, es mejor que no. Sé con certeza lo que siente el capitán por mí, y no hay forma de que eso cambie—sentenció.

Se hizo un breve silencio, hasta que Sarah decidió dar respuesta a la contundente afirmación de su amiga.

—¿Estás segura de eso?

—Completamente.

De nuevo, se quedaron calladas, mientras Sarah se mostraba pensativa. Y en ese preciso instante, un recuerdo reciente apareció en su mente.

—Es curioso lo que hace el tiempo y la distancia con nuestros recuerdos. Hechos que en el momento nos parecen intrascendentes, con el paso de los días, cobran un significado importante.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando estuve en Fair Lodge, noté al capitán un poco ausente. Decaído, diría yo. Especialmente cuando no viniste las veces que te invitamos. Deduzco que quizás estaba un poco triste porque no venías.

Esto hizo que el corazón de Ada se estremeciera. Sin embargo, no deseaba hablar más de aquel asunto. Temía que la melancolía volviera a apoderarse de ella, así que, decidió poner remedio.

—¿Damos un paseo? —sugirió.

Durante la caminata que dieron por los alrededores, la conversación se centró en temas menos trascendentales, y ambas disfrutaron de un placentero paseo.

Horas más tarde, Ada regresó a Bedford Park, y tras una animada charla con sus padres mientras cenaban, decidió irse a dormir temprano. Había sido una jornada agotadora, y el cansancio empezaba a hacer acto de presencia.

Se metió bajo las sábanas, y de nuevo, volvió a pensar en él. Aunque esta vez, un recuerdo desagradable regresó a su mente: <<Yo no podría amar a alguien como la señorita Campbell. Es descuidada, habla demasiado, y dice lo primero que se le ocurre sin pensar en las consecuencias. Ni siquiera físicamente es atractiva. Esa es la explicación>>.

Cerró los ojos, y abrazó su almohada con fuerza. Debía alejar de su memoria ese amargo recuerdo, pero algo en su interior se lo impedía. Lanzó un lánguido suspiro, y cayó en los brazos de Morfeo con la esperanza de que, a lo largo de aquellos días, todo lo sucedido se convirtiera en

una neblina.

## Capítulo 15

El tiempo transcurría a paso lento pero firme entre visitas puntuales, paseos por el campo, y horas de entretenida lectura. La agradable rutina volvió a la vida de Ada, permitiendo que se sintiera más alegre que en días anteriores.

Una apacible tarde, Ada se encontró a su padre solo en el salón leyendo. Aquella era una estancia acogedora, iluminada por dos grandes ventanas, que daban a la parte delantera de la casa. En la decoración predominaban los tonos azulados y grisáceos, como en las pesadas cortinas y en el mobiliario, compuesto de un sofá, dos sillones, y una mesa de madera de nogal. Una coqueta chimenea de piedra, con relieves florales en los bordes, albergaba un fuego que daba calor a la sala.

Su padre alzó la vista cuando la oyó entrar, y sonrió.

—Hola, hija. ¿Cómo ha ido todo en Fair Lodge? —preguntó, en referencia a la visita que había realizado esa mañana.

Ada se sentó a su lado, y respondió:

—Bien, hemos dado un largo paseo, y estoy agotada.

—Caminar demasiado agota, pero fortalece.

—¿Qué estás leyendo? —inquirió ojeando la lectura que tenía delante.

—El periódico. Leo sobre los últimos acontecimientos que asolan el mundo.

—¿Y madre? —preguntó, mirando alrededor.

—Ha ido a ver a la señora Hudson. Ya sabes, para ponerse al día de los últimos chismes.

Ambos rieron, mientras imaginaban a aquellas dos departiendo con entusiasmo sobre las vidas ajenas. Cuando las risas cesaron, Ada puso gesto serio, y fijó su vista al frente, contemplando el infinito.

—Padre, ¿cuándo te enamoraste de madre?

Esta pregunta dejó al señor Campbell desconcertado.

—Bueno, no lo recuerdo muy bien, la verdad. De hecho, no es que me enamorara como un poeta. Nuestro afecto fue algo que llegó con el tiempo.

—¿Así que en vuestra unión no hubo amor?

Su padre dejó el periódico sobre la mesa, centrando su atención en ella.

—Nuestra unión fue fruto del interés de ambas familias. Apenas nos vimos un par de veces antes de casarnos. Sin embargo, tu madre me gustó. Es decir, me agradó desde el principio. Era hermosa, honesta, y firme en sus convicciones. Lo sigue siendo, de hecho. Y eso me hizo admirarla mucho.

>>Sé que puede ser insufrible a veces. Y te aseguro que, si la hubiéramos enviado al frente, Napoleón se habría escondido en algún rincón, y no habría salido.

Esto hizo reír a Ada, que observó como el semblante de su padre se tornaba reflexivo, mostrando un brillo especial en su mirada.

—Sin embargo, ha estado a mi lado siempre. Ha aceptado mis defectos y mis virtudes, pues estoy lejos de la perfección, como cualquier ser humano. Ha criado a mis hijos, con más o menos acierto. Y está pendiente de vosotros y de mí constantemente.

>>Sinceramente, no contemplo mi vida sin ella, Ada. El amor no debe ser una pasión de un día, sino algo permanente, que sea capaz de aguantar las adversidades.

>>Nada es perfecto. Todos cometemos errores, y muchas veces nos herimos unos a otros sin pretenderlo.

>>Admito que no soy un marido apasionado, que expresa sus emociones con ardientes palabras de amor. Soy más bien reservado en ese aspecto. Creo que lo que más cuesta en este mundo es mostrar lo que uno siente.

Esta reflexión hizo pensar a Ada seriamente.

—Sí, es difícil.

—Pero me alegra que no tengas ese problema. Tú siempre has sido natural, espontánea. Y eso es lo que más me gusta de ti, Ada. No tienes miedo a expresarte.

—Sin embargo, eso no le agrada a mucha gente.

—¿Y qué me importa la gente? Los que te queremos, sabemos cómo eres y te apreciamos. Incluida tu madre, a pesar de que no sea capaz de decírtelo. Ella se preocupa por tu bienestar, aunque a veces su inquietud por ti es tan excesiva, que le hace actuar sin tacto ni delicadeza. Pero te quiere, y desea tu bien, Ada.

—Lo sé, padre.

Entonces, él la observó con atención.

—Tengo la impresión de que hay algo que te inquieta. Y deduzco que tiene que ver con algún caballero que te ha robado el corazón. ¿Me equivoco?

Ada esbozó una tímida sonrisa.

—No te equivocas.

—¿Y puedo saber quién es?

—Prefiero no hablar de ello. Además, él no me corresponde—respondió con un atisbo de abatimiento.

—¿Lo sabes con certeza?

—Él mismo lo dijo.

Su padre asintió, y torció el gesto.

—Vaya, ¿y te lo dijo a ti o a otra persona?

Esto hizo que Ada frunciera el ceño.

—Bueno... en realidad... Se lo dijo a otra persona, pero yo lo escuché claramente.

Su padre volvió a asentir.

—Entiendo. Es una lástima—comentó pensativo—. ¿Sabes? A veces decimos cosas que no sentimos, para protegernos o para ocultar lo que realmente deseamos, por miedo o por vergüenza. Casi nadie es capaz de ser sincero, porque la honestidad implica tener mucho arrojo.

—¿Qué quieres decir?

Su padre lanzó un suspiro.

—Que a veces, nada es lo que parece, Ada.

Ella agachó la mirada, y no dijo nada en respuesta.

Estuvo pensando en esa conversación el resto de la tarde. Recordó las palabras de la señorita Fairfax antes de marcharse, pidiéndole paciencia, y que no odiara al capitán.

Para ella era imposible albergar ese sentimiento, porque su amor por él era mucho más fuerte que cualquier animadversión. Sin embargo, aunque las apariencias engañaran, ella no podía hacer nada por ahora. Solo quedaba esperar a que el destino jugara sus cartas.



Era finales del mes de abril, y los días empezaban a ser más calurosos. La lluvia había dado cierta tregua, lo que permitía disfrutar de la naturaleza en todo su esplendor, algo que Ada hacía

siempre que tenía ocasión.

Una agradable tarde en la que el sol todavía iluminaba el cielo, Ada estaba en el jardín jugando con Dexter, cuando una sirvienta salió a buscarla.

—Señorita Ada, tiene una visita—le anunció.

En ese momento, Ada se quedó extrañada, aunque rápidamente, entró en la casa para averiguar de quien se trataba. Su vestido estaba manchado de polvo y hierba, pero no le importó demasiado. Para ella era prioritario desvelar el misterio. Finalmente, llegó al salón, y se encontró con una grata sorpresa.

—¡Señor Blackstone! ¡Señora Peyton! —exclamó al ver a la pareja.

Los dos sonrieron, e hicieron una reverencia.

—Debo hacerle una corrección, Ada. La señora Peyton ahora es la señora Blackstone—indicó él, dándole un beso a su esposa en la mejilla.

Ada sintió una enorme alegría, y mostró una deslumbrante sonrisa.

—Felicidades a ambos. Por favor, tomen asiento. ¿Desean tomar algo? —dijo mientras se acomodaban en el salón.

—Gracias, Ada. Sí, eso sería estupendo—respondió la señora Blackstone.

Ada ordenó que trajeran limonada y unos sándwiches, un refrigerio propició para la calurosa tarde. Dexter pasó por su lado, y saludó a los invitados con entusiasmo, algo que agradó a la joven.

—Es Dexter, mi más fiel amigo—explicó.

—Es precioso—dijo la señora Blackstone.

—Como ve, hemos cumplido la promesa de venir a verla—apuntó el señor Blackstone.

—Y me hace muy feliz su visita. ¿Cuántos días se quedarán?

—Solo dos, pero esperamos que sean fructíferos—indicó la señora Blackstone.

—Desde luego que lo serán. Y cuéntenme, ¿cuándo se casaron?

—Hace tres semanas. Volvimos de nuestra luna de miel en Francia hace unos días, y estamos haciendo varias visitas a amigos y familiares. Ahora nos dirigimos a Bristol para ver a una tía de Celia—explicó él.

En ese momento, una sirvienta dejó sobre la mesa una bandeja con el refrigerio que Ada había pedido, y a continuación, salió de la estancia. Mientras Ada servía los vasos de limonada, el señor Blackstone habló de nuevo:

—Por cierto, hace poco visitamos al capitán Abbott en Lindsey Abbey.

Al oír esto, el corazón de Ada se sobresaltó, y su semblante alegre se tornó serio, algo que no pasó desapercibido para el caballero.

—¿Y cómo se encuentra? —preguntó ella cortés.

—No muy bien, la verdad, notamos que estaba un poco decaído. Imagino que será porque ha dejado el ejército, y está tratando de adaptarse a su nueva situación—respondió el señor Blackstone.

A Ada no le agradó escuchar eso. A pesar de lo ocurrido, no le deseaba ningún mal.

—Lamento saber eso. Espero que pronto su ánimo mejore—dijo con sinceridad. Entonces, decidió cambiar de asunto—. ¿Y dónde se alojan?

—En la pensión Drury. ¿La conoce? —respondió la señora Blackstone.

—Sí, es un buen alojamiento. Aunque si me hubieran avisado con antelación, se habrían quedado en Bedford Park.

—La visita fue fruto de la improvisación, Ada. No se apure—comentó el señor Blackstone con buen humor.

—¿Y dónde se instalarán definitivamente?

—En Oxford. Pero pasaremos largas temporadas en Gretna Lodge—contestó la señora Blackstone.

A partir de entonces, la conversación se centró en otros temas. Ada se sentía realmente contenta por tener a los Blackstone de visita, y aprovecharon la ocasión para planear las actividades que realizarían durante su estancia en Cirencester. La joven se aseguraría de que esta fuera agradable y emocionante.



Al día siguiente, los tres se reunieron para pasear por la ciudad. Recorrieron las calles de Cirencester, saludando a algunos conocidos de los Campbell a su paso. La señora Blackstone quedó maravillada con la hermosa arquitectura, y se lo hizo saber a Ada con entusiasmo.

Por la tarde, la joven les mostró los bellos parajes que rodeaban Bedford Park. Sarah Hammersmith decidió unirse a ellos, y Ada hizo las pertinentes presentaciones. El señor Blackstone se sorprendió al conocer su parentesco.

—Así que es la hermana de Andrew. El mundo, desde luego, es muy pequeño—comentó.

—Ya lo creo. Últimamente, el destino ha propiciado que conozca a varios amigos de mi hermano en la batalla—apuntó Sara sonriente.

Emprendieron la marcha, y Sarah departió durante la caminata con la señora Blackstone, mientras Ada y el señor Blackstone iban delante de ellas, mirando al frente.

Ante ellos se presentaba un bonito paisaje cubierto de verdes prados, y árboles solitarios.

—Todavía no sé cómo darle las gracias por su ayuda, Ada. Usted me infundió el valor que necesitaba. Estoy en deuda con usted.

—Descuide, señor Blackstone, no me debe nada—respondió ella, esbozando una sonrisa.

Se quedaron unos minutos en silencio, y entonces, el señor Blackstone habló de nuevo:

—Me estaba acordando del día que la conocí. Me llamó mucho la atención la curiosidad que vi reflejada en su mirada. Siempre atenta, siempre dispuesta.

Ada sonrió.

—Me gusta aprender. Bien lo sabe.

—Eso es lo que más aprecio de su carácter. Para usted, nada carece de importancia.

—Lo que uno aprende hoy, puede serle útil mañana.

—Sabías palabras—afirmó—. ¿Sabe? Debo confesar que antes de nuestro primer encuentro, había oído hablar de usted. El capitán Abbott la mencionó en una conversación, aunque entonces, no presté demasiada atención a las palabras que le dedicó. Siempre en buenos términos, por supuesto.

Ada se quedó asombrada al oír eso, pero no dijo nada en respuesta.

—De hecho, cuando la conocí en persona, me impresionó tanto, que esa misma semana escribí al capitán Abbott, y le hablé de usted. De nuestras conversaciones, del bien que me había hecho. Creo que al poco tiempo recibieron una invitación para ir a Lindsey Abbey, ¿verdad?

Ada consideró la respuesta unos segundos.

—Sí.

—Hace mucho aprendí, que casi siempre valen más los actos que las palabras. Y la experiencia me da la razón, Ada.

Ella reflexionó sobre esto durante unos instantes, aunque no consiguió encajar las piezas de sus interrogantes. ¿Qué quería decir el señor Blackstone? Lo cierto era que, cuando se trataba de algo relacionado con el dueño de su corazón, la perspicacia habitual de Ada parecía no querer

hacer su labor. Y esto solo generaba una neblina, que le impedía ver lo que para algunos era evidente.

Más tarde se dirigieron a Bedford Park, donde los padres de Ada conocieron a los Blackstone, y les invitaron a quedarse a cenar. La señora Campbell se comportó con inusitada amabilidad, y agasajó a los invitados con todo tipo de atenciones.

—Estuve en Oxford hace muchos años, cuando Ada aún era muy pequeña. Fue una estancia muy agradable. Tengo entendido que es vecina de mi hijo y mi nuera, señora Blackstone.

—Sí, hasta ahora he vivido en Gretna Lodge.

—Y díganme, ¿cómo se conocieron?

A continuación, la señora Blackstone contó con semblante risueño su historia de amor con el caballero. Ada contempló con deleite como la pareja se miraba embelesada, sin reparos, pues ya no existía impedimento para expresar sus sentimientos.

Imaginó el sufrimiento que durante años padeció el señor Blackstone. Tener tan cerca a alguien que amas, pero a la vez tan lejos, era la más cruel de las torturas.

A veces pensaba que habría sido preferible no haber ido aquella tarde a Fair Lodge, y así no haber conocido al capitán. Quizás se habría ahorrado mucho dolor. No obstante, el placer que le había proporcionado ver su sonrisa, hablar con él, y perderse en su mirada, le hacían no arrepentirse.

—Qué historia de amor tan bonita, señora Blackstone. Y mi Ada es toda una casamentera—dijo su madre orgullosa.

Todos rieron, excepto Ada.

—En realidad, creo que la señorita Campbell tiene algo de hechicera. Es capaz de hacer de nosotros su voluntad con tan solo unas palabras—aseveró el señor Blackstone, mirándola.

Esto le hizo sonreír.

—Mi Ada tiene muchas cualidades, desde luego—respondió la señora Campbell.

Ada alzó una ceja ante ese halago poco habitual.

—Es una mujer brillante, señora Campbell. Lo supe desde la primera vez que nos conocimos. Ada no deja indiferente a nadie—afirmó la señora Blackstone.

—Quizás podría mejorar en ciertos aspectos. Como, por ejemplo, no decir siempre lo que piensa. Esas cosas a veces son peligrosas—sentenció la señora Campbell.

Ada torció el gesto. Ahí estaba de nuevo el espíritu controlador y autoritario de su progenitora.

—Por favor, señora Campbell, no nos prive de la honestidad de Ada. Sin ella, ahora mismo no sería un hombre felizmente casado—dijo el señor Blackstone.

Ada sonrió agradecida ante aquella defensa tan noble de su carácter extrovertido y honesto. La charla continuó por otros derroteros, entre risas y buen ánimo.

Finalmente, se despidió de sus amigos con sumo pesar, pues los echaría terriblemente de menos. Ellos habían llenado de alegría lo que podrían haber sido jornadas más tediosas. Al día siguiente partirían, y no sabía cuándo volverían a verse.

—Tiene una invitación a Oxford pendiente. Esperamos verla pronto—dijo la señora Blackstone.

—Iré lo antes posible, lo prometo—aseveró con un atisbo de emoción en la voz.

A continuación, la pareja se marchó, y Ada entró en el salón arrastrando los pies. A pesar de la deliciosa y entretenida velada, se sentía cansada. Su madre se estaba preparando para ir a dormir, pero su padre había decidido quedarse despierto, sentado en el salón. Entonces, la joven se acomodó en un sillón, y suspiró con resignación.

—No sabes lo orgulloso que estoy de ti, Ada—dijo el señor Campbell de repente.

Ella lo miró asombrada.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Porque eres una muchacha formidable. Haces el bien a todo el que se acerca a ti. Eres inteligente, curiosa. No te cansas de saber, de aprender. Y siempre estás dispuesta a ayudar al prójimo, aunque pueda perjudicarte.

Ada se emocionó al oír eso.

—Gracias, padre.

En ese instante, el señor Campbell suspiró con gesto reflexivo.

—Cuando naciste, sentí que mi corazón iba a estallar de felicidad. Bueno, con los tres me sentí de la misma forma. Sin embargo, tú has sido la niña de mis ojos, Ada. La que mejor me comprende. Y el día que te marches, me sentiré triste pero dichoso.

Ella se acercó, y agarró su mano entre las suyas.

—Padre, no voy a irme a ninguna parte.

Él se rio, y acarició su mejilla.

—Claro que te irás. Algún día sucederá. Pero sé que cuando eso ocurra, serás muy feliz. No por dejarme, sino porque irás a un lugar mejor.

Ella sonrió.

—Pareces convencido.

—Me lo dice el corazón. Y pocas veces este se equivoca.

## Capítulo 16

La librería del señor Wickham estaba prácticamente vacía esa mañana. Se trataba de un establecimiento pequeño, con numerosas estanterías, y una gran góndola en medio donde reposaban varios libros. El ventanal que daba a la calle servía de escaparate, y había allí expuestos algunos ejemplares. El aroma a barniz y papel envolvía el ambiente, y el bajo techo, con vigas de madera visibles, hacía de aquel lugar un entorno acogedor, casi cavernoso.

Este era uno de los lugares preferidos de Ada, que, como ávida lectora, era clienta habitual de la librería.

El señor Wickham, un caballero de pelo canoso, y rostro envejecido, cuyos ojos estaban semi escondidos tras unas gafas de montura metálica, había tratado a Ada desde que era una niña, y conocía bien los gustos de la joven. Por eso, siempre que llegaban las últimas novedades literarias a su tienda, no perdía tiempo en ofrecerle nuevas lecturas que pudieran interesarle.

—Acaban de llegar estos libros. Quizá alguno pueda interesarle, señorita Campbell—dijo el señor Wickham.

El caballero se dirigió a una estantería, y trajo consigo cuatro libros que colocó sobre el mostrador. Ada echó un vistazo a cada ejemplar, ojeando portada e interior. Uno de ellos captó su interés, pues era de una autora que le encantaba. Se trataba de “La Abadía de Northanger” de Jane Austen.

—Esta novela parece realmente interesante —comentó.

—Es una historia llena de misterio, de esas que a usted le gustan. Trata sobre una joven que se enamora de un apuesto muchacho, y es invitada a la casa de este, la abadía del título. Pero parece ser que esa casa esconde secretos, que la joven debe descubrir—explicó el librero.

—La señorita Austen siempre es una buena elección. Me lo llevo—sentenció.

El librero guardó los otros libros, y se dispuso a envolver la novela de Jane Austen. En cuanto pagó, Ada se despidió del señor Wickham, y salió de la tienda feliz por tener una nueva lectura entre sus manos.

Caminó unos instantes, y antes de doblar la esquina, se encontró con Sarah Hammersmith.

—¡Ada! ¡Qué casualidad! Precisamente esta tarde tenía pensado ir a verte—dijo la joven.

Ada sonrió.

—Buenos días. ¿Qué te trae por la ciudad?

—Tenía que hacer unas compras—respondió.

—Yo también. Si lo hubiera sabido, podríamos haber venido juntas.

—Bueno, pero podemos volver a casa si ya has terminado. Así te cuento la buena noticia.

Ada la agarró del brazo, y caminaron en dirección a Bedford Park y Fair Lodge.

—Ahora me tienes intrigada.

—Tranquila, que no te haré sufrir más. Andrew viene a Cirencester dentro de unos días, pero no vendrá solo—explicó Sarah emocionada.

—¿Y con quién viene? —inquirió Ada intrigada.

—¡Con la señorita Reed! —contestó Sarah con entusiasmo—. Ya sabes que tenía muchas ganas de que la conocieras.

Ada esbozó una sonrisa.

—¡Eso es maravilloso! ¿Y se quedará la señorita Reed en Fair Lodge?

En ese momento, Sarah torció el gesto.

—Me temo que no va a ser posible. Padre y madre consideran que no sería lo apropiado. Así que se alojará en la pensión Drury.

—¿Y por qué no sería lo apropiado? Al fin y al cabo, están comprometidos, y no estarán solos.

—Ya sabes cómo son estas cosas. A la gente le encanta hablar.

En ese instante, Ada consideró la situación, que le resultó ciertamente injusta, y una idea cruzó su mente.

—¿Y por qué no se queda en Bedford Park? Así estarían más cerca, y podrían verse sin ningún problema, lejos de oídos y ojos extraños. Además, yo sería la carabina si fuera necesario.

Sarah sonrió a su amiga agradecida.

—¿Harías eso por Andrew? Sé que preferiría que estuviera contigo, y no sola en la pensión.

—Ya sabes que por vosotros haría lo que fuera. A mí tampoco me gustaría que la pobre señorita Reed estuviera sola. Así que, escribe a Andrew, y dile que la señorita Reed está invitada a alojarse en Bedford Park. ¿Cuántos días se quedarán?

—Tres.

—Perfecto. Luego se lo diré a mis padres.

Entonces, Sarah la miró con suspicacia.

—¿Crees que estarán conformes?

—Claro que sí—aseveró.

Minutos después, Ada llegó a Bedford Park, justo a la hora del almuerzo. En el comedor estaban sus padres esperándola, y la joven se unió a ellos enseguida. Tras contarles cómo había transcurrido la mañana, expuso el asunto de la señorita Reed.

—Así que, me he tomado la libertad de invitarla a quedarse en Bedford Park.

En ese instante, su madre se quedó perpleja, y frunció el ceño.

—¿Qué has hecho qué?

Ada se encogió de hombros.

—Solo serán tres días, madre.

—Ada, no puedes ir invitando a gente desconocida a esta casa sin nuestra aprobación—le recriminó—. No sabemos nada de esa señorita Reed.

—Pues esta será la ocasión perfecta para conocerla, ¿no te parece?

—¡Señor Campbell, diga algo! —exclamó su madre indignada.

El hombre, que estaba degustando su sopa, alzó la vista, y miró a ambas.

—A mí no me parece mal, querida.

Ante esta respuesta, la señora Campbell resopló.

—¿Para qué pregunto? Siempre te pones de parte de Ada—afirmó malhumorada. Entonces, se dirigió a su hija—. Aunque no te pediré que retires la invitación, sigue sin parecerme bien.

En ese instante, Ada puso en marcha una estrategia, que alejaría las reservas de su madre.

—Piensa que serás la envidia de muchas. La visita de la señorita Reed va a ser la novedad de Cirencester, y tú podrás saber todo de ella en primera instancia. Tendrás toda la información de primera mano—explicó, sabedora de la naturaleza chismosa de su madre.

La señora Campbell estrechó la mirada, y consideró el asunto seriamente.

—Lo cierto es que podría enterarme de todo antes que nadie. —Ada y su padre se miraron cómplices, y entonces, la señora Campbell aseveró con una sonrisa de satisfacción—: Estoy segura de que la señora Hudson se morirá de envidia cuando lo sepa.

Ada y su padre trataron de aguantar la risa, mientras la señora Campbell consideraba las ventajas de tener a la señorita Reed bajo su techo. Esperaba conocer más detalles de la joven,

para así llenar horas de tertulia con sus amigas.



*Días más tarde...*

Ada estaba en el salón esperando la llegada de la señorita Reed. Había tratado de distraerse con alguna lectura, pero finalmente, se había apostado frente a la ventana, fijando su vista en la entrada de la propiedad.

En la estancia se encontraban también sus padres, que estaban sentados en sendos sillones. El señor Campbell leía el periódico, y la señora Campbell hacía una labor de costura.

De repente, un carruaje se adentró en el camino, y se detuvo delante de la puerta. En ese instante, Ada salió de la casa para recibir a los esperados visitantes.

La señorita Reed no venía sola, pues había viajado desde Londres con Andrew Hammersmith, que se encargaría de dejarla en Bedford Park, al cuidado de su querida amiga Ada.

Ambos bajaron del carruaje, y Ada sonrió al verlos.

—¡Andrew!

Este se acercó a ella e hizo una reverencia.

—¡Querida Ada, qué alegría me da verte!

En ese momento, Andrew alzó la vista, y vio detrás de Ada a los Campbell, que se acercaron a saludarlos.

—Buenas tardes, señor Hammersmith—dijo la señora Campbell.

El joven esbozó una encantadora sonrisa.

—Buenas tardes, señora Campbell, señor Campbell. —Entonces, se giró hacia la señorita Reed, que permanecía callada a su lado—. Les presento a mi prometida, la señorita Reed.

La joven hizo una reverencia.

—Encantada de conocerlos. Y gracias por su invitación—dijo con suma cortesía.

—Bienvenida a Bedford Park. Esperamos que su estancia aquí sea agradable. Haremos todo lo posible para que así sea—aseveró el señor Campbell con amabilidad.

—Gracias, señor Campbell—respondió la señorita Reed.

La muchacha era de estatura media, de aspecto frágil, mirada azul, y aunque atractiva, no era una beldad. A primera vista, parecía no haber nada destacable en ella, salvo su evidente timidez.

—Bueno, será mejor que entremos, así la señorita Reed podrá refrescarse, y descansar. Imagino que el viaje habrá sido agotador—comentó la señora Campbell—. Andrew, ¿nos acompañas?

El caballero torció el gesto.

—Me temo que no puedo, me esperan en Fair Lodge. Pero mañana, espero verlos a todos allí para una reunión. Almorzaremos en el jardín, y departiremos con otros invitados.

—Allí estaremos, Andrew—respondió el señor Campbell.

Los padres de Ada se adentraron en el interior de la casa, dejando a los tres a solas, antes de que Andrew partiera hacia Fair Lodge.

—Bueno, me marchó ya—dijo apenado, mientras agarraba la mano de su prometida, gesto que enterneció a Ada—. Por favor, Ada, cuida de mi Annette.

Esta referencia hizo que la señorita Reed se ruborizara, y Ada sonrió.

—Descuida.

Finalmente, Andrew regresó a Fair Lodge, y Ada, en un ademán de cercanía y trato amistoso, agarró el brazo de la señorita Reed, y le instó a entrar con ella.

—Vamos, le enseñaré su habitación.

Las dos jóvenes subieron al piso superior, y Ada abrió una puerta contigua a su cuarto. La señorita Reed contempló la amplia estancia, con paredes pintadas en blanco, cama con dosel, un baúl y una cómoda.

—Es muy bonita, señorita Campbell. Le agradezco su hospitalidad.

—No tiene que darme las gracias. Es un verdadero placer. Y puede tutearme si lo desea.

La señorita Reed esbozó una sonrisa, y Ada comprobó cómo su rostro se iluminaba de una forma verdaderamente encantadora.

—Entonces, haga usted lo mismo.

Minutos más tarde, cuando Annette se cambió, todos se sentaron en el comedor a degustar la deliciosa cena que acababan de servir. En ese momento, la señora Campbell comenzó su implacable interrogatorio.

—Así que, ¿nacío en Londres, señorita Reed?

—Sí, señora. Siempre hemos vivido en Bloomsbury.

—Una vez estuve en ese barrio, un conocido mío vivía allí, y me resultó un lugar agradable—comentó el señor Campbell.

—¿Y a qué se dedica su familia? —inquirió la señora Campbell.

—Mi padre es profesor en el London College.

—¿Y su madre? ¿Tiene hermanos?

El semblante de Annette se entristeció de repente, detalle que no pasó por alto Ada.

—Mi madre murió cuando yo tenía seis años, y no tengo hermanos.

Ada miró a su madre con gesto reprobatorio, aunque se abstuvo de decir nada.

—Lo lamento, querida. Una pena. Una madre siempre es necesaria en un hogar. Aunque otras que la tienen, no la tengan en alta consideración—apuntó, refiriéndose a Ada, que alzó una ceja ante esta indirecta.

—¿Y qué enseña su padre? —preguntó el señor Campbell.

—Derecho.

—Si no recuerdo mal, Andrew fue alumno de su padre, ¿cierto? —intervino la señora Campbell.

—Sí, así es.

—¿Y cómo se conocieron? —inquirió la señora Campbell.

Enseguida, el rostro de la joven se iluminó.

—En una velada que mi padre celebró en casa. Solemos organizar tertulias con algunos amigos, e invitó a Andrew y a otro alumno a una de ellas. Allí nos conocimos hace varios años.

Ada sonrió con ternura al ver la emoción reflejada en el semblante de la joven.

—Sin embargo, no se han comprometido hasta ahora—indicó la señora Campbell.

—No, eso llegó más tarde.

—Y, dígame, ¿la renta de su padre les permite vivir holgadamente?

Ada y el señor Campbell la miraron furiosos.

—¡Madre! —exclamó Ada molesta.

Annette, a pesar de sentirse un poco abrumada, respondió con firmeza:

—Sí, afortunadamente. No vivimos con grandes lujos, pero es suficiente para nosotros.

La señora Campbell pareció conforme con la respuesta, y no preguntó más sobre el asunto monetario. No obstante, siguió indagando.

—¿Y le gusta la vida en el campo, señorita Reed?

—Bueno, siempre he vivido en la ciudad, pero guardo maravillosos recuerdos de las pocas ocasiones en las que he viajado a la campiña.

—Entonces, Fair Lodge le gustará—sentenció la señora Campbell.

Una vez terminaron de cenar, Ada condujo a Annette a la biblioteca. Allí podrían hablar a solas, y conocerse mejor. Ambas se sentaron junto al fuego, y Ada tomó la iniciativa de la conversación.

—Lamento la indiscreción de mi madre.

—Tranquila, es normal que quiera saber de mí.

—Lo hace con todo el mundo. Es lo único que me consuela—afirmó Ada divertida—. Pero a partir de ahora, me ocuparé de que no te avasalle más.

Annette sonrió con timidez.

—No puedo creer que esté hablando contigo. Andrew me ha hablado mucho de ti, Ada. Siempre me cuenta anécdotas, y me aseguró que seríamos buenas amigas.

—Andrew es un gran amigo. Alegra el día de cualquiera que lo conozca.

Entonces, Annette agachó la mirada.

—Sí, es cierto.

—Y ahora quiero que hablemos de las cosas que te gustan. Conozcámonos mejor.

A continuación, Annette y Ada se embarcaron en una animada conversación sobre libros y viajes.

Annette había recorrido parte del continente, y le contó a Ada numerosas anécdotas y curiosidades que entusiasmaron a la joven. Enseguida, ambas se sintieron verdaderamente cómodas en su mutua compañía, como si se conocieran de toda la vida.

Al día siguiente, los Campbell, acompañados de Annette, acudieron a Fair Lodge, donde les aguardaban los Hammersmith y otros miembros de la comunidad. Entre ellos, se encontraban la señora Hudson, que en cuanto vio a la señorita Reed, fijó su mirada en ella con cierto descaro.

Hacía un tiempo espléndido, ideal para una reunión campestre. La brisa primaveral evitaba que el calor resultara asfixiante, y el sol brillaba en el cielo, que apenas albergaba nubes. Los Hammersmith habían dispuesto en el encantador jardín varias mesas alargadas, donde habían servido bebidas y bandejas con comida.

Andrew acudió a saludar a su prometida, y en cuanto se encontraron, agarró su brazo, e hizo las debidas presentaciones ante vecinos y conocidos. Mientras, Sarah y Ada se reunieron, y entablaron conversación.

—Bueno, ¿qué te parece Annette?

Ada observó a la joven, que estaba hablando con otro invitado, ante la atenta mirada de Andrew.

—Maravillosa. Ciertamente, tenemos muchas cosas en común.

Sarah torció el gesto al ver a la señora Hudson cuchicheando con *lady* Chamsworth y *lady* Flint.

—Espero que se contengan.

Ada frunció el ceño.

—¿De quién hablas?

Sarah señaló con la cabeza al grupo, y Ada comprendió a qué se refería.

—Descuida. Seguramente, estarán hablando de mí—comentó despreocupada.

En ese momento, Andrew se alejó de Annette, y esta se quedó sola junto a una de las mesas. Agarraba entre sus manos un vaso de limonada, y miraba alrededor con gesto inquieto, pues su timidez le impedía acercarse a aquellos desconocidos.

—No puedo comprenderlo—comentó *lady* Chamsworth.

—¿Qué no puedes comprender, querida? —preguntó *lady* Flint.

—Como Andrew Hammersmith se puede casar con alguien claramente inferior. Estoy convencida de que la señorita Reed se casa solo por el dinero, pero ¿y él? No encuentro explicación—contestó *lady* Chamsworth con indignación.

Annette se sintió desolada al escuchar esos dañinos comentarios.

—Ya sabes que hay ciertas mujeres que utilizan artimañas para ganarse el aprecio de los caballeros...—insinuó *lady* Flint con cierta malicia.

Ada y Sarah observaron a lo lejos el semblante entristecido de Annette, que se marchó de allí con destino incierto.

—La maldad no conoce límites—afirmó Sarah con evidente malestar—. Debería ir...

Sin embargo, Ada se adelantó.

—Iré yo. Tú avisa a Andrew con discreción.

Dicho esto, fue en busca de Annette. No tardó en encontrarla escondida tras un árbol, sollozando. A Ada se le encogió el corazón al verla así, y se acercó a ella con cautela.

—Annette, ¿te encuentras bien?

La joven negó con la cabeza, aunque no dijo nada.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió Ada.

Annette sacó un pañuelo de tela de su bolsillo, y se secó las lágrimas como pudo.

—Todos piensan que me caso con Andrew por interés—respondió abatida.

Ada apretó la mandíbula y los puños, evidenciando su enfado.

—*Lady* Chamsworth y *lady* Flint no se cansan de hacer daño. Parece que es la única diversión que conocen—afirmó molesta. Entonces, acarició el brazo de Annette, y se puso a su lado—. No debes hacer caso a esas dos. Siempre hablan mal de todo el mundo. Yo soy víctima predilecta de sus malintencionados comentarios.

—Sé que mucha gente comparte ese pensamiento, pero están equivocados, Ada. Amo a Andrew con toda mi alma, desde la primera vez que lo vi. Y cuando él me confesó que sentía lo mismo, para mí fue como vivir un sueño. He estado durante años anhelando su afecto, contemplándolo desde la distancia. Siempre estaba cerca de mí, pero muy lejos a la vez.

>>No soy una beldad, nunca destaco en nada. Mi timidez me impide muchas veces expresarme con facilidad, y esto me hace cometer torpezas. En cambio, Andrew es tan afable, tan apuesto, tan lleno de alegría, que aún no puedo comprender cómo ha podido enamorarse de mí.

>>Pensaba que eso jamás sucedería. Sin embargo, estaba completamente equivocada. He sufrido mucho, y ahora que debería ser feliz, parece que no tengo derecho a serlo.

Ada sintió la fuerza de aquellas palabras, que albergaban emociones idénticas a las suyas. No tenía dudas del inmenso y desinteresado amor que Annette sentía por Andrew. Aquellos dos habían venido a este mundo para estar juntos, pensó. Y no estaba dispuesta a dejar que Annette se viera invadida por la angustia, por culpa de las lenguas viperinas, que solo sabían de malicia y envidia.

—No importa lo que digan los demás, porque Andrew y tú merecéis toda la felicidad que la vida os pueda dar. Si os amáis, nadie tiene derecho a decir lo contrario.

En ese momento, Annette sonrió, y Ada le devolvió el gesto.

—¡Al fin os encuentro! —exclamó Andrew al verlas allí.

El joven se acercó, y vio a su prometida con el rostro enrojecido por el llanto.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó preocupado.

A continuación, se puso al lado de Annette, y la abrazó. La joven se refugió en sus brazos, y Ada los observó con ternura.

—Nada que no vaya a solucionarse. Quédate con ella, yo voy a zanjar un asunto—dijo Ada

alzando el mentón, mientras se alejaba de ellos.

Andrew y Annette se quedaron a solas, y la joven le explicó lo ocurrido. Aunque se sintió furioso, las delicadas palabras de su prometida, pidiéndole que olvidara aquel asunto, hicieron que permaneciera junto a ella.

Entonces, Andrew aprovechó la circunstancia para estrecharla más contra él y darle dulces besos, que alejaron la melancolía del corazón de Annette.

Mientras, Ada ideó un atolondrado plan para detener las habladurías sobre la señorita Reed. Miró al suelo, y se agachó. A continuación, restregó parte de su falda sobre la hierba y la tierra, y rápidamente, consiguió el efecto deseado.

Sonriente y con el mentón alzado, pasó por delante de las damas que habían ofendido a Annette. Estas se quedaron asombradas, y ciertamente horrorizadas ante el aspecto de Ada. Su falda de color claro lucía manchas de tierra y trozos de hierba, algo totalmente impropio de una dama.

Ada se regocijó ante ellas, y enseguida, se convirtió en el blanco perfecto para sus comentarios.

—¡Qué descaro! —exclamó *lady* Chamsworth.

El resto de los invitados se fijaron también en el detalle, y Sarah sonrió a su amiga. Cuando se reunieron, Ada le explicó lo sucedido.

—Pues ahora vas a ser la protagonista de la fiesta. ¿No te importuna?

Ada negó con la cabeza.

—En absoluto. De hecho, me empieza a resultar divertido.

Ambas rieron, y vieron a lo lejos a Annette y Andrew paseando juntos.

—Annette es una joven sensible y noble—afirmó Ada.

—Sí, lo sé. Y Andrew la adora. Creo que no sería capaz de imaginar a mi hermano con otra joven. Hacen una pareja excelente.

—Eso se ve a primera vista—aseveró Ada, observando como la pareja sonreía.

Cuando regresaron a Bedford Park, Ada tuvo que soportar el sermón que su madre le dio sobre su conducta. La joven, acostumbrada a la disciplina materna, quitó importancia a todo aquel asunto. Sin embargo, Annette se sintió culpable, y se lo hizo saber más tarde.

—Ada, no debiste hacer eso. Esas damas se dedicaron a hablar mal de ti por mi culpa—dijo afligida.

Ada negó con la cabeza.

—Lo habrían hecho igualmente. Además, no soporto las injusticias.

Annette sonrió con dulzura.

—Gracias. Ese gesto me ha conmovido, Ada. Si alguna vez puedo hacer algo por ti, no dudes en pedírmelo.

Ada se rio.

—No voy a pedirte nada a cambio por mancharme el vestido. Ciertamente, no es una hazaña destacable. Soy una calamidad andante.

—Eso no es cierto. Eres generosa y buena. Cualquiera desearía tener tu amistad.

Entonces, Ada se acercó a ella, y mirándole a los ojos, dijo:

—Solo quiero una promesa, y es que, a partir de ahora, no vuelvas a entristecerte por lo que otros digan. Quiero que alces la cabeza, e ignores a las lenguas viperinas, porque estas solo buscan minar nuestro espíritu.

Annette asintió con firmeza.

—Es una promesa.

Tras varios días de estancia en Bedford Park, en los que compartieron confidencias y momentos dichosos, ambas se despidieron con suma tristeza cuando Annette tuvo que regresar a Londres.

La señorita Reed se marchaba de aquel lugar con algo más que su equipaje: Había hallado entre aquellos desconocidos a una amiga verdadera. Algo difícil de encontrar en un mundo donde las apariencias y la posición social lo son todo.

Ada comprendió enseguida porqué Andrew se había enamorado de la joven. Annette poseía un espíritu noble, que albergaba honradez, amabilidad, y sensibilidad. Además, cualquier buen observador podía comprobar a simple vista, que su delicada sonrisa iluminaba ese rostro poco destacable, transformándolo en una asombrosa belleza de ojos azules.

A partir de entonces, los días tranquilos regresaron a Bedford Park, aunque la tristeza ya no pesaba tanto en el ánimo de Ada. Sin embargo, había sentido cierta envidia por Andrew y Annette.

Cuan afortunados eran aquellos que veían sus sentimientos de amor correspondidos. Algo que ella no conocería. No obstante, los senderos que traza el destino son incommensurables y volubles.

## Capítulo 17

El día había amanecido un poco nublado, aunque no parecía que fuera a desembocar en lluvia. Ada planeaba dar un agradable paseo con Dexter, y quizás dedicar la mañana a explorar el entorno. En ese momento, los Campbell estaban reunidos en el comedor, manteniendo una animada conversación mientras desayunaban.

—Y la señora Hudson me contó que los Horton dieron una fiesta espléndida en Manchester. No es que Manchester sea Londres, ciertamente, pero dicen que es una ciudad que está creciendo. Y las fiestas de sociedad son notables—explicó la señora Campbell.

—¿Así que los Horton se quedarán allí? —inquirió el señor Campbell.

—Eso parece. De todas formas, es más fácil tapar el escándalo de su hija en una ciudad grande, que en un pueblo como Cranford<sup>[7]</sup>.

—¿Qué escándalo, madre? —preguntó Ada.

—¡Dios mío, olvidé contártelo! Fue cuando estabas fuera. Resulta que la joven señorita Horton, que es más o menos de tu edad, se fugó con un oficial de la Marina, al que había conocido en Brighton el verano pasado. Se casaron en Gretna Green sin el permiso del señor Horton, que obviamente no aprobaba el matrimonio, porque el oficial no tiene una renta alta, ni apellido. Fue todo un escándalo. De hecho, a la pobre muchacha no se la ha vuelto a ver. Dicen que ha ido al continente o a América. Vete tú a saber—explicó su madre escandalizada—. Por eso siempre he insistido en que no estuvierais a solas con ningún hombre, ni tú ni tu hermana. Esas cosas luego traen problemas.

—¿Y por qué tanta objeción? Si ambos se aman, no encuentro el problema. Además, se han casado, lo que demuestra las nobles intenciones del oficial con la señorita Horton—apuntó Ada.

—En eso estoy de acuerdo—añadió su padre.

La señora Campbell puso los ojos en blanco.

—¡Vaya par! ¿Dónde está vuestro sentido de la moral y la decencia? El señor Horton no estaba dispuesto a dejar que su hija se casara con un oficial pobre y sin apellido. Y esas decisiones deben respetarse. Por culpa de eso, su hija se ha convertido en una paria.

—Quizás si el señor Horton hubiera sido más tolerante y comprensivo, a lo mejor eso no se habría producido. No todo en la vida es el dinero. Para mí es más importante la bondad, el respeto y el afecto—aseveró Ada.

—¿El afecto paga los vestidos, la comida, o los gastos de la casa? No, claro que no. Hay que ser prácticos, Ada—respondió su madre contundente.

—Sí, pero a lo mejor no es necesario vivir con tanto. La vida está llena de pequeñas cosas.

La señora Campbell resopló.

—Puede que así sea. Sin embargo, el prestigio que aporta un distinguido linaje es sumamente importante en sociedad.

—Eso es muy relativo. ¿O acaso los Campbell tenemos un apellido ilustre? Y diciendo esto, no deseo ofender a padre—aclaró Ada.

—Tranquila, tesoro, tienes razón. Nuestro apellido no tiene nada de ilustre. Somos una familia que vive de la tierra y las rentas. No figura ningún héroe ni proeza destacable en nuestro linaje—respondió el señor Campbell tan tranquilo.

Su madre los miró a los dos asombrada.

—Somos una familia decente y muy apreciada. Y, por ejemplo, los Beckinsale, que son mi familia, eran miembros muy respetados en su comunidad, en el condado de Warwickshire—aseveró con orgullo.

—Lo que quiero decir, madre, es que no todo es el apellido. Condenar o favorecer a alguien por eso, creo que no es correcto. Y me parece terrible que un padre repudie a su propia hija, solo por casarse con alguien que gana una renta menor. Porque los Horton no tienen título, ni nada parecido. Son como nosotros. Y creo que es un extremo al que nadie debería llegar. Sobre todo, por el dolor innecesario que causa.

—Así que tú harías lo mismo. ¿Nos darías ese disgusto? —dijo la señora Campbell a modo de reproche.

Ada se rio.

—Créeme, madre, esa circunstancia nunca se dará.

—No sé, te noto muy beligerante. Y si haces algo parecido, afectará a mis pobres nervios—aseveró haciendo un mohín.

—Madre, descuida. Si se diera el caso, haría todo bajo la estricta aprobación de padre —respondió, mirando a su padre con un gesto de complicidad.

—Os aliáis contra mí. ¡No puedo con vosotros! —protestó su madre.

Ada y su padre sonrieron, ante el gesto de resignación de la señora Campbell. Justo en ese momento, entró un sirviente, y entregó la correspondencia.

—Señorita, una carta para usted—dijo, dirigiéndose a Ada.

—Gracias—respondió cogiendo el sobre.

Se quedó sorprendida al ver el remitente. La carta venía de Allen House, la casa de la señorita Fairfax. Al instante, Ada se disculpó ante sus padres, y se dirigió a la biblioteca, seguida de Dexter. En cuanto llegó, abrió el sobre con cierta inquietud, y se dispuso a leer la misiva.

<<Querida señorita Campbell:

Espero que se encuentre bien cuando reciba esta carta. Como prometí, le escribo para poder explicarle todo. Siento la tardanza, pero han surgido otros asuntos, que me han impedido dedicarle tiempo a hacer las pertinentes averiguaciones.

En primer lugar, debo aclarar los rumores que supongo le han llegado. No entiendo de donde salieron, quizá de alguien que necesitaba ocupar su tiempo libre creando falacias. No estoy comprometida con el capitán Abbott, sino con el señor Weston. Imagino que esta revelación le ha sorprendido.

Nuestro amor no es algo reciente. Llevamos años albergando sentimientos de amor mutuos. Sin embargo, no fue hasta el verano pasado, cuando el señor Weston me confesó que me amaba, y que deseaba que fuera su esposa. Algo a lo que yo respondí con dicha y regocijo.

Llevamos desde entonces nuestro compromiso con la máxima discreción, porque el señor Weston debe solucionar unos asuntos antes de poder casarnos. Pronto anunciaremos la noticia, y los rumores que implican al capitán Abbott quedarán erradicados finalmente.

Respecto a su admirador, sé con certeza que el capitán Abbott es el autor de las misivas que recibió. Él mismo me lo confesó aquel fatídico día, aunque yo ya tenía mis sospechas, al observar cómo se comportaba en su presencia.

El capitán no es un hombre acostumbrado a expresar sus sentimientos, y no creo que haya amado a ninguna mujer antes. Debido al tipo de educación que recibió, el capitán Abbott no suele mostrarse afable con los demás, sino distante, y a veces, incluso brusco. Aunque eso ya lo sabe.

Le enseñaron que un caballero debe ocultar sus emociones, y por ello, nunca ha sabido cómo

expresarlas debidamente. Sé que usted ha causado una enorme impresión en él, y estoy segura de que aquello que le expresó en sus notas, son sus verdaderos sentimientos. Piense que todos podemos cometer errores, y muchas veces, decimos cosas en momentos de enfado que realmente no sentimos.

Aquel día avasallé al capitán Abbott, y él se sintió acorralado, sin saber qué decir. Y optó por la salida más caótica. Sé que se arrepiente de lo ocurrido, y que, si pudiera dar marcha atrás y cambiar sus actos, lo haría.

Le pido, como amiga, que le dé la oportunidad de expresar ante usted lo que realmente siente. Escuche lo que tenga que decir, dele el beneficio de la duda, y después, tome la decisión que considere.

Espero su respuesta.  
Con afecto,  
la señorita Fairfax.>>

En ese instante, Ada apartó su vista del papel, y reflexionó sobre el contenido de la carta. Ella, sin duda, se había equivocado en numerosas ocasiones, y siempre había deseado tener una segunda oportunidad para enmendar sus errores. Porque somos seres que carecemos de la perfección en casi todos los aspectos de nuestra humanidad.

Lo que no comprendía era que un hombre como el capitán Abbott, que podía tener a cuanta mujer deseara, albergara sentimientos por ella. En realidad, era su baja autoestima la que se mostraba incrédula.

No le gustaba en absoluto la idea de que él se sintiera desolado. Puede que dijera esas palabras hirientes, pero tras la explicación de la señorita Fairfax, comprendió su comportamiento. Ella también había reaccionado así en alguna ocasión, y después no se había sentido orgullosa.

¿Quién era ella para negarle una segunda oportunidad a alguien? Apreciaba al capitán, y sabía que detrás de ese semblante severo, había un ser de gran corazón. Además, él le había dedicado aquellas hermosas palabras de amor, que tanto deleite le habían proporcionado.

No deseaba tener esperanza ni ilusión, por miedo a equivocarse. Sin embargo, decidió poner fin a cualquier malentendido.

Reunió el valor, y se dispuso a escribir dos cartas: Una a la señorita Fairfax, y otra al capitán Abbott. A continuación, se sentó en el escritorio ante la mirada curiosa de Dexter.

Elaborar la misiva que iba dirigida a la joven dama no le costó mucho. Fue una respuesta breve, concisa y sencilla. Sin embargo, la que iría a Lindsey Abbey, llevó más tiempo de reflexión.

Una vez escogió las palabras adecuadas, comenzó a escribir.

<<Querido Capitán Abbott:

Espero que se encuentre bien cuando reciba esta carta. Aquí en Bedford Park la paz y la quietud nos acompañan, como es habitual. Dexter y yo salimos a pasear siempre que podemos, y exploramos los páramos en busca de posibles descubrimientos.

Quería decirle que, para mí, lo que sucedió en Lindsey Abbey no tiene importancia. No me malinterprete. Mi estancia allí fue realmente agradable, se lo aseguro. Creo que su hogar es un lugar encantador y muy bonito.

Hago referencia a aquella última conversación, que preferiría que no se hubiera producido, porque casi consiguió ensombrecer los días anteriores.

El señor Blackstone me dijo una vez que usted y yo nos parecíamos mucho, porque somos honestos. Y en eso estoy de acuerdo. Sé que a veces mi forma de expresarme ha causado algún malestar, como a usted le sucede.

La señorita Fairfax me explicó todo, y sé que no fue un momento propicio para escuchar conversaciones tras una puerta. Quiero que sepa que le he perdonado, y que no le guardo ningún tipo de rencor, porque lo aprecio, capitán. Aprecio su gentileza, su bondad, y todo aquello que no expresa con palabras, pero que sé que guarda dentro de usted.

Deseo que sepa que en mí siempre tendrá a una amiga, y que podrá contar conmigo siempre que lo necesite. Más adelante me gustaría visitar Lindsey Abbey, y recuperar el regalo que me hizo. Y con esto, espero que sellemos una amistad duradera. Eso me encantaría.

P.D.: Reciba saludos cordiales de Dexter, que está conmigo mientras escribo esta carta.

Con afecto,  
Ada Campbell.>>

Ada respiró hondo, y miró a Dexter.

—¿Crees que está bien, Dexter?

El perro resopló, y Ada lo interpretó como un gesto de aprobación. Solo quedaba enviarla y esperar respuesta. Ahora que todo se había aclarado, deseaba que aquel asunto quedara enterrado en el pasado, como una mota de polvo en un árido desierto.

## Capítulo 18

Cirencester amaneció con un cielo nublado, cubierto de negras nubes, que invitaba a sus habitantes a resguardarse. El aire olía a lluvia, anunciando que esta llegaría pronto, mientras una suave brisa mecía la hierba y las copas de los árboles.

Por la mañana, justo después de desayunar, Ada se dirigió a Fair Lodge, acompañando a su madre en el carruaje. La joven se apeó en la propiedad de los Hammersmith, mientras la señora Campbell continuó hasta la ciudad, donde visitaría a una amiga.

En ese momento, el señor Campbell se encontraba en los establos con Dexter, departiendo con uno de los mozos animadamente. Estaba tan enfrascado en la conversación, que no se percató de lo que sucedió a continuación.

El perro se alejó de él, y se dirigió a un inesperado visitante, que estaba de pie, frente a la entrada del recinto. El animal se acurrucó contra el desconocido, y dejó que este lo acariciara.

El señor Campbell, que estaba distraído, enseguida se dio cuenta de que su fiel acompañante no estaba a su lado, y lo buscó con la mirada. Cuando finalmente lo encontró en compañía del desconocido, se quedó perplejo. Aquel encuentro prometía ser interesante, pensó.

Mientras tanto, en Fair Lodge, Ada y Sarah contemplaban las muestras de las telas del vestido nupcial, que estaban colocadas sobre la cama con dosel de la habitación de la joven Hammersmith. Eran de seda y muselina blanca, algunas con detalles florales bordados.

Sarah cogía los trozos de tela entre sus manos, y se los mostraba a Ada, que los estudiaba con sumo interés.

—Estoy deseando que llegue el día en que no tenga que separarme de él—comentó con aire risueño—. La madre de Nigel dice que tendré que armarme de paciencia ante las ausencias, cuando sus pacientes requieran sus servicios.

—Al menos te consolará el hecho de que siempre volverá a tu lado.

Sarah se sentó al borde de la cama, y suspiró soñadora.

—Lo amo con toda mi alma, Ada—afirmó con fervor—. Amo su bondad, su simpatía, su carácter afectuoso. Y me gusta ver lo entregado que está a su profesión.

—Siempre tuvo vocación, ya lo sabes.

Sarahladeó la cabeza, y jugueteó con los pliegues de su falda.

—Recuerdo cuando solo le observaba en la distancia. Nunca imaginé que él sentía lo mismo.

—¿Y cómo te sentiste al saberlo? Siempre me lo he preguntado.

—No sabría explicarlo con palabras—respondió sonriente—. Creo que sería algo parecido a la felicidad absoluta.

—Annette lo describió como vivir un sueño—comentó Ada reflexiva.

—Ciertamente, esa descripción se ajusta mejor.

Ambas rieron.

—Vais a ser realmente felices, estoy convencida.

—Bueno, no se puede ser feliz todo el tiempo. Habrá momentos difíciles, supongo.

—Pero si hay amor, se hacen más llevaderos. Como dice mi padre, el amor debe ser capaz de aguantar cualquier vicisitud.

Una hora más tarde, Ada regresó a Bedford Park caminando a toda prisa, con la esperanza de sortear la inminente lluvia, algo que consiguió. Le fastidió no poder disfrutar del paseo, pero el

tiempo apremiaba, y sabía que su madre se enfadaría considerablemente si llegaba empapada a casa.

Tras el almuerzo, los Campbell se dirigieron al salón, donde había un fuego encendido. Afuera llovía con fuerza, y el cielo estaba ennegrecido. El silencio dominaba la estancia; y solo se escuchaba el crepitar de las llamas, y las gotas de lluvia golpeando los cristales.

En ese momento, Dexter estaba tumbado a los pies del señor Campbell, que leía el periódico, aunque echaba sutiles vistazos a la puerta de vez en cuando. Parecía estar esperando una visita.

En otro rincón, la señora Campbell se entretenía haciendo una labor de costura, mientras Ada tenía su vista fijada en la novela de Jane Austen. El silencio reinante se terminó cuando una de las sirvientas entró.

—Señorita Campbell, tiene una visita.

En ese instante, Ada dejó lo que estaba haciendo, al igual que sus padres.

—¿Para mí? ¿De quién se trata? —preguntó con curiosidad.

—Es el capitán Abbott, señorita.

Se quedó paralizada al oír eso, y enseguida, sintió una cálida sensación en su vientre.

—¿El capitán Abbott? ¿Para ver a Ada? ¿Y para qué viene a verla? —inquirió la señora Campbell extrañada. Entonces, dirigió una mirada de suspicacia a su hija—. Ada, ¿para qué viene a verte?

La joven se quedó perpleja ante tan inesperada visita, y notó como su pulso se aceleraba. Hacía una semana que había enviado la carta, y esperaba una respuesta escrita, no en persona. A pesar del nerviosismo que se apoderó de ella, fue capaz de ponerse en pie.

—Pues no lo sé, madre. Vamos a averiguarlo—respondió, forzando una sonrisa—. Por favor, dile que pase—le indicó a la sirvienta.

El señor Campbell guardó silencio. Él sabía perfectamente a qué había venido el capitán; y contaba con su absoluta complicidad y aprobación. Sin embargo, la señora Campbell se mostraba desconcertada, pero vigilante. En su habitual actitud, dominada por la desconfianza, temía que Ada hubiera hecho algo que supusiera un conflicto para la familia.

Finalmente, el capitán Abbott entró en la estancia luciendo un elegante traje oscuro, y con su cabello ligeramente mojado. Enseguida, hizo una reverencia a los Campbell, dedicándole una tierna sonrisa a Ada. Esto provocó que el corazón de ella latiera desbocado. En ese instante, Dexter se acercó a él con entusiasmo, y el capitán le devolvió su devoción con unos mimos.

—Buenas tardes. Espero que mi repentina visita no les importune—dijo con su profunda voz.

—Oh, por favor, capitán Abbott, usted no molesta. De hecho, su visita es muy grata—respondió la señora Campbell con tono rimbombante—. ¿Y qué le trae a nuestra humilde morada?

—Venía a hablar con la señorita Campbell. Debemos discutir un asunto—contestó él, mirando a Ada.

—¿Qué asunto es ese? —inquirió la señora Campbell.

—Es algo personal y privado—respondió, sin apartar la vista de Ada.

Ella se ruborizó ante la intensidad de su mirada.

—¡Vaya! Así que personal y privado ¿eh? —comentó la señora Campbell con suspicacia.

En ese momento, el señor Campbell decidió intervenir:

—Bueno, será mejor que les dejemos que hablen. Ada, id a la biblioteca. Allí podréis discutir lo que sea en privado.

Ada y su padre intercambiaron una mirada de complicidad, que indicó a la joven que contaba con su total aprobación. A pesar de que su madre hizo un amago de protesta, el señor Campbell

detuvo cualquier objeción con un gesto de su mano, instando a su esposa a guardar silencio.

El capitán Abbott siguió a Ada hasta la biblioteca. La joven notó su corazón latiendo con fuerza, y unas traviesas mariposas revoloteando en su estómago, debido a la cercanía del caballero.

A continuación, entraron en la estancia, donde había un fuego encendido. De nuevo, el crepitar de las llamas y la lluvia golpeando los cristales de las ventanas era lo único que se escuchaba.

—¿Quiere tomar asiento? —le ofreció ella.

—No, gracias—respondió él.

Ada decidió quedarse de pie, pues la incertidumbre no le permitía sentarse cómodamente.

—Usted dirá, capitán—le instó con voz temblorosa.

El capitán respiró hondo, tratando de calmar la inquietud que lo invadía.

—Señorita Campbell, en primer lugar, quisiera pedirle disculpas por lo que dije aquel día en Lindsey Abbey. Le aseguro que nunca desee expresarme así.

—Disculpas aceptadas, capitán. Todos cometemos errores alguna vez, yo la primera—afirmó Ada.

Él suspiró aliviado, y continuó:

—Bien, dicho esto, ahora me gustaría que escuchara lo que tengo que contarle.

Ada se mantuvo en silencio, mirándolo expectante. Entonces, él tomó una bocanada de aire, reuniendo el valor que no le había faltado en ocasiones más difíciles.

—Como ya sabrá, hasta ahora no he sido capaz de expresar mis sentimientos con la misma facilidad que otros. Cuando mis padres murieron, siendo yo muy niño, mi tío me sometió a una disciplina ardua, intentando hacer de mí un caballero noble y digno.

>>Me enseñó que expresar cualquier tipo de sentimiento era señal de debilidad, y que yo debía mantener una actitud fría y férrea con el resto del mundo. Por eso, siempre me ha costado expresarme con claridad, siendo la mayor parte de las veces malinterpretado.

>>Nunca había conocido a nadie que no me temiera, o que me mostrara un afecto sincero, con la excepción de los amigos que ya conoce. Casi siempre me he rodeado de gente, digamos, superficial. Gente que esconde tras una sonrisa, mentira y falsedad.

—Lo comprendo, capitán—intervino Ada.

En ese instante, él fijó sus hermosos ojos azules en ella, y esto provocó un estremecimiento, que sacudió su interior.

—Entonces, la conocí a usted, y todo cambió sin que yo pudiera hacer nada. Aunque al principio admito que me resultó divertida y sorprendente. Llegó con los bajos del vestido manchados, y con una actitud abierta y desinhibida.

>>No había conocido a nadie como usted. No había ningún tipo de amaneramiento ni rigidez en su impostura. Todo era natural, sin artificios. Y eso me agradó mucho.

>>A pesar de mi actitud seria, usted se mostró en todo momento amable y simpática conmigo. Y yo a cambio fui brusco con usted, sin desearlo. Como ya le dije, volví a ser malinterpretado.

>>Me maldije a mí mismo por lo ocurrido, porque usted ya se había ganado mi estima. En todo ese tiempo, no dejé de pensar en usted, y en cómo enmendar mi error. Y no sabe lo mucho que me alegró que me perdonara. Me entristeció tener que marcharme de Fair Lodge, porque eso supondría estar lejos de usted; y tuve una extraña sensación al partir, como si algo en mi interior se desgarrara. Entonces, me di cuenta de que se había ganado mi afecto y mi corazón.

Esta revelación dejó a Ada perpleja, y enseguida, notó como sus ojos empezaban a humedecerse.

—Poco después, en una carta que el señor Blackstone me envió, me contó que la había

conocido, y por él supe que estaba en Oxfordshire. Pensé en ese momento que aquello debía ser obra del destino, así que, decidí actuar.

>>Le pedí a Weston que escribiera a su hermano, y cuando volvimos a vernos, me dije a mí mismo que no perdería la oportunidad de confesar lo que sentía. Aunque lo hice de una manera un tanto peculiar, pues no me atrevía a decirlo con mi propia voz. Le aseguro que todo lo que plasmé en aquellas notas, es lo que siento por usted, Ada.

>>Y me arrepentiré siempre de lo que dije aquella mañana. Me sentí completamente avergonzado por mi comportamiento; y durante todas estas semanas, la melancolía y el abatimiento han sido mi única compañía. Hacía mucho tiempo que los días no me resultaban tan tediosos y tristes. Y el hecho de pensar que me odiabas, me sumió en una profunda angustia.

—Nunca podría odiarle, capitán—aseveró Ada con la voz quebrada.

A continuación, él se acercó a ella, y agarró una de sus manos. Ada se quedó quieta, mirándole, sin saber muy bien qué decir o qué hacer. En ese momento, unas traviesas mariposas revolotearon en su estómago al sentir la calidez de su tacto.

—Ada, me enamoré de ti aquella tarde en Fair Lodge. Siento no haberme expresado con claridad, pensé que a través de las notas podría allanar el camino hasta tu corazón, pero al final lo único que hice fue herirte. Quiero que sepas que para mí eres la más hermosa, la más inteligente, y la más maravillosa de las mujeres. Y que mi vida sería desoladora y triste si tú no estuvieras en ella. Por eso, me gustaría que me hicieras el honor de casarte conmigo.

Ada esbozó una mueca de sorpresa. Aún le costaba creerse lo que estaba sucediendo. Sin embargo, enseguida comprendió que aquello era real, no un sueño.

—No tienes que contestar ahora, me marcharé, y te daré tiempo para pensar...

En ese momento, ella apretó su mano, instándole a quedarse donde estaba.

—No hay nada que pensar, puedo darle una respuesta ahora, capitán Abbott.

Él respiró hondo, temiendo lo peor. Entonces, Ada sonrió.

—Yo también lo amo, y sí, me casaré con usted, capitán Abbott.

En ese instante, el capitán Abbott mostró una sonrisa amplia y preciosa, que hizo que Ada casi perdiera el sentido.

A continuación, él agarró su rostro entre sus manos, y descendió sobre sus labios, acariciándolos con delicadeza y ternura. A aquel primer beso, le siguió otro más apasionado, en el que el capitán la rodeó con sus brazos, y la estrechó contra él.

Ada suspiró en su boca, y se dejó llevar por aquella caricia. Sintió que flotaba, que todo desaparecía a su alrededor, y una dicha absoluta invadió su alma. Se apartaron un poco, y se miraron sonrientes, sellando aquel compromiso.

Minutos después, salieron de la biblioteca, y compartieron con los Campbell la buena noticia. Los padres de Ada se alegraron enormemente, aunque la señora Campbell no entendió muy bien como habían llegado a ese punto.

Ada descubrió más tarde, que el capitán había visitado a su padre esa misma mañana para pedirle su mano, y que ambos habían hablado largo y tendido sobre todo el asunto. El señor Campbell se sintió feliz y dichoso, porque sabía que aquellos dos estaban hechos el uno para el otro. Y ciertamente, no se había equivocado.

## Epílogo

*Lindsey Abbey, tiempo después...*

Era una tarde primaveral soleada y agradable. Una ligera brisa, que transportaba un aroma a flores silvestres y hierba, mecía las copas de los árboles. En ese instante, Ada se estaba adentrando en la arboleda que había frente a la propiedad. Aunque no lo hacía sola.

El capitán Abbott iba delante, agarrando la mano de su hija pequeña, Georgiana, de cinco años, mientras Ada caminaba junto a John, el mayor, de ocho.

Los cuatro habían salido a dar un paseo con la esperanza de ver insectos, aves o reptiles. A los niños les encantaban esas excursiones, ya que siempre descubrían cosas nuevas. Habían heredado el amor por la naturaleza de sus padres.

Ada y el capitán Abbott llevaban muchos años casados, y se habían convertido en un matrimonio feliz. Ciertamente era que el capitán no era un hombre dado a pronunciar apasionadas palabras de amor, pero sus actos hablaban por sí solos.

Nada más casarse, se instalaron en Lindsey Abbey, y lo primero que hizo el capitán fue entregarle aquel libro que le regaló. Ada, por supuesto, lo atesoró como si fuera la más preciada joya. A partir de entonces, la pareja construyó un cálido hogar con fuertes cimientos hechos de afecto y respeto.

—Mirad, una libélula—dijo Georgiana emocionada, señalando a la criatura.

Se movieron despacio para contemplarla. La libélula estaba posada sobre una hoja, mostrando unas preciosas alas azuladas. No obstante, se alejó de ellos rápidamente, volando lejos de allí. Siguieron caminando, y explorando el resto de la tarde, en familia.

Muchas cosas habían sucedido en ese tiempo. Los hermanos Hammersmith se casaron con sus respectivos cónyuges, y habían formado prósperas familias. El señor Weston y la señorita Fairfax hicieron lo mismo, y seguían siendo vecinos de los Abbott. Los Blackstone se convirtieron en padres, al igual que Gerald y Edith.

Los Campbell visitaban Lindsey Abbey siempre que podían, y los Abbott viajaban a menudo a Bedford Park. Todos prosperaban y tenían una vida plena, llena de momentos felices. Parecía que el tiempo había puesto a todos en el lugar adecuado.

Por la noche, cuando los niños ya dormían, Ada bajó las escaleras, y fue al salón. Allí, sobre una mesa, encontró una nota. Sonrió, y se dispuso a leerla.

*<<Ninguna estrella, ni la misma luna llena, pueden competir con tu belleza. Ni los placeres más deseables pueden deleitarme tanto como tus besos, tus caricias o tu sola presencia. ¿Me concederías el honor de tenerte a mi lado esta noche y para siempre?*

*Tu misterioso admirador.>>*

Ada volvió a sonreír. A pesar del tiempo transcurrido, su misterioso admirador seguía escribiéndole preciosas notas de amor, para que nunca olvidara que el corazón del capitán le pertenecería hasta el fin de sus días.

Alzó la vista, y lo vio en el umbral de la puerta, contemplándola con una cautivadora sonrisa. Se perdió, como siempre hacía, en esos ojos azules que la miraban con devoción y deseo. Con George cada día era un nuevo amanecer, y una noche prometedora.

Dejó la nota sobre la mesa, se acercó a él, y le rodeó con sus brazos. Se fundieron en un apasionado beso, y a continuación, el capitán se apartó un poco para acariciar su mejilla.

—¿Y cuál es vuestra respuesta a mi propuesta, señora Abbott? —preguntó con voz profunda. Ella suspiró, y acarició su mentón.

—Esta y todas las noches, hasta el fin de mis días, las pasaré a tu lado.

Volvieron a besarse, dejándose arrastrar por esa pasión que se encendió una vez, y ya nunca se apagaría. Ese amor que surgió en un instante, pero que perduraba, haciéndoles dichosos incluso en los momentos complicados. Porque a pesar de sus diferencias, Ada y George estaban hechos el uno para el otro. Y sin necesidad de palabras, eran capaces de decirse todo.

**Fin**

**¿Te ha gustado mi novela? Entonces, por favor, no olvides dejar tu reseña en Amazon o en Goodreads. Tu opinión es importante.**

## NOTA DE LA AUTORA

Allá por 2017, cuando había terminado de escribir *Charlotte Beverly*, mi primera novela, cuyo manuscrito estaba siendo revisado por varias editoriales, me embarqué en un proyecto de dimensiones más pequeñas.

Se trataba de *Corazones rebeldes*, un libro que contenía 3 relatos de romance histórico. Entre ellos, se encontraba una encantadora historia de escasas páginas, titulada *Un misterioso admirador*. Yo, que soy fan de Jane Austen, quise hacerle un homenaje a esta autora inglesa que ha influido inevitablemente en mi estilo. Y desde luego, en *Un misterioso admirador* existen varios elementos del universo de Austen.

Cuando muchas de las lectoras que le dieron una oportunidad a *Corazones rebeldes*, me escribieron por privado pidiendo que estos relatos se convirtieran en novelas, no supe bien qué hacer. Me llevó tiempo decidirme a dar el paso, y confieso que ha sido una tarea complicada extender estas historias, y encontrar un enfoque que me gustara.

En *Un misterioso admirador*, no solo hay una historia de amor, sino también una crítica social, dirigida al papel de la mujer en la época, que creo que se podría supeditar a algunos aspectos de la actualidad.

Quería que en el mundo de Ada Campbell tuvieran protagonismo las mujeres que la rodean. El ideal que representa Sarah Hammersmith, la madre dominante, la perfecta, pero en el fondo insegura, señorita Fairfax, y la sensible Annette. Y por supuesto, Ada, una adelantada a su tiempo, que busca la libertad que la encorsetada sociedad no le permite disfrutar.

Luego están los personajes masculinos, como el capitán Abbott, que tiene tintes de héroe byroniano. Un caballero reservado, que, en realidad, alberga pasión y entrega en su interior. Andrew, de talante alegre, el señor Blackstone, honesto y atrevido, o el padre de Ada, comprensivo y un poco atolondrado.

La naturaleza juega un papel importante como escenario. Un escenario donde perderse, donde se encuentra la libertad, donde uno puede encontrarse a sí mismo. Esto inspiraba a los poetas románticos como Byron, cuya poesía me cautivó hace años. Debo comentar, que el poeta tiene una importante relevancia en la elaboración de la novela.

Ada se llama así por Ada Lovelace, hija de Byron, matemática, y considerada la primera programadora de la historia. Una mujer a la que admiro, y a la que deseaba homenajear.

Convertí a Ada en una ávida lectora, y aproveché tal circunstancia para mencionar a Mary Shelley, Ann Radcliffe, una de las escritoras de novela gótica más importantes, y a Austen, por supuesto. Mujeres que quizá en su momento no recibieron el reconocimiento merecido, pero que se han convertido en clásicos imprescindibles.

Por otro lado, elegí Cirencester como escenario principal, porque tuve la oportunidad de visitar la ciudad, y me encantó. Esta es famosa por sus yacimientos romanos, y conserva arquitectura de los siglos XVIII Y XIX. Fue como viajar en el tiempo, y por eso, no dudé en mi elección.

A pesar de haber empezado una historia a partir de unos escasos fragmentos, creo que el resultado no ha podido ser mejor. Deseo que hayáis disfrutado de este viaje a la época de la Regencia.

Espero que os haya gustado, y que Ada y el capitán os hayan conquistado.

## **SOBRE LA AUTORA**

Andrea Muñoz Majarrez es una escritora nacida en Madrid en 1987. Licenciada en Filología Eslava por la Universidad Complutense de Madrid y con un Máster en Estudios de Traducción por la Universidad de Birmingham, Reino Unido. Vivió durante un año como estudiante Erasmus en Polonia, y cuatro años en Reino Unido trabajando como profesora de español y traductora de inglés. En la actualidad, vive en España y trabaja como traductora.

Para más información consulta su blog:  
[www.corazonrebeldeescritora.wordpress.com](http://www.corazonrebeldeescritora.wordpress.com)

### **Redes sociales:**

**Instagram:** andie\_retro

**Facebook:** Corazón Rebelde

**Twitter:** @ammautora

## Otros títulos de la autora:

**Charlotte Beverly** (Selecta, 2018)  
**Siempre estuve esperándote** (2018)  
**Un ramo de violetas** (Selecta, 2018) **Alguien especial** (2018)  
**Bilogía Tal y como eres:**  
**Dulce e irresistible (Tal y como eres I)**  
**Tierno y sensible (Tal y como eres II)** (2019)  
**La candidata perfecta** (Selecta, 2019)  
**Beth** (2019) *Candidata al Premio Literario Amazon 2019.*  
**Tan lejos, tan cerca** (Selecta, 2019)  
**Perdedores Natos** (2019)  
**Mi vida contigo** (2020)  
**Mejor que un sueño** (2020) *Candidata al Premio Literario Amazon 2020.*  
**La noche sobre Varsovia** (2020)

---

[1] En inglés: *Morning/Afternoon Mr Magpie. How's Mrs Magpie and all the little Magpies?*

[2] En Gran Bretaña existe la creencia de que las urracas traen mala suerte, y para alejarla, hay que saludar al ave y preguntarle cómo está si te la encuentras volando o posada en algún lugar.

[3] Hace referencia a los manuales de conducta para la mujer de la época, *An Enquiry into the Duties of the Female Sex* de Thomas Gisborne, publicado en 1805, y *Sermons to Young Women* de James Fordyce, publicado en 1766. Este último aparece en la novela *Orgullo y Prejuicio* de Jane Austen.

[4] *The English Moths and Butterflies* (1749) de Benjamin Wilkes.

[5] Estrofa perteneciente al poema “El primer beso de amor” (en inglés *The First Kiss of Love*) de Lord Byron, publicado en 1807.

[6] “*Remember me*” de Lord Byron, publicado en 1814, y reeditado en la antología *The Works of Lord Byron*.

[7] Pueblo ficticio. Homenaje a la novela del mismo título de Elizabeth Gaskell.